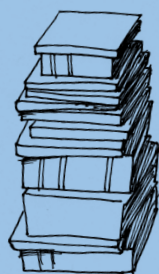


Relatos que merecen un lugar muy especial



Historias finalistas del concurso
de relatos escritos por personas mayores.
2013-2014



Obra Social "la Caixa"

OBRA SOCIAL. EL ALMA DE "LA CAIXA".

EDICIÓN

Obra Social "la Caixa"

DISEÑO GRÁFICO

Francesc Sala

PREIMPRESIÓN

Anglofort, S.A.

IMPRESIÓN

Gráficas Gómez Boj

© de los textos, sus autores

© de la edición, Obra Social "la Caixa" 2015

Av. Diagonal, 621 - 08028 Barcelona

DL: B-23864-2014

Relatos
que merecen
un lugar muy
especial

Historias finalistas del concurso
de relatos escritos por personas mayores.
2013-2014

PRESENTACIÓN

Leer y escribir, mucho más que un placer o necesidad individual que desarrolla la imaginación y la creatividad, pueden también ser actividades colectivas que nos permiten comunicar opiniones, expresar ideas y compartir sentimientos y emociones.

El programa de personas mayores de la Obra Social "la Caixa" tiene como misión contribuir a mejorar la calidad de vida de los mayores, generando oportunidades para que puedan seguir siendo activos y protagonistas de nuestra sociedad.

Realizar actividades que nos acerquen a nuestros deseos y aspiraciones personales es una de las mejores formas de sentirnos bien. Además, contribuye a tener una visión positiva frente a las dificultades que pueden aparecer a lo largo de nuestro ciclo vital.

El concurso de relatos es un ejemplo de las muchas actividades que el programa de mayo-

res realiza para fomentar su participación y, junto con las tertulias de Grandes Lectores, nos ayuda a crear entornos de debate, de reflexión alrededor de la lectura y la capacidad crítica y creativa de las propias personas mayores.

Los relatos escritos por personas mayores son reflejo de cómo estas personas viven y observan nuestra historia y nuestro tiempo, reflejos también de las múltiples maneras de envejecer, y de atender, apoyar y cuidar a los que más lo necesitan. Textos que reflejan el amor y la ternura frente al olvido, la soledad o la enfermedad. La publicación *Relatos que merecen un lugar muy especial. Historias finalistas del concurso de relatos escritos por personas mayores 2013-2014* reúne los relatos de los ganadores y los finalistas de la quinta y sexta edición del Concurso de relatos escritos por personas mayores.

Los temas más destacados en la presente publicación reflejan experiencias propias o cercanas de los mayores, como recuerdos, añoranzas, la pérdida de la memoria o la soledad, pero también inquietudes sociales como el desempleo o el maltrato.

El concurso empezó en 2009 con la participación de 374 relatos y en su sexta edición,

en 2014, se ha consolidado con una cifra récord de casi 1.600 relatos, recibidos desde todo el territorio español. Se trata de una participación que dice mucho de la capacidad de creación, ilusión e imaginación de las personas mayores, que se animan a imaginar y contar historias y experiencias vividas acumuladas a lo largo de los años.

La publicación de este libro supone un reconocimiento al trabajo de todos los participantes y resulta, además, una herramienta de comunicación en los talleres de Grandes Lectores, generando espacios de diálogo en los que, con la palabra y desde la reflexión, la escucha y el respeto, se comparten relatos y experiencias.

La Fundación Bancaria "la Caixa" quiere agradecer la colaboración de Radio Nacional de España y de *La Vanguardia*, que permite difundir el concurso por toda la geografía española, así como destacar muy especialmente el papel de las personas mayores: autores, lectores, verdaderos protagonistas del concurso.

 Obra Social "la Caixa"

La radio está íntimamente ligada a los mayores. Forma parte de sus vidas desde hace décadas, siempre ha sido una compañía cercana, amena y fiel. Una compañía dispuesta a ofrecerles información, formación y entretenimiento. La radio de entonces y la radio de ahora, la que busca dar respuesta a las preguntas que se hacen nuestros mayores, la que muestra su nuevo estilo de vida; la que da a conocer sus opiniones de manera directa, y la que incentiva un envejecimiento activo y saludable. De acuerdo con esta forma de entender la radio, RNE y la Obra Social "la Caixa" pusieron en marcha el Concurso de Relatos Escritos por Personas Mayores.

Se trata de una manera de incentivar la lectura y la escritura a través de la participación en una iniciativa cultural cuyo máximo galardón es, precisamente, el del reconocimiento de ese trabajo.

Un reconocimiento que se formaliza, como cada año, con la dramatización de la obra ganadora y su emisión en RNE. A lo que se suma ahora una nueva edición especial con los relatos finalistas de la edición 2013 y 2014.

Seis ediciones del Concurso de Relatos Escritos por Personas Mayores que hemos vivido, y seguimos viviendo con intensidad en RNE a través del programa «Juntos paso a paso», que se emite todos los sábados. Desde el momento en que se inició el concurso tuvimos el privilegio de recibir cientos de escritos originales. Realizamos una selección difícil, ya que la calidad literaria, la originalidad de los textos y la emoción plasmada en cada uno de ellos, complicaba la toma de decisiones. Muchos de ellos narraban tragedias personales, o vivencias plenas de satisfacción y añoranza. Y todos enviaron sus obras sabiendo que su gran premio era participar.

Los relatos finalistas de las ediciones del 2013 y 2014, que ahora pueden leerse en la presente edición, merecen, sin lugar a dudas, figurar en ella. Con estas ediciones del concurso, y con las futuras, RNE establece un nuevo vínculo con sus oyentes, utilizando la literatura como nexo de unión.

Desde el programa «Juntos paso a paso» hemos vivido cada etapa de estos premios junto a los mayores. Los autores han acudido a nuestros estudios para contarnos cómo escriben, qué placeres encuentran al enfrentarse a una cuartilla, qué ilusiones y motivaciones les lleva a fabular, a imaginar una vida o a recordar y evocar otra. Un programa en el que cada semana recogemos sus opiniones, y les ofrecemos una radio cercana; una compañera, amena y fiel.

rne

FINALISTAS
2013

PRIMER PREMIO 2013

EL VIAJE

Lola Sanabria García

La tarde anterior metió y sacó la ropa de la bolsa de viaje varias veces, desasosegada, no conforme con lo que había decidido llevarse. Pero siempre, encima de un jersey o una blusa, como una piedra sobre papeles para impedir que vuelen, la brújula. Se la regaló su padre cuando la enfermedad le ganó la partida pos-trándolo en una cama para siempre. Él la solía llevar en sus largas caminatas por el campo, caminatas que el médico le prescribió y que retrasaron el final inevitable. Ella nunca entendió para qué la llevaba si no se alejaba de senderos conocidos y cercanos al pueblo. La dejó con el brillo de haberla lustrado mucho con el sudor

de la mano. Y después de años olvidada sobre el estante, entre libros empolvados, se acordó de su padre sin saber por qué y decidió llevarla en el viaje.

Se levantaron muy temprano, cuando el amanecer asomaba con una luz pálida entre las ondulaciones de la sierra. Durante el desayuno, él estuvo mirando el mapa en la cocina, uniendo distancias con un rotulador rojo, entre sorbo y sorbo de café. «Un viaje corto, no más de tres horas, como mucho cuatro.» Eso dijo cuando volvió a plegarlo por los cuatro dobleces de costuras avejentadas.

Cerraron ventanas, bajaron persianas y se aseguraron de dejar los grifos bien cerrados, antes de dar varias vueltas a la llave de la puerta de la casa.

Ya en la calle, ella soltó la bolsa en el suelo y él, antes de meterla dentro del maletero del coche, hizo el primer comentario. «Seguro que la has llenado», dijo con la acritud que mostraba siempre que iban a hacer un viaje.

El sol daba de frente en el parabrisas cuando él comentó que iba a detenerse a echar gasolina. Ella giró la cabeza para mirarlo y, entre sorprendida y enojada, le reprochó que no hubiera

llenado el depósito antes de salir, como quedaron. Mientras el empleado ponía la gasolina al coche, entraron en el bar de carretera y se tomaron otro café. Ella con un mollete con tomate y aceite de oliva y él con un donut de chocolate.

Volvieron a la carretera. El viaje transcurría con la pesadez de un día de verano que ya mostraba su lado más duro en los campos de tallos cortos, amarillos, secos. Él puso la radio. Ella torció el gesto. La música disco le levantaba dolor de cabeza, pero no dijo nada. Buscó en el bolso, sacó el MP4 y se puso los auriculares. Aun así, el sonido se colaba entre los intersticios de las orejas machacando la voz de Leonard Cohen.

La despertó el ruido de la gravilla bajo las ruedas del coche, el tránsito de deslizarse por la carretera de manera uniforme, la reducción de velocidad hasta detenerse frente al restaurante. Miró el reloj y comprobó la hora. «¿Aún no llegamos?» La pregunta quedó flotando en el aire, sin respuesta, durante unos segundos que parecieron de alquitrán, luego él contestó algo enfadado con un no seco que atajaba cualquier posibilidad de seguir hablando.

Comieron en silencio. Él desplegó el mapa

sobre la mesa y, entre las judías con chorizo, el churrasco y la tarta de chocolate, estuvo estudiando, como si fuera un laberinto, aquella línea quebrada y roja. Ella lo miraba entre irritada y temerosa, mientras se llevaba a la boca unas judías verdes, una porción de lubina a la espalda, o un trozo de manzana, pero no hizo ningún comentario.

La tarde fue un sinfín de asfalto gris metalizado, pájaros en bandada abandonando árboles, nubes estiradas y rojas alejándose con la monotonía de la marcha uniforme del coche. Tres horas. Cuatro como máximo. Y sin embargo, ¿cuánto tiempo había transcurrido desde que salieron de casa? Para llevar la cuenta exacta debía mirar la esfera del reloj pero sabía que él estaba atento, aunque tenía los ojos clavados en un punto fijo de la carretera, y que detectarían esa mirada, y seguramente acabarían discutiendo. Una de esas discusiones agotadoras, sin salida. Y ella estaba muy cansada. Así que lo dejó correr.

«Dame un chicle, anda», pidió él cuando ya la línea del horizonte se había cargado de sombras. Ella buscó en el bolso. Lo vació sobre su falda. «No tengo», dijo con un suspiro de resignación. «¿Cómo que no tienes? Tú eras la encar-

gada de comprarlos.» Al fondo, entre las lomas, se abrió un camino de luz quebrada. «Tormenta», dijo ella con un tono triste de voz. No quería hablar de chicles. En realidad era mejor no hablar de ninguna cosa porque lo sabía, sabía que él estaba muy irritado y que necesitaba descargar su furia. «Así que no has comprado», dijo rechinando un poco los dientes. «Yo creo que sería mejor parar el coche y coger la brújula», dijo ella de repente, buscando alivio a aquel ahogo que sentía al final del esternón. «¿Y para qué te has traído la brújula? No se te ocurren nada más que tonterías», dijo él lanzándole una mirada de soslayo. Sin embargo, ella detectó algo que no era el desprecio de otras veces, algo que se parecía mucho al miedo. «Para orientarnos.» Él abrió la boca como para contestar pero no dijo ni una palabra. Una lluvia de granizos repiqueteó en el parabrisas. «El fin del mundo», comentó ella. «Tonterías», dijo él. Los granizos engordaron y el golpeteo en los cristales fue una amenaza firme de ruptura. Él sacó el coche de la carretera y lo detuvo en el arcén. Enseguida se vieron acorralados por los trozos de hielo que arreciaban y repicaban furiosos. Una cortina blanca los aislaba del exterior. No

veían nada que no estuviera dentro del coche. No escuchaban otra cosa que el batir incesante del agua congelada. No olían nada que no fuera el miedo que los mantenía rígidos en sus asientos, esperando. Pero ¿a qué esperaban?, se preguntó ella en aquel tiempo muerto, detenidos en cualquier arcén de cualquier carretera. A que escampara, se dijo para tranquilizarse. Sin embargo, no había ni la más mínima señal de que el cielo se fuera a despejar en mucho rato. O tal vez nunca dejara de caer granizo. Nunca, pensó, y sintió de repente el aleteo de la muerte batiendo sus alas en aquel espacio tan pequeño, como una tumba para dos. Sería estupendo, se dijo, girarme, girarnos, y fundirnos en un abrazo. Lo sería si eso pudiera, de alguna manera, desnudarnos de la mortaja con la que cada uno se ha ido vistiendo en los últimos años. De repente él se volvió y dijo: «Estamos perdidos». Lo dijo con resignación, con algo de pena. «Lo estamos», confirmó ella. «Podemos coger la brújula», sugirió él, bajito. «Podemos. Habrá que esperar a que escampe», concedió ella.

Fuera, el granizo se amontonaba sobre el capó y ya había ganado medio cristal del parabrisas.

SABOR A MÍ

Víctor Javier Adrián Rasines

**«Tanto tiempo disfrutamos de este amor /
nuestras almas se acercaron tanto así / que yo
guardo tu sabor / pero tú llevas también / sa-
bor a mí...»**

La voz dulce, acariciadora, de Eydie Gorme, acompañada por los inigualables Panchos, sonaba sensual y voluptuosa a ritmo de bolero —género que volvía a estar de moda— mientras él la contemplaba con arrobo, como ensimismado, moviendo la cabeza con leves gestos de asentimiento.

Era apenas un adolescente cuando iniciaron su relación. Al principio fueron breves y espaciados encuentros a escondidas, para evitar las

miradas delatorias, y en muchos casos acusadoras, de los aguafiestas de turno que siempre existen alrededor de cualquiera y que, a falta de otra cosa mejor que hacer, se dedican a amargar la vida de los demás, eso sí, por supuesto, «por su bien».

Gente carente de sensibilidad, incapaz de comprender los profundos y variados sentimientos que embargan a un muchacho ante la sola posibilidad de experimentar nuevas sensaciones. Su presencia era inevitable, como inevitable era, igualmente, un incierto sentimiento de culpabilidad por transgredir la norma, aunque esta le resultara totalmente incompresible y, a todas luces, injusta.

«No te conviene —le decían—, todavía eres muy joven, ya tendrás tiempo...» Como si uno pudiera planear en el tiempo el repentino despertar de sus sentidos. ¿Acaso ellos no habían sido nunca jóvenes? ¿O quizás fuera que ya no lo recordaban?

De cualquier manera, la verdad era que no les hizo mucho caso —en realidad ni mucho ni poco, más bien ninguno— y siguió adelante con lo que sus recién estrenados dieciséis años demandaban de forma imperiosa (al fin y al

cabo, ¿no decían que tenía que reafirmar su personalidad?... pues esa era una manera como otra cualquiera de hacerlo).

Pasó el tiempo —siguió recordando al compás de la canción— y sus encuentros fueron menudeando, resultando, día a día, más frecuentes y satisfactorios (en honor a la verdad debía reconocer que, sin duda por su inexperiencia, los contactos iniciales no le dejaron muy buen sabor de boca), impregnados de tanto ardor que ella no podía evitar cuando se producían que un fuego interior se apoderase, uno a uno, de todos y cada uno de sus miembros, hasta devorarla por completo, mientras que él siempre acababa, indefectiblemente, que echaba humo de puro placer, sintiendo que una atmósfera especial lo envolvía, para acabar finalmente como flotando en una nube.

«Si negaras mi presencia en tu vivir / bastaría con abrazarte y conversar / tanta vida yo te di / que por siempre llevarás / sabor a mí...»

¿Negar su presencia? Todo, cualquier cosa, se la traía a la memoria (la canción era un ejemplo si bien especialmente mortificante). Fuera donde fuera, estuviera donde estuviera: en el parque; en el metro; paseando por la Gran Vía...

siempre tropezaba con alguien o algo que se la recordaba: una persona; una valla publicitaria; una melodía... ¡era su referente ineluctable!

Toda su vida estaba marcada por ella; de hecho, muchas veces se había confesado a sí mismo que antes de conocerla era como si sus manos se encontraran vacías, y ahora, en su ausencia, los dedos se le hacían huéspedes al faltarles el tibio contacto tan familiar que, de forma casi terapéutica, calmaba su ansiedad en cualquier situación, por difícil y angustiosa que esta fuera.

¿Y su aroma? ¿Cómo olvidar su aroma? Sutil, penetrante, que emanaba de ella de forma natural y que tan bien conocía porque se le metía por los poros, como por ósmosis, penetrándole hasta los huesos con la misma facilidad con que un cuchillo atraviesa la mantequilla. ¿Acaso no era uno de sus mayores encantos, su característica más peculiar, incitadora y excitante a un tiempo? Todavía, a pesar del largo tiempo transcurrido desde la ruptura, percibía su olor inconfundible como si los efluvios salieran de su propio cuerpo hacia afuera, soltando parte del caudal inagotable acumulado en su interior durante tanto tiempo. ¿Negar su presen-

cia? ¿Cómo podría? Y sin embargo, ¿no era eso lo que pretendía?

Se sintió mal. ¿Cómo era capaz de continuar con aquello? Cada día que pasaba la deseaba más; en ocasiones su falta le resultaba insoponible, llegando a sentir un dolor casi físico. Había intentado olvidarla con todas sus fuerzas, no pensar en ella, sin conseguirlo, y ahora...

La canción seguía sonando insistente, machaconamente «**No pretendo ser tu dueño / no soy nada, yo no tengo vanidad / de mi vida doy lo bueno / soy tan pobre ¿qué otra cosa puedo dar?**»

Ese era el problema. Todo el mundo le decía lo mismo: «Se está adueñando de ti», «Cada día dependes más de ella, tienes que dejarla ahora que estás a tiempo o acabará por matarte», y al final lo que no hiciera de joven —claudicar, ceder a las presiones—, había acabado haciéndolo ahora, siendo un hombre hecho y derecho.

¿Adueñarse de él? ¿Ella que en cada encuentro se le entregaba por completo sin la menor reserva y sin pedir nada a cambio?... ¿Matarle? ¿Ella que le daba la vida a costa de ofrecerle la suya, como decía la canción, en una permanente inmolación que la obligaba continuamente

a renacer, como Ave Fénix, de sus propias cenizas, siempre distinta y siempre la misma, eternamente sugerente, y siempre, siempre, complaciente? ¡Qué disparate! ¿Cómo podía haberles hecho caso? ¿Por qué se había dejado convencer? ¡Pobrecilla! Le había ofrecido siempre no lo bueno, sino lo mejor de su vida; sí, porque todo lo que le daba le salía de dentro; era su misma esencia lo que le entregaba y él, el ingrato, el pusilánime, el... (no encontraba el apelativo capaz de describir el desprecio que sentía hacia sí mismo) la había abandonado, rompiendo bruscamente con ella —de otra forma no habría sido capaz— hasta el punto de obviarla por completo. Cada vez se sentía peor...

Los Panchos, inmisericordes, continuaban cantando: **«Pasarán más de mil años / muchos más / yo no sé si tendrá amor la eternidad / pero allá, tal como aquí / en la boca llevarás / sabor a mí»...**

Era demasiado. Ya no podía más. Era estúpido mortificarse así, sabiendo que al final volvería a ella. **«En la boca llevarás sabor a mí.»** Era la gota que colmaba el vaso. ¡Hasta aquí había llegado! ¡Se acabó! ¡Al diablo los convencionalismos y los agoreros! Su vida era suya y vivirla

implicaba asumir ciertos riesgos. ¡La vida misma no era otra cosa sino riesgo!

Se volvió a mirarla tímidamente, como pidiéndole perdón; alargó los brazos y sus manos se aproximaron a ella despacio, lentamente, saboreando por anticipado el momento del reencuentro; la acarició con la yema de sus anhelantes dedos, deleitándose de una manera casi impúdica con su recuperado contacto. Ella se dejaba hacer.

Poco a poco, fue sintiendo que todo volvía a ser igual que antes, igual que al principio, igual... ¡que siempre! La despojó del tenue velo que la cubría y ella quedó a su merced. Entonces, él, anhelante, preso de un deseo incontenible, introdujo sus dedos ansiosos en ella, en su amada y denostada... ¡cajetilla! y extrayendo de su interior uno de sus cigarrillos, se lo llevó a la boca, lo encendió, dio la primera calada... y sintió un placer voluptuoso al sentir en su boca, en su paladar, en su garganta, en todo su ser, el sabor de su tabaco preferido... Eydie Gorme, apoyada por los Panchos, atacaba el final de su bolero: «**Sabor a mii...**».

LA INJUSTICIA DE JUSTA

M.^a Dolores Camacho López de Sagredo

¿Cuál ha sido tu vida, Justa? Estás frente a mí, la mano extendida para recoger tu tarjeta de identidad que te devuelvo en un rutinario gesto administrativo. Por casualidad he observado tu fecha de nacimiento y me he parado un instante al comprobar que es idéntica a la mía. El mismo día, el mismo mes, el mismo año. Entonces te observo de arriba abajo, valorando tu apariencia de mujer ajada, apuntando a mi favor un tanto de triunfo. Es más, al dirigirme la palabra me has llamado «muchacha», lo que ha provocado en mi ego una amable disposición de atenderte. Mientras escucho tu petición, observo con interés tu cara abotargada y las gran-

des bolsas que empequeñecen tu mirada con un signo de súplica, de miedo, de retraimiento instintivo. Eres gruesa, con unos grandes senos marcados bajo la exigua chaqueta de punto. Tus manos se apoyan con dejadez sobre mi mesa. Están agrietadas, deformes. Son como herramientas de trabajo maltratadas por el uso. Contrastan con las mías: manos de funcionaria con dedos de teclado, como un sucedáneo de manos de pianista. Uñas limadas y esmaltadas en tono claro. Manos que trabajan, sí, pero manos vivas, que protestan, que ríen, que se enfadan, que acarician y duermen. Las tuyas, Justa, dan la sensación de que están muertas. ¿Cómo habrá sido tu vida?, me pregunto mientras te veo marcharte con tu papel —un certificado de pobreza— estirándote la enorme falda sobre unas piernas cruzadas de varices que tiran de unos inadmisibles pies calzados y arrastrados en burdas zapatillas.

Vienen muchas como tú. Mujeres abandonadas de sí mismas, explotadas por otros, agotadas y agostadas del perpetuo servicio a los demás. Formáis un colectivo social, un prototipo imprescindible en el engranaje injusto de la convivencia doméstica. Vosotras sois las igno-

rantes, las humildes, las sometidas. Las conformistas.

Si me he fijado en ti, Justa, es por tu fecha de nacimiento. Igual que la mía, en la misma población que nos ha tocado nacer a ambas. Quizás atendida por la misma matrona de entonces, doña Isabel, la que se demoraba tomándose un café con empanada al lado de la parturienta. Me lo contó mi madre. Ella me explicó el mundo al que vinimos las dos un día de invierno de hace cincuenta y pocos años. La vida no era fácil entonces para nadie, pero seguro que tuve más suerte que tú, si no, no habría esta diferencia que nos separa ahora. El tiempo no debe haber tenido el mismo recorrido para ti que para mí.

Reconozco que me gusta cuidarme. Pero también la herencia genética debe jugar un papel importante. Soy menuda y esbelta sin demasiados esfuerzos y conservo mi cutis en el almíbar de la cosmética. He hecho gimnasia y he intentado mimarme, saber que existo, consentirme algunos caprichos que me han negado los otros. Por lo demás, tampoco me sentía joven hasta que tú me has llamado «muchacha» y me has mirado como si lo fuera en realidad.

Comparándome contigo he rejuvenecido bastante. Has puesto una nota de euforia en mi burocrática mañana.

Pero también —no soy tan frívola— me ha dejado triste tu presencia cansada, ausente. Cuando te pregunté para qué querías el certificado, me respondiste con un sonido casi inaudible que estabas en vías de separación con tu marido y te lo había pedido la asistente social. No quise averiguar nada más. Tu pelo ralo y sucio denotaba abandono, soledad antigua y rancia, como algo que sucedió hace tiempo y aún no han retirado los escombros.

Justa, en tu vida ha habido tantos días por llenar como en la mía, tantos soles y cielos como en la mía. Y a fe que ha sido larga. Recuerdo mi niñez —que era tu niñez— en este pueblo nuestro que era entonces tan distinto al de hoy. Él sí que ha cambiado en su fisonomía, más aún que nosotras, pero a mejor. Se ha ido rejuveneciendo con el tiempo. Antes era antiguo y solemne, acuérdate. Sí, acuérdate de aquellos lúgubres entierros de coches tirados por caballos con plumones negros. Y el latín de los curas que nos convertían a Dios en un extranjero indescifrable. Hasta el uniforme del colegio era negro.

Negro con el cuello blanco. No me suena tu cara ni tu nombre entre las compañeras de curso. Seguramente porque tú asistías a la clase de las niñas pobres, gratuita, de caridad. Estas niñas usaban otro uniforme de cuadritos azules y su clase —sin ventanas— estaba situada al lado de la portería del otro lado del claustro. El mayor castigo que nos podían hacer a las alumnas de pago era enviarnos una hora a la clase de las niñas pobres y sentarnos en sus bancos, entre ellas. ¡Qué humillación! A veces sucedía que algunas de estas niñas eran rescatadas de su condición de marginadas por algún cambio en su economía familiar e ingresaban en la clase de pago. Pues bien, nunca eran aceptadas del todo por sus nuevas compañeras. Quedaban siempre como estigmatizadas. Qué crueldad las costumbres de entonces. Qué crueldad la de los niños, siempre.

¿Dónde estabas tú, Justa, que nunca te cruzaste en mi camino? Seguramente fuiste una de aquellas niñas que jugaba en la calle y gritaba como los pájaros al anochecer. Una de aquellas niñas que se hurgaba la nariz y miraba con des-
caro. Ser niña en aquella época era difícil para todas. Nacer mujer significaba tener pocas posi-

bilidades de realizarte como persona. Por eso pienso que tu vida ha sido triste. Me lo han dicho tus arrugas prematuras, tu cansancio de siglos. Lo he visto en el instante en que nuestras miradas se han cruzado. Y además, sin ser psicóloga, he imaginado que el amor no se ha detenido en ti mucho tiempo. Tu expresión delata un insondable pozo de carencias y afectos. Padres, marido, hijos, seguro que han pasado sobre ti llevándose algo y dejándote a cambio la soledad y el abandono por factura. Y ahora te encuentras mal, como atrapada y avergonzada en la desparrramada geografía de tu cuerpo. Te sientes indigna y hasta agradecida de que alguien, con una leve sonrisa de cortesía, te extienda un certificado. No hay rencor en tu mirada. Ni recelo. Ni envidia. No protestas ni te quejas de tu situación. Vas a separarte de un marido que quizás te maltrataba por costumbre o que se ha marchado ya hace tiempo y ahora intentas enmendar legalmente una situación de emergencia. Conflictos de la vida de los que no podemos zafarnos. Mujeres maltratadas que nacieron sin voz para defenderse, que asumieron resignadas su destino de segunda clase. Mujeres que dejaron la lucha para otras, que no saben expresarse, que

morirán en el sumiso silencio. Mujeres que se ignoran a sí mismas porque no se atreven a plantearse su ingrata realidad.

Mi caso es distinto. Reconozco que me cuido, que me obsesiono incluso por mi aspecto físico. Voy a un gimnasio asiduamente, gasto dinero en ropa que me favorezca y lucho por tener un aire juvenil mientras pueda. Es dramático, pero las mujeres nos marchitamos apenas se nos seca la fuente de la vida, y enseguida nos aparecen las antepasadas sombras de nuestras abuelas como un halo del que ya no podemos desprendernos. Creo que debes de haber sido guapa en tu juventud. Me ha parecido observar en ti vestigios de buenos ingredientes. Posiblemente serías una buena moza morena y de ojos grandes. Pero es tal tu gesto machacado y dolorido que debes ser ahora una caricatura de tu propia imagen. Quiero que sepas que a la larga la vida siempre es dura para todos. Por eso hay que timarla mientras podamos hacerlo, porque al final, ella nos ganará siempre la partida. Si yo te contara los desengaños que oculto detrás de mi apacible apariencia... Tú me ves aquí, arregladita y tal, y no puedes imaginarte el pesado fardo que llevo a la espalda. Me casé muy joven

y me separé muy joven también para tener que afrontar sola la custodia de mis dos hijos. Tuve que estudiar y sacar unas oposiciones para salir adelante económicamente. Hoy vivo sola. A uno de mis hijos no lo veo desde hace años. Se marchó a vivir con su padre. El otro se casó y tiene un hijo, mi nieto. Porque yo, a pesar de mi vaquero ajustado y mi melena teñida, tengo un nieto de dos años. Mi madre, muy anciana, está en un asilo con la cabeza perdida. Mis hermanos, dispersos y con problemas. Lucho por no odiar, por reciclar el pasado y aprovechar el presente. Porque, a pesar de todo, me gusta mi vida llena de pequeñas y rutinarias cosas. Confío, contra todo pronóstico, en los milagros. Vivir es bueno. El mundo está ahí cargado de acontecimientos y paisajes distintos. Es como una aventura pertenecer a él, interesarte por él. No se puede ver la vida solo a través de nuestro agujero. Por eso, en vacaciones me voy de viaje y regreso con las pilas cargadas para el resto del año. Me gusta leer y no puedo vivir sin la música. No se trata de huir de los problemas sino con ellos. O a pesar de ellos. Intento aprovechar el tiempo que se escapa. Ese tiempo que nos ha ido modelando a las dos.

Tienes mi mismo signo astral, las mismas influencias del cosmos. Nacimos bajo los mismos auspicios, bajo el mismo sol o lluvia de aquel año de gracia o de desgracia. Tiempos difíciles. Vientos de posguerra. Costumbres que al día de hoy se ven desfasadas y ridículas. Tenemos el mismo tiempo acumulado bajo la piel. Pero yo lucho cada día y a ti, en cambio, se te nota derrotada. Me ha bastado un instante para percatarme de ello. Levantar la cabeza y encontrarme tu mirada vacía, sin lágrimas, sin esperanza. Rendida antes de presentar batalla, casi cómoda en tu desdicha.

Y pienso y reflexiono mientras extendiendo certificados —de ganancias o pobreza—, machaco con el cuño decenas de expedientes, navego casi a ciegas por un ordenador programado, ejecuto mi tarea robotizada y administrativa. Pienso y reflexiono en tu imagen difuminada ya, diluida como una leyenda de zozobra. Pienso en la coincidencia pueril de nuestra misma fecha de nacimiento y en tu tambaleante presencia acercándose a mi mesa llamándome «muchacha», despertando en mi ego el eco de algún sueño perdido. Qué injusta es la vida, Justa, qué injusta.

EL HOMBRE QUE OLVIDÓ SU NOMBRE

Manuel Carrasco Moreno

Hacía ya tiempo que la niebla del olvido iba descendiendo por las estribaciones de mi mente, desdibujando recuerdos y velando realidades; por eso no os podría decir, a ciencia cierta, cuándo ocurrió.

Pudo ser aquella mañana del mes de junio, cuando me despertó una tenue ráfaga de viento que se coló por las rendijas de la vieja ventana de mi alcoba. Me desperecé después de apartar la sábana que me había echado encima cuando empecé a sentir el relente del amanecer. Aquella mañana, no sabía por qué, me vino a la mente una palabra de esas que nunca se usan: *binza*.

No, no era *pinza*, ni *pizca*, ni *bizca*, ni *bizna*, era *binza* y no sabía su significado.

—Binza... binza...

Nada, que no podía recordar qué podía ser *binza*.

Aunque, por aquello del fastidioso vértigo, tenía que levantarme poco a poco, aquella mañana me tiré literalmente de la cama y me fui directo al diccionario.

«Ba»... «be»... «bi»... «biberón»...

Casi se me cayó el diccionario de las manos... faltaban muchas palabras... era como si se hubiesen borrado... como si alguien lo hubiese sacudido y muchas palabras se hubiesen caído del libro, tintineando en el suelo como pequeñas cuentas de cristal.

Y se me olvidó la palabra. No era *bizca*, no. Ni *pinza*, ni *pizca*... Era... no; ya no me acordaba. Pensé que debía ser que todavía no había tomado el café y yo, de siempre, no había sido nadie sin desayunar.

Entré en la rutina diaria de la tostada untada con un diente de ajo y un chorrito de aceite, de la loncha de jamón york en una rebanada de pan de molde, porque mis dientes ya no podían con la corteza del pan candeal, y del tazón de leche

engañada con un poco de achicoria en que se había convertido, con los años, el tradicional café con leche.

Mientras desayunaba en la cocina no paraba de dar vueltas a la cabeza... no era *pizca*... ni *pinza*... Ni por esas, que no podía recordar la maldita palabra.

Aunque yo lo decía hacer la cama, la realidad es que me limité a estirar las sábanas y la colcha, porque ya no podía agacharme para remeter la ropa, que solo ofrecía un aspecto presentable los viernes, cuando venía la asistenta. Un aseo rápido —ese día más— y me vestí para salir a dar el paseo matutino y comprar el pan. Pero antes cogí de nuevo el diccionario. Efectivamente se habían perdido muchas palabras. Estaban la mayoría, las que se usan normalmente... *Alba*, *ayuda*, *baile*, *casa*, incluso estaba *diptongo*, que hacía mucho tiempo que no escuchaba; pero habían desaparecido todas esas palabras tan raras que nadie dice y que casi nadie sabe su significado, las que a mí me gustaba llamar palabras dinosaurio.

No sabía interpretar lo que ocurría y pensé que podía estar pasando lo mismo en los otros libros. Me fui al Quijote y allí también se habían

caído bastantes palabras. Ojeé algunas páginas y de vez en vez había espacios en blanco: «El resto de ella concluían..... de , calzas de para las fiestas, con sus de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su..... de lo más fino». Leí, empezando a asustarme.

Lo bueno que tiene el síndrome del inicio del alzhéimer es que todo se me olvida muy pronto y cuando volví de la calle, puse la tele para no ver cómo se despellejaban en las tertulias, porque yo nunca veo la televisión, aunque la tenga siempre encendida. Es mi única compañía.

A la mañana siguiente me vino a la mente *albahaca* y cuando fui al diccionario se habían perdido todas las palabras con raíz árabe. Unos días después fueron los anglicismos y luego los toponímicos.

En el diccionario y en los libros había, cada vez, más espacios en blanco que avanzaban inexorables. Me parecía ver unos grandes osos polares devorando salmones, con escamas de letras, que intentaban, en vano, nadar contra corriente. Ya eran muy pocas las frases que estaban completas; posiblemente solo «mi mamá me mima», «amo a mi mamá» y «Con cien ca-

ñones por banda», que era la única poesía que había aprendido de pequeño.

Me llegué a obsesionar con las palabras que iban desapareciendo de los libros, pero no podía contárselo a nadie. A pesar del buen tiempo apenas si ya salía a la calle y pasaba horas y horas asomado a la ventana hasta que la silueta del castillo se diluía en el azul cada vez más oscuro del horizonte. Entonces empezaban a encenderse las estrellas, y me entretenía en contar las que jugaban al escondite, las que tiritaban de calor, y se me humedecían los ojos, emocionado, cuando veía las estrellas fugaces, porque pensaba que se iban a pasear con sus amigos por la vía láctea; luego me acostaba y muchas noches olvidaba apagar la televisión.

Otros días me gustaba recordar cuando, siendo aún niño, aparecía el arco iris y las gotas de lluvia me caían sobre la cara y el sol anunciaba que llegaba la bonanza.

También solía pasar horas acariciando ese pétalo que se había caído de la rosa que moría temblorosa en el vaso lleno de agua con una pizca de aspirina.

En los días de frío, cuando no era tan viejo, me entretenía en cazar besos perdidos entre los

dedos de los niños y los coleccionaba con cuidado para que no se marchitasen. Llegué a tener más de doscientos y hasta les ponía nombre. A uno lo llamé *lulú* y a otro *copito*; al último le puse *luciérnaga*, porque era de una niña con luz en los ojos; pero el que más me gusta es *pimpollo*, porque fue el primero que me tiró mi nieta, hace ya mucho tiempo, cuando todavía no sabía decir mi nombre.

Una mañana, a la semana siguiente, vi que había perdido las palabras esdrújulas y, en poco más de un mes, no me quedaban palabras con más de cuatro letras. Tenía *luz*, *niño*, *amor*, *pan*, pero ya no estaba *mariposa*, ni *pájaro*, ni *amapola*, aunque todavía me quedaba *flor*. Claro que no me importaba, porque las palabras que se habían caído de los libros yo las había olvidado. Ya no sabía qué significaba *dolor*, ni *recuerdo*, ni *esposa*, y unos días después, tampoco *hijo*; porque solo me quedaron las palabras de dos letras.

Por eso, solo decía *yo* cuando los médicos me preguntaron mi nombre. Y es que *Zósimo* fue una de las primeras palabras que olvidé, porque era esdrújula, porque hacía mucho tiempo que nadie me llamaba y porque en la tele nunca se oía un nombre tan raro.

Cuando mis hijos entraron en casa para hacer la testamentaría, todos los libros tenían las páginas en blanco, aunque ellos no se enteraron porque solo buscaban las cartillas de la Caja de Ahorros.

Nota: *para que no tengáis que buscarlo, 'binza' es la capa o película exterior de la cebolla. Dios tendría que haber dotado, también, a los hombres de una binza protectora.*

LA GUITARRA

Luis Casao Benedí

«Se dan clases de guitarra. Grupos reducidos. Preguntar por Carlos...» También figura un número de teléfono. Lo leo en una cuartilla pegada sobre la farola que hay frente al portal de mi casa. «Bueno —pienso—. Ahora que me han jubilado tengo tiempo para tomar clases». La verdad es que siempre había tenido el deseo de aprender a tocar ese instrumento, pero nunca encontré el momento, siempre trabajando, pero ahora sí puedo. ¡Qué caray! Ha llegado la hora de cumplir sueños insatisfechos.

Esa misma tarde descuelgo el teléfono para llamar a Carlos, pero un segundo antes de que mi dedo pulse el teclado, me asalta una idea.

Antes de contactar con el profesor necesito agenciarme una guitarra. ¡Claro! ¿Por qué no? Cuelgo el auricular y enciendo el ordenador, que uno estará jubilado, pero no por eso reniega de las nuevas tecnologías. Con dedos nerviosos tecleo en el buscador «guitarras»; casi al instante, el misterio indescifrable de Internet muestra en la pantalla ciento diez mil cuatrocientas veinticinco entradas con información de guitarras.

Primer conflicto. Resulta que las hay eléctricas, acústicas, de flamenco, españolas clásicas... ¡Con lo sencillo que parecía!, pero a mí no me detiene ningún problema, que para todo hay una solución. Durante una semana buceo en foros, leo opiniones de todo tipo y hago consultas sobre cuál es la más recomendable para un principiante. Las respuestas son casi unánimes; para comenzar, lo mejor es una guitarra clásica. Pero surge otro debate, y en este no hay acuerdo, ni por lo que veo posibilidad de alcanzarlo. Resulta que se pueden utilizar diversos tipos de maderas en cada uno de los elementos del instrumento. ¡Y yo que me las prometía tan felices...! Pero no es solo la madera, que si las cuerdas, el mástil, si tal fabricante, aquel no, mejor este otro... ¡Ese ni se te ocurra!

Bueno, decido que ya sé suficiente para abordar la compra. Voy a un lutier de mi localidad. ¡Jolín con los precios! Pues nada, me conformo y asumo que no puedo pagar una de sus joyas. Iré a una fábrica. Me han dicho que, como las hacen en serie, son más baratas. En una localidad próxima tiene su sede una marca de mucho renombre y también venden directamente al público.

Mientras tanto, María, mi mujer, no para de insistir, cosa extraña en ella, para que desista del capricho musical.

—Pero chico —Me sigue diciendo «chico», como cuando era un chaval—. Si a ti lo que te gusta es escribir, ¿para qué te vas a complicar la vida? No quiero que cambies la pluma por la guitarra.

—Puedo hacer las dos cosas —Creo que tiene razón, pero en mi familia siempre fuimos muy tercos y no es cosa de hacer cambios radicales a la vejez.

En la fábrica me atiende una dependienta muy amable. Me pasa a una sala rectangular y me muestra dos filas, una a cada lado. Debe haber más de cuarenta guitarras en cada una. Se planta en el centro y señala una fila con cada

mano. Tengo la sensación de encontrarme en un avión contemplando a una azafata que muestra al pasaje las salidas de emergencia. Me pregunta.

—¿La quiere clásica o flamenca?

—«¡Toma ya! Me ha dado en plena línea de flotación». Clásica —contesto aparentando que conozco la diferencia. Por la cara que pone, creo que se ha dado cuenta de que no tengo la menor idea.

—Puede probar las que quiera, y luego me dice cuál le ha gustado. Las de flamenco son las de la izquierda.

—«¡Vaya aprieto! Si en mi vida he tocado una». Mire señorita, no es necesario. Quiero una que esté bien y no sea demasiado cara.

—Están ordenadas de menor a mayor precio. Las más caras son las que están junto a la puerta. Tome asiento y no tenga prisa, lo importante es que quede satisfecho con su elección —Me dirige una sonrisa que derrite el hielo y me deja solo con las dos filas de guitarras.

Me dirijo a la fila de las clásicas, cojo la más cara y tomo asiento en la silla. Me coloco imitando las posturas de los concertistas que he visto en la televisión. Tengo la sensación de que

alguien se está riendo de mí. Acaricio la madera, es suave y cálida; rozo las cuerdas que emiten un lamento, como si se quejaran; me armo de valor y pulso una, suena bien, otra, otra más, me estoy animando y rasgo todas a la vez, como he visto hacer muchas veces a los flamencos. ¡Zas! Una cuerda rota. No me atrevo a moverme. Ahora entrará la dependienta y no sabré qué decir. Me muero de vergüenza, pero no pasa nada. Devuelvo la guitarra a su sitio y me voy al otro extremo, cojo la primera de la misma fila, la más barata. Regreso a la silla. Rozo las cuerdas con miedo. Hay mucha diferencia entre el sonido de la primera y esta, pero debe ser porque estoy pulsando las cuerdas con mucha precaución.

Un ruido a mi espalda. Giro la cabeza y allí está la dependienta mirándome y sonriendo. Pienso si se habrá dado cuenta de lo de la cuerda.

—¿Ha encontrado alguna que le guste?
—Parece que no se ha percatado del accidente.

—¿Qué precio tiene esta? —pregunto con un hilo de voz.

—Ha elegido una guitarra infantil. Además, es para zurdos y veo que usted es diestro —Lo

dice con tanta dulzura y con una sonrisa tan cautivadora que le perdono el comentario.

—¡Ejem...! Creo que volveré otro día con un amigo que entiende. —Es lo primero que se me ocurre. Dejo la guitarra donde estaba y me dirijo hacia la puerta.

Ella no contesta, solo sonrío. —Adiós —Salgo a la calle y apresuro el paso, creo que voy a escuchar su voz pidiéndome cuentas por la cuerda, pero no pasa nada.

Regreso a casa en el coche. Por el camino voy pensando si no tendrá razón María, y me estaré complicando la vida sin necesidad. Aparco en la puerta de mi domicilio y entro en el bar de la esquina para tomar un café. En la puerta, pegado con cinta adhesiva, alguien ha puesto un anuncio. «Vendo guitarra barata por no usar...» Saco el móvil y llamo. El vendedor es un vecino. Le invito a un café y allí mismo cerramos el trato. Solo resta llamar al profesor.

A la semana siguiente asisto a la primera clase. Somos cuatro alumnos, dos chicos de unos dieciséis años, una mocosa que no tendrá más de nueve y yo de sesenta y seis, el abuelo de todos. Me miran como si fuera un bicho raro. «Adónde irá este viejo, aprendiendo a

tocar a sus años», me imagino que estarán pensando.

El profesor es un tipo simpático, al principio no me dio buena impresión, debió ser por el pelo que lleva, creo que lo llaman rastas. Lo que llevo mal son las puntas de los dedos de la mano izquierda, duelen una barbaridad de apretar las cuerdas contra el mástil. Carlos dice que cuando me salgan callos ya no dolerán. No había imaginado que, para ser músico, debía tener callos en la punta de los dedos, pero así es. Los chavales son agradables, me tratan con mucho respeto y siempre están de buen humor. La que es una arpía es la mocosa, es demasiado joven para tocar tan bien, ¡así irá en el colegio!, seguro que, en vez de estudiar, está todo el día dándole a la música, si no, que alguien me explique cómo puede mover los dedos tan rápido y sin equivocarse. Después de tocar una pieza me mira como diciendo «Chúpate esa», y yo, a tragar quina.

Estoy empezando a arrepentirme de la idea de tomar clases, además, Carlos me ha dicho que la guitarra que me vendió el vecino es de los chinos y suena muy mal. Según él, necesito gastarme seiscientos euros o más en una, si

quiero aprender y educar el oído. Nunca había escuchado que puedes tener el oído maleducado, si fuese la boca aún lo entendería, ¿pero el oído?

¡Ya está!, he llamado a Carlos por teléfono y le he dicho que tengo un problema personal y no puedo seguir asistiendo a sus clases. Me ha dado un poco de pena, pero esto de la guitarra no es lo que yo creía. María tiene razón, lo mío es la escritura. Por cierto, ayer vi un anuncio de uno que vendía dos cañas de pescar. No os lo he dicho, pero vivo en la orilla del mar y desde hace tiempo tenía la ilusión de comprarme unas. Imaginaos que estoy sentado en la orilla leyendo un libro, mientras espero que piquen los peces. ¡Venga! No me digáis que no os da un poco de envidia.

He llamado al tipo de las cañas, parece simpático y también está jubilado; pero tiene reuma y el médico le ha dicho que no pase tanto tiempo en la orilla. Solo por eso vende las cañas, que son buenísimas, especiales para pescar desde la costa. He puesto un anuncio en la puerta del bar. «Vendo guitarra casi nueva por no usar...».

ELVIRA

José Corrales Pérez

Elvira es la más guapa de la guardería y del mundo, es casi tan guapa como mi mamá. Las dos tienen los ojos azules, pero Elvira se ríe mucho y mi mamá está siempre llorando; sobre todo cuando mi padre vuelve del bar y le pega.

Elvira era mi novia hasta hace un rato. Ayer habíamos quedado en sentarnos juntos en el borde del estanque durante todo el recreo. Pero hoy cuando salimos, en lugar de ir a sentarse conmigo, se puso a jugar con Miguel. Eso me enfadó mucho, así que fui y la tiré al suelo de un empujón como los que mi padre le da a mi mamá.

Pero en lugar de ponerse a temblar en el sue-

lo como hace ella, Elvira se levantó y me pegó el mayor tortazo de mi vida. ¡Qué guantazo me dio!

Vi un remolino de estrellas amarillas y pensé que me había reventado la cabeza.

—Ya no soy tu novia —me dijo.

—Se lo voy a decir a mi mamá.

—Pues cuéntaselo a tu mamá, acusica —me contestó antes de salir corriendo a jugar otra vez con Miguel.

Yo no soy un acusica, lo que quería decir es que le voy a decir a mi mamá que haga como Elvira cuando le vuelva a pegar mi padre.

BARRER EL OTOÑO

M.^a Dolores Díaz-Ambrona de Llera

La última vez que pasé por allí, seguían las risas de los niños colgadas de los árboles vacíos, y un vencejo había anidado encima de la cabeza de la estatua, sobre la que reposaba, ociosa, una escoba de ramas secas. Yo grité «¡Tomás!», pero tampoco esta vez me oyó. ¡Qué empecinado fue Tomás...!

La noche no tenía cabida en la Venta Gabriel. Aunque se hiciera de noche, era como si Gabriel, el ventero, no la dejara entrar en el jardín: los ojos de los gatos se unían a los ojos de las estrellas, y los ojos de los niños a los ojos de la tarde que no se moría, porque dejaba un resquicio en la puerta del sol, y los ojos del sol seguían mirando un poco a los ojos de todos.

No fue culpa de Gabriel. Por él, que los niños hubieran seguido sus juegos hasta que todos los ojos se cerraran definitivamente, hasta que los goznes de los columpios pidieran tregua y los gatos se perdiesen en la noche iluminando otros quehaceres, pero tuvo que cerrar la venta. ¿A cuento de qué seguir con el negocio si tenía dinero para vivir diez veces la vida que le quedaba? Él se lo dijo a Tomás: «Tomás, vámonos a casa, que aquí ya no hacemos nada». Tomás nunca respondía, parecía autista, el bueno de Tomás, agarrado a su escoba como si esperase que la suciedad le llegase del cielo para poder seguir barriendo. Y un veinticuatro de septiembre apareció un cartel en la puerta de la Venta Gabriel: «Cerrado», decía. Y cinco días más tarde, el día de San Gabriel y todos los arcángeles, una camioneta se llevaba las sillas, mesas, en fin, todos los enseres del establecimiento para malvendérselos a cualquier charnilero. Incluso querían llevarse los columpios, pero los goznes se negaron a soltarse de las estructuras y tuvieron que dejarlos por imposibles; vieron irse a la camioneta un poco enfadada mientras se balanceaban sin niños, en un último acto de servicio.

Gabriel echó el candado y le entregó las llaves a un hombre muy rico. Sus bolsillos estaban tan llenos que para que no le reventasen los pantalones tuvo que comprar algo tan absurdo como un bar donde ya no servían meriendas. Un jardín donde los frutos eran risas antiguas adheridas a los vástagos, parásitos imposibles de eliminar, recuerdos en conjura. Y columpios sin niños, nidos sin pájaros, suelo de otoño sin hojas: Tomás las había barrido todas.

—Anda, Tomás, vámonos a casa.

Tomás apenas lo miró.

—No queda nada por barrer, Tomás.

Los ojos de Tomás señalaron sombríos una hoja que se resistía a desprenderse.

—Como quieras, Tomás. Yo, me voy.

Ni se encogió de hombros, Tomás. Recostado en su escoba como si fuera el báculo de su vida, siguió mirando la hoja. Parecía el amo del tiempo, capaz de toda la paciencia, ¿qué otra misión puede tener un barrendero de otoños?

Un poco de monóxido es lo último que olió. Gabriel se alejó a lomos de una ruidosa moto. Su silueta se fue haciendo más pequeña hasta convertirse en un punto. Después, desapareció en el cruce del kilómetro ocho, antes desviación

para la Venta Gabriel, ahora desviación inversa; desviación, abandono, adiós. Tomás miró el adiós, miró su escoba, miró al árbol y se sentó a esperar. Quedaba aún mucho otoño por delante. Algún día, sin duda, la hoja iba a caer y él iba a barrerla. Entonces se iría, no antes.

Llegaron las lluvias de octubre y los columpios se oxidaron. Los goznes hicieron un último esfuerzo por seguir su balanceo inútil, pero, artríticos, tuvieron que parar para siempre. Tomás ya no los engrasa, no puede, las manos se le han entumecido. Él tampoco se engrasa, y, ¡con esas lluvias!, los goznes de Tomás también se han oxidado.

Y los vientos de noviembre... tampoco han conseguido desalojar a la hoja insumisa, y él se ha unido a la rebelión: no va a irse sin barrerla, es un barrendero, y por mucho que lo sueña, sigue sin caerle basura del cielo, el cielo no es bueno con él.

Ha llorado. La lluvia también lleva tiempo llorándole. Los vientos erosionan su cuerpo. El polvo ha cubierto las zanjas de su piel. Tomás se está volviendo piedra de tanto esperar.

¡Qué empecinado, Tomás...! Se ha convertido en una estatua.

La última vez que pasé por allí, seguían las risas de los niños colgadas de los árboles vacíos. Había caído la hoja que quedaba por caer, pero Tomás no la barría.

La última vez que pasé por allí, un vencejo había anidado encima de la cabeza de Tomás. Yo grité «¡Tomás!». Quería decirle que barriese la hoja, que ya había caído, que podía irse a casa, pero tampoco esta vez me oyó. ¡Qué empecinado fue Tomás! Al final, ni siquiera terminó de barrer el otoño.

SECUESTRO A LA UNA MENOS CUARTO

Carmen Gil Ramiro

Querido diario, hoy es viernes y, la verdad, no sé qué hacer. Claro, visto desde fuera, pensarán que mi madre, 88 años, sería una «dulce ancianita», de cabellos blancos, sentada en su mesa camilla y haciendo ganchillo. ¡Pues no! Tiene una agenda más intensa que la duquesa de Alba (lo puedo documentar) y yo, camino de 61 años (que desde año y medio vivo con ella), pues la tengo que seguir en el 90% de sus actividades. Agotada me tiene.

Hoy me ha vuelto a llamar él...

Todo comenzó por decir a mi madre (cada vez que va a gimnasia, los lunes y miércoles):

«mamá, llévate el móvil, que si te secuestran —no caerá esa breva—, como lleva GPS, la policía te localiza» y el miércoles, como siempre, no me hizo caso y ahí lo vi yo, con su fundita rosa, abandonado, y ocurrió... Total, que me recorrí el bulevar y, sin noticias, naturalmente denuncié a la policía, la cual me dijo que, según la ley, había que esperar 24 horas para considerarla oficialmente desaparecida, a lo cual argumenté que con 88 años no se iba a ninguna discoteca del IMSERSO y que tenía un horario regular de entradas y salidas (controladas por mí). Dicho lo cual, me hicieron caso y me intervinieron el teléfono de casa para grabar las llamadas (me imagino el «cachondeo» en la comisaría de Vallecas).

Total, que esa noche llamó él... Me senté tembándome las piernas y escuché:

—¡Aló! Hablo con Víctor-Mari-Eli —Inmediatamente me di cuenta de que quien llamaba tenía a mi madre, la cual se hace un lío con el nombre de los tres hijos.

—Dígame, ¿tiene a mi madre? —Lo cual era evidente.

—Oiga, tenemos secuestrada a su mamá y no la soltaremos hasta que usted nos pague 30.000 euros.

—¿Cómo? —Y yo, que soy muy «chula», le dije—: vamos a ver, lo primero, ¿cómo se llama usted?

—Bueno, da igual, Néstor Wenceslao.

—¡Vaya tela! Oiga, yo no tengo esa cantidad, soy una parada.

—Bueno, la comprendo, pues ya la voy llamando para llegar a un acuerdo.

—Un momento, tenga usted en cuenta que mi madre toma medicación tres veces al día y una pastilla para dormir, así que espere que le doy el nombre de los medicamentos y usted se los compra.

—¿Cómo?, ¿pero qué dice?

—Oiga, Néstor etc., ¿qué quiere, que se muera? Así que tome nota y sin rechistar, lo que le cueste ya se lo abonaré yo junto con el rescate y en paz. ¡Ah! Y apunte el número de mi móvil por si salgo —Que ya me toca, y pensé para mí: «este “plingao” no sabe dónde se ha metido...».

Al día siguiente me llama (manso como un cordero).

—Aló.

—A ver, ¿qué tal noche ha pasado mi madre? ¡Ah! Se me olvidó decirle que las pastillas para dormir algunas veces le producen pesadillas y

se levanta sonámbula. Si le pasa, no la despierte, ¿eh?

—Bueno, lo que faltaba. Bien, ya le conseguí la medicación a través de un paisano. Pero, oiga, Mary, ¿qué le pasa a su mamá que no para de hablar?

—Bueno Wences, serán los nervios.

—Es que no sabe usted, Mary.

—¿Que no lo sé? Miren, cuando se cansen de escucharla, pues le ponen una cinta adhesiva, que la venden en los chinos, en la boca, como a todos los secuestrados, y ya está, que todo hay que solucionárselo, Wences...

—Bueno, vale, ¿y lo del dinero?

—Pues qué quiere, estoy mirando a ver cómo reúno esa cantidad, estoy hablando con mis hermanos. Llámeme mañana y ¡paciencia, guapo!

Siguiente día, vuelve a llamar «el plingao»:

—Aló, hablo con...

—Sí, Wences, «al grano» que he quedado.

—Oiga, Mary, que esto es una tortura, que ha dicho que ya está harta de los frijoles con arroz y que bajase al mercado a comprar arreglo para un cocido madrileño, que ella lo hace, y me ha dicho que compre una Biblia, que ya

que está secuestrada, pues va a hacer no sé qué del precursorado, o no sé qué.

—Pues me parece que son 100 horas, así que, paciencia, querido, ¡y que no pase hambre mi madre! ¿eh? Todos los gastos los apunta y ya veremos. ¡Hala! Hasta mañana —este se va a enterar de «lo que vale un peine».

—¿Aló?

—¡Hombre! Buenas noches. ¿Qué tal le come mi madre?... Y por cierto ¿de dónde es usted, Wences?

—Bueno, discúlpeme usted, Mary. Verá, yo no he visto una cosa igual... Yo estuve en la guerrilla colombiana y allí estuvo la Sra. Bethancourt.

—¡Ah! sí, estuvo nueve años secuestrada por las FARC. ¿Y qué tal se portaba?

—¡Una malva, oiga, Mary, ni hablaba ni nada, casi me dio pena que se fuera! ¡Ah! Por cierto, ¡cómo come su madre, nos va a arruinar!

—Bueno, pues lo apunta en la cuenta, ¡hombre!

—Oiga, Mary, que hay otras cosas.

—Me lo imagino, diga, diga.

—Que nos tiene todo el día estudiando la Biblia y oiga, que, como dicen ustedes, nos tiene «acojonaítos», dice que viene el fin del mundo.

—¡Ah! ¡Ya! Bueno, ¿y qué más?

—Que a las ocho le pongamos en la TV *¿Quién quiere ser millonario?* Y si hay tenis, pues tenis.

—¿Y qué le cuesta, hombre? ¡Que es muy mayor!

—Es que regaña a los concursantes y a Nadal, oiga. ¿Y lo del dinero?

—Pues, en ello estoy, yo creo que en un mes estará solucionado. Si me hace rebaja.

—¿Un mes? Mary, usted está loca. ¿Cómo vamos a aguantar?

—¡Ay, hijo! Yo soy pobre y estoy recaudando dinero, en secreto, para pagar el rescate. Y además, la próxima vez, se informan ustedes a quién secuestran, ¡qué falta de profesionalidad!

—¿Y si bajamos el rescate... a la mitad?

—Mucho es todavía. Bueno, lo hablaré con mis hermanos. ¡Ah! No se le olvide darle la medicación, y que ande por el salón, que es diabética y le sube el azúcar. Bueno, que yo he quedado y llego tarde, ¡hala! Salude a mi mamá y no la disguste...

Antes de colgar, oí un estruendo, como si fuera la detonación de una pistola... ¡Qué pena! Ya le había cogido cariño...

PURGATORIO

Jorge González Aranguren

Me asomé al borde de la tapia que defendía el huerto. La hiedra trepaba con parsimonia por las piedras del muro, bajo una lluvia muy fina. Flores vivaces en su desmayo lo coronaban, ofrecían cálidamente al visitante cuellos y corolas dulces y vírgenes.

—Discúlpeme —grité con mi voz de flecos—, ¿podríamos hablar?

El hombre levantó la cabeza para mirarme. Se tocaba con una boina. De bufanda, una frazada descolorida. El abrigo le llegaba a los talones. Señaló un hueco en el murete.

—Pase —Y acompañó su invitación con un corto ademán.

—No sabe usted cómo se lo agradezco —reconocí.

El hombre se agachaba sobre unas matas verdes. En sus dedos, una paleta de albañil. Calculé que habría sobrepasado los ochenta.

—Estoy tratando de sacar guisantes —murmuró—; aquí no regalan nada —Me miró de frente. Tocó con timidez uno de mis brazos. Pareció sorprendido—. Usted viene de arriba, ¿no?

Quise explicarme.

—El pase me lo dio Pedro —dije—. Usted ya le conoce.

—Hace años. Es más viejo que yo.

Me atreví:

—He venido a hacerle una entrevista.

Él se desentendió de los guisantes.

—Mire, señorita, no puedo ofrecerle asiento. Tendremos que quedarnos así, de pie.

—Da igual.

—No me juzgue desconsiderado. Perdí las llaves de casa. Los otros huéspedes no llegarán hasta muy tarde. Ellos podrán abrirme.

—Esos huéspedes ¿son amigos suyos?

—Tximista sí, con su catalejo. Y Usandizaga, mi paisano. Aunque, un día, el muy bribón me robó un jaboncillo.

—Ya lo ha contado usted... Pero dígame: ¿cómo es que ese músico, tan religioso, ha ido a parar aquí?

El hombre ladea su *txapela*. Mira hacia el cielo. La llovizna le moja unos pelillos entrecanos.

—Se sorprendería usted. Aquí hay curas, obispos y hasta cardenales. Me observan con recelo porque tuve alguna vez fama de hereje. Suelen vivir al sur y andan con la cara tiznada, empujando vagonetas, extrayendo carbón de coque. Así se olvidan de la púrpura.

—Tendrá usted otros amigos...

—Sí. Jugamos los sábados al tute. Es lo fácil de la baraja y, además, me recuerda mi pueblo. Suele ganar Shanti, que siempre fue un poquitín tramposo. Me hago el cándido, el *txorua*, por no desairarlo.

—Pero tendrá otras diversiones.

—Leo a Dickens. Me gustó siempre mucho. Hay quienes dicen, críticos infantiles, que le imité en los personajes.

—No les haga caso. De su generación, los jóvenes solo le admiran a usted.

—¿Quién lo ha dicho?

—Un poeta de San Sebastián: Aranguren;

aunque no le conoce nadie. Lo aseguran también José María Valverde y Torrente Ballester.

—Valverde está ya para cumplir. ¡Qué habilidad la de ese hombre para traducirnos a Melville!

Pasa un estornino en raudo vuelo. Mira hacia abajo y grita: «Fuiiiiiiiiiiiiiiiii».

—También suele visitarme Manolillo —prosigue el hombre—. Ya sabe, señorita, el madrileño... Lo veo siempre triste. Echa de menos los Carabancheles.

—¿Y el Bizco?

—De peón, en las salinas; lejos. Buen trabajo para un granuja.

—¿Y Hemingway?

—Ya redimió. Él me quería y me regaló unos calcetines. Yo le profesé cierta devoción porque me va la gente activa, malona: los aventureros.

—¡Aviraneta!

—Algo así.

Ladeó su cabeza de león mortecino. Se explicaba:

—Mire, señorita, yo fui siempre algo escéptico y poco dado a la acción, al dinamismo. Me gusta la seriedad de los ingleses, que se contrapone a lo francés, tan superficial, engreído y

pomposo. Para mayor inri, los gabachos siempre desearon hacernos la puñeta —Sonrió levemente—. Soy un hombre taciturno.

—En uno de sus libros hay un pasaje de insuperable melancolía —digo—. A un merendero de Madrid llegan unos repatriados de Cuba; aún de rayadillo. Alguien toca un acordeón, un joven canta: «Yo pinté por donde cruza un bello ferrocarril, una lancha y un fusil, y una barca *canoera*, y no pinté la bandera por la que voy a morir...».

—Tiene usted buena memoria y me ha leído —Suspiró—. Quizás perdió su tiempo.

Sentí en los ojos humedad. ¿Era la llovizna?

—En absoluto —respondí.

—Con quien mejor me llevo es con Solana. Fíjese, después de que lo puse a caldo...

Quiere hacerme un apunte, una sanguina, pero le tiemblan las manos. Me habla del Pombo, de aquellas copas, de las carnestolendas por la ronda de Segovia. ¡Tan achacoso como yo!

Al hablar de pintura, me acuerdo de la familia.

—¿Y Ricardo?

—Hace tiempo que se fue. Para su ventura,

recuperó la vista del ojo enfermo. Me apetece mucho reencontrarlo.

—Me viene a la memoria un cuadro suyo —dije fiada de los recuerdos—. Gente que caminaba entre sus penas, bajo el turbión de la nieve. También era Madrid.

El hombre hizo una pausa. Un aire débil nos sacudió; nos recordaba el anochecer.

—¿Cómo van las cosas por allí arriba? —Quiso saber. Yo fruncí el ceño.

—Creo que no le gustaría su país —dije—. A lo mejor lo echaban de San Sebastián.

—Me lo temía —gruñó. Luego, sacó de su bolsillo un papelucho inverosímil, por doblado—. Escuche, hija, lo que dicen de mí: «...hombre contradictorio, áspero y tierno, atrabiliario y cordial, anarquista y burgués, enamorado y casto, feo y con clase, conservador y liberal, vasco seducido por una triste España...».

Apunté:

—¿Se reconoce?

Sacudió la tierra del gabán.

—Mixtificaciones —dijo. Y añadió—: Pero hay algo verdadero.

—¿Lo de enamorado?

—Puede.

—¿Y la princesa rusa? ¿Su aventura del tren? Le asomó en la sonrisa un mohín de picardía.

—¡Me han atribuido tantas cosas!

—Pero...

—Me cayó bien aquella señorita. Acostumbrado a las españolas, sobre todo a las vascas, tan rígidas, tan suspicaces y de pocas luces, la dama me pareció un milagro. Tenía unas manos de Sévres, de mayólica: pura porcelana.

—¿Era hermosa?

—Me recordó entonces a la mujer de aquel pintor... ¿Cómo se llamaba él? —Mi amigo cerró los ojos—. ¡Ah, sí! Rosetti; Dante Gabriel. Ella era muy joven cuando murió.

—Beatriz. Y un óleo: *Beata Beatrix*. Celestial.

—Después, alguien me dijo que la viajera sería, tal vez, una princesa rusa. Claro que en Rusia, lea usted *Guerra y Paz*, todas las doncellitas son princesas.

—Y le duró su añoranza.

—Dijo un autor anónimo, algo cruel y sin duda decepcionado, que el tiempo es un gentil-hombre.

—¿Se lo cree?

—Ha pasado mucho tiempo, y ella no está. La busqué a mi llegada.

—¿Sin éxito?

Mi amigo se encogió de hombros. En el anochecer, apenas distinguía sus facciones.

—Valle, o sea, don Ramón, me dijo que permaneció aquí muy poco tiempo. Subió arriba. Está visto que sus pecados eran menores.

Quise ser una miaja maligna.

—¿Y los suyos? —inquirí.

—Fui un descreído; para muchos, un hereje. Pero nunca quise causar males a nadie.

—Conocí a un hombre, en Donostia, que le ponderaba a usted mucho. Era escultor. Se llamaba Jorge. Fue amigo de Huidobro y Vallejo. Paseó por todo el continente americano. Y, cosa rarísima, fue novio de Eva Perón.

Ahora, él se reía:

—Esa montonera anda aún por acá. Se conserva guapa. Nos habla de sus descamisados. Está de recepcionista en un hotelito para recién venidos. Siempre viste de celeste y blanco. Ya se sabe: la patria.

Era casi de noche. La hiedra joven olía como en Itzea. Solo que allí, además, la acompaña el rumor del padre Bidasoa, siempre envuelto en su piel de serpiente. Las campanillas, azules o moradas, habían clausurado su corazón de encaje.

—Debo irme —dije—. Ha sido usted muy amable.

—Y usted, muy lista. Espero que tarde muchos años en volver por aquí.

—Fue una dispensa de los de arriba. A Pedro le gustaba Paradox.

—Sí.

—¿Nos veremos...?

ALBA

Isabel Llor Cerdán

Su ventana daba al parque, un parque grande de árboles viejos y un gran estanque con patos. En la parte de arriba, columpios y otros juegos para niños.

Alba pasaba muchas horas mirando desde el tercer piso. Todas las tardes eran más o menos las mismas personas, que, casi siempre, ocupaban los mismos lugares.

Hacía unos días había llegado alguien nuevo: una mujer, sobre cuarenta y cinco años, acompañada de un perrito blanco. Llegaba sobre las cinco, daba un paseo con él, luego se sentaba frente al estanque y leía mientras el perrito corría feliz sin alejarse demasiado. A las

seis en punto, lo llamaba, le ponía la correa y se iba por el lado contrario al que había entrado.

Alba tenía ahora cincuenta años, vivía sola y trabajaba generalmente por las mañanas, las tardes las dedicaba a escribir, pintar o cualquier otra cosa que le hiciera sentir bien, por eso el parque era una buena fuente de inspiración para sus obras.

Pasó casi un año, el otoño había cubierto todo de un precioso tono amarillo mezclado con rojos y ocres. Alba seguía observando el parque, pero la mujer y el perrito se habían convertido casi en una obsesión. Esperaba impaciente que dieran las cinco. Algunas veces había pensado en bajar, presentarse. Tenían, según sus observaciones, varias cosas en común: les gustaba leer, los perros, los niños y aquel precioso parque. Podrían conversar, seguro que tenían algo más en común. Pero nunca se atrevió. Todo aquel tiempo, la mujer siempre estuvo sola, pero, salvo los días en que había llovido mucho, acudía puntualmente a las cinco y se iba a las seis.

Alba llevaba unos días tristonera, sentía ganas de llorar aunque no le había sucedido nada que le diera motivos. Recordó que, en algunos mo-

mentos de su vida, era como una premonición: se sentía muy triste y el verdadero motivo aparecía unos días después.

Hacía una tarde preciosa, la temperatura era magnífica y el parque estaba muy concurrido. A las cinco en punto la vio aparecer con su perrito y, sin saber por qué, su corazón dio un vuelco. Se alejó de la ventana y se puso a buscar viejas fotografías, cogió la cámara y, al azar, hizo fotos de los árboles, el estanque, los niños jugando, quedaba aún medio carrete.

¡Qué raro! Eran ya las seis y media y la mujer seguía en el banco. Esperó aún un rato: las siete, pronto se pondría el sol. Sin saber muy bien por qué, cogió la cámara y bajó al parque. Se aproximó a la mujer, saludó: «Buenas tardes». Después vio sus ojos azules fijos en algún punto. Buscó su pulso, pero sabía que estaba muerta.

Había oído que las imágenes quedan fijadas en la pupila y se pueden fotografiar y eso es lo que hizo. Gastó lo que quedaba del carrete, luego mentalmente se despidió de ella. El perrito lloraba a su lado. Subió a su casa y llamó a la policía.

Seguía pensando por qué había hecho todo aquello. Estaba ansiosa por ver las fotos.

A la mañana siguiente fue a una tienda de las de revelado en una hora y cuando las tuvo se apresuró a volver a su casa.

La primera foto era la parte del parque que veía la mujer desde donde estaba sentada, pero en el lado izquierdo, abajo, aparecían unas notas musicales. Buscó una lupa. Efectivamente, eran las primeras notas del «Himno a la Alegría» de Beethoven. Buscó el CD y lo puso, era una de sus piezas favoritas.

En su interior sentía una gran paz y se puso a ver el resto de las fotos. La siguiente era la mujer frente a un escritorio, de espaldas a la cámara. ¿Qué estaría escribiendo? Oyó una voz que le decía: «¡Ah, es un cuento, seguro que te gustaría!». Otra vez en el margen izquierdo, las mismas notas de antes.

Alba recordó la época en que ella escribía cuentos, sobre todo para sus hijos. «Yo también tengo dos chicos», dijo la voz.

La tercera foto mostraba a la mujer muy apenada. Su marido estaba junto a la puerta con varias maletas, mientras ella le daba la espalda abrazada a sus niños, aún muy pequeños.

Alba se dio cuenta de que la vida de aquella mujer y la suya eran muy parecidas. Escribían,

les gustaba la música y se habían divorciado cuando sus niños eran pequeños. La siguiente foto era de Carnaval. La misma casa, la mujer estaba disfrazada de hada, rodeada de niños: indios, superman, princesas, vaqueros. La imagen rebosaba alegría, casi podían oírse sus risas.

Aquella, sin duda, el aula de un colegio. Los niños estaban sentados en el suelo formando un círculo, mientras la mujer, de pie, parecía marcar el ritmo con las manos. Alba recordó sus clases de música, le venían a la cabeza montones de juegos y canciones infantiles.

Aquello le producía una sensación muy extraña. Se daba cuenta de que la vida de la mujer que estaba reconstruyendo era tan parecida a la suya que parecía imposible.

Tenía ahora en la mano una foto de boda con los novios sonrientes dentro de un coche adornado de flores. Debía ser invierno por el traje de la novia, llevaba en el cuello y en las mangas largos adornos de piel o algo similar y un casquete del mismo material.

Su boda también fue en invierno. Ella quería una ceremonia sencilla en una capilla en lo alto de un monte desde donde se veía toda la ciudad con el mar al fondo. Aquel le parecía un

sitio mágico, allí el aire era más limpio y la vida real parecía muy lejana. Hacía frío pero lucía el sol. Pasado el tiempo volvió allí muchas veces, sola. Pasara lo que pasara, se sentía bien allí.

La siguiente foto era en blanco y negro. Una típica foto de estudio, con una pose buscada por el fotógrafo y una dedicatoria. La mujer tendría unos veinte años, llevaba el pelo negro, largo y su mirada parecía perderse en un lejano punto del futuro. La dedicatoria decía: «desde Madrid con cariño, vuestra hija Alba».

A Alba le dio un vuelco el corazón, la mujer se llamaba igual que ella y había estado en Madrid a una edad muy similar.

Probablemente de la emoción, las fotos se cayeron al suelo y, entre ellas, le llamó la atención una: Alba, bastante más gruesa que en otras fotos, con el pelo muy corto, una camiseta y un enorme delantal, estaba sentada ante un torno de alfarero, de los pequeños, eléctrico. Parecía feliz y totalmente concentrada en lo que hacía. A ella también le gustaba la cerámica.

Había ido buscando sus propias fotos y escogiendo las más parecidas, había cientos esparcidas por toda aquella habitación que le servía de estudio. En aquellos dos días, desde que tu-

vo el impulso de bajar, había repasado una vida entera: la de aquella mujer y la suya, que parecían idénticas.

Aquellos días sus sentimientos de curiosidad, emoción, perplejidad, etc., se habían acelerado, pero en ningún momento sintió miedo. A través de las fotos y de toda la historia, se había formado una especie de comunicación, de unión con aquella persona a la que solo había visto desde su ventana.

El resto de las fotos eran de infancia: jugando con una pelota de colores, en la playa, con sus padres, y la última de bebé, la bañaba una señora mayor, tal vez una de sus abuelas.

Se consideraba una persona optimista. Si pesara en una balanza sus buenos y malos momentos durante toda su vida, ganarían los buenos y parecía que a su amiga le había sucedido lo mismo.

Habían sido dos días muy intensos, dejó todo como estaba y se fue a descansar.

Soñó que estaba paseando al lado del mar. Era una tarde de sol. Después de un rato caminando, se sentó en uno de los bancos frente al mar, esperando la puesta de sol. De pronto oyó una voz:

—Disculpe, ¿me puedo sentar aquí?

Era Alba con su perrito en brazos. Se pusieron a charlar como si se conocieran de siempre, luego guardaron un respetuoso silencio hasta que el sol desapareció por completo.

—Ya sabes que tengo que irme —prosiguió Alba— pero me gustaría que te quedaras con mi perrito, es muy cariñoso y alegre. En algún lugar, volveremos a encontrarnos.

Luego fue ascendiendo hasta que se perdió entre las primeras estrellas que empezaban a brillar.

Despertó con los ojos húmedos. Esa única conversación ¡había sido tan cálida, se habían sentido tan unidas! No le importaba quedarse con el animalito, pero no sabía los apellidos ni la dirección de Alba, tal vez en la policía se los facilitarían.

Sonó el timbre de la puerta. ¿Quién sería a esas horas? Miró el reloj: las diez de la mañana. Se echó una bata por encima y abrió.

En la puerta, un chico de unos veinticinco años, con un caniche blanco en los brazos, sonreía con la misma sonrisa de Alba:

—Perdone que la moleste —dijo—. La policía me dio su dirección, parece ser que fue usted la última persona que vio a mi madre con vida.

—Pasa, pasa, precisamente iba yo a llamarles porque no sabía cómo empezar a buscaros. ¿Cuáles eran los apellidos de tu madre?

—Su nombre completo era Alba García Ramírez.

Se dio cuenta de que palidecía y estuvo a punto de desmayarse. El chico la sostuvo:

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no te preocupes, ha sido la impresión, yo me llamo exactamente igual, el nombre y los dos apellidos. Antes de contarte el sueño que tuve esta noche y que charlemos un rato, dime ¿el perrito se llama Pit?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Bueno, eso forma parte de la historia si tienes tiempo.

Cuando el hijo de Alba se marchó dejándole a Pit, entró en el estudio. Había que poner orden y recoger todas aquellas fotos. Cogió la carpeta de papel y metió la mano buscando los negativos. Allí había una foto que, con toda seguridad, ayer no estaba: en primer plano, de espaldas, sentadas en un banco, dos mujeres y un caniche blanco. Al fondo una magnífica puesta de sol sobre el mar, tiñéndolo todo de un suave tono dorado.

EL RESTAURADOR DE CADÁVERES

Aurora Maestro Moreno

Hacía ya unos cuantos años que Sócrates Pérez había llegado al pueblo. No se sabía muy bien de dónde provenía pero se le apreciaba una extraña mezcla de acentos. Era bastante solitario pero no por eso dejaba de ayudar a sus vecinos cuando era preciso.

Se decía que en su juventud se había dedicado al contrabando pero que como consecuencia de unos problemas relacionados con la ley abandonó sus actividades y en la actualidad se había convertido en un hombre que servía para todo. Lo mismo ayudaba en el bar que componía una radio o pintaba una puerta.

Sócrates Pérez sabía hacer muchas cosas y esta condición sumada a su buena disposición había llegado a hacer de él un personaje entrañable y querido.

Nadie sabía la edad que tenía y probablemente parecía más viejo de lo que en realidad era. Vivía de sus pequeños trabajos y habitaba un caserón situado en las afueras. Era una casa de aspecto limpio pero con cierto aire misterioso. Parecía como si de allí se desprendiese un hálito que se recogía en sí mismo, integrándose en los tres enormes y milenarios árboles del jardín. Los niños siempre habían jugado por sus alrededores y se habían acercado a la casa muchas veces pero algo parecido a un aura extraña les mantuvo siempre fuera de la verja.

Sócrates Pérez amaba a los niños y comprendiendo que no se atrevían a traspasar el jardín salía él mismo y les repartía golosinas y pequeños regalos que él artesanalmente preparaba. En realidad y pese a su aspecto tal vez huraño y su extraña forma de vida era respetado por sus convecinos.

En la época en que yo tuve conocimiento de su existencia supe que había comenzado a desempeñar una nueva función entre sus vecinos.

Todo había empezado por casualidad. El primo del tabernero hacía dos meses que había muerto como consecuencia de un accidente con su propio tractor. La desfiguración del cuerpo era tal que la familia pensó en restaurar su imagen después de la autopsia y darle un mejor aspecto para el momento del velatorio. No supieron adónde dirigirse hasta que a alguien se le ocurrió consultar con Sócrates, el hombre que tenía recursos para todo.

A pesar de la avanzada hora de la noche, se dirigieron a su casa. Sentían cierto recelo. Jamás había entrado nadie en ella y percibieron también el misterio del que hablaban los niños. Sócrates les invitó a entrar. Todo era aparentemente natural pero podían percibir algo sobrenatural. Advertían un misterio, una ausencia de vacío y una atmósfera densa pero no opresiva.

Le expusieron el problema y le preguntaron qué podían hacer e incluso le insinuaron si él se ofrecería y podría efectuarlo personalmente. Sócrates Pérez, en principio, se mostró reacio, pero viendo la angustiada situación de la familia acabó por aceptar.

Dispuso todo y al día siguiente trasladaron el cadáver a su casa. Sócrates hizo introducir el

féretro en una extraña habitación y depositarlo en una desvencijada pero limpia especie de mesa. El habitáculo ofrecía un aspecto curioso e inquietante, las cuatro paredes estaban ocupadas por estanterías llenas de frascos de cristal de diversas formas y de libros con tapas antiguas. El suelo estaba cubierto por una alfombra estampada con un universo completo. El techo representaba el arco iris en una esquina y el resto era un cielo del que emergía una figura en forma de unicornio blanco.

Sócrates Pérez les dijo que en unas horas todo estaría terminado. Al atardecer, fueron a buscar el cadáver. Ante la expectante presencia de los familiares, Sócrates levantó la sábana blanca que cubría el cuerpo y ellos pudieron ver la desnudez del difunto, perfecta, tranquila, definitivamente asombrosa. Mejor incluso que antes de su muerte. Nadie percibió una cicatriz en el dedo meñique de su pie izquierdo y si alguien lo advirtió no le dio la menor importancia.

En los dos meses siguientes, Sócrates Pérez había restaurado más de una veintena de cadáveres. Su fama se extendió por el contorno, el trabajo resultaba limpio, rápido y, ciertamente, no demasiado caro. Todo el mundo es-

taba encantado con la labor realizada por Sócrates y, sin embargo, la gente comentaba la extraña sensación que les producía algo que tampoco sabían muy bien lo que era pero que se advertía en su presencia. Era como la plasmación del artista en su obra y había eso en cada cuerpo restaurado.

Y entonces empezó a suceder algo raro, algo que podía no ser muy importante pero tal vez sorprendente. Sócrates Pérez seguía haciendo su trabajo y este seguía siendo perfecto. Pero algo había cambiado. Sócrates ya no aparecía por el pueblo, no paseaba a la orilla del río. Se había encerrado en su casa y allí tampoco se dejaba ver.

Ordenaba que le dejaran los cuerpos sobre la mesa y hacía lo mismo cuando ya los había restaurado, desapareciendo cuando iban a recogerlos.

La gente del pueblo empezó a pensar que, quizás, tanto trato con los muertos estaba cambiando su carácter, pero acordaron que lo que estaba pasando era cosa suya y decidieron respetar su actitud.

Al poco tiempo de empezar a producirse la situación, le llevaron para restaurar el cadáver

de una mujer. Una mujer joven y muy hermosa y, ciertamente, todo el mundo reconoció que esta vez Sócrates Pérez se había esmerado y se había superado a sí mismo.

Ya en el cementerio, en el momento del entierro y al proceder al cierre del ataúd, alguien se dio cuenta de que a la difunta le faltaba un pendiente y, ese mismo alguien, pudo comprobar con asombro que su cabeza presentaba una oreja más grande que otra. Allí estaba de nuevo la sensación del trabajo firmado por Sócrates Pérez.

Pasaron varios días y nadie había vuelto a saber nada de él. Se acercaron hasta su casa para hacerle un nuevo encargo y, viendo que no contestaba en la forma habitual, empujaron la puerta y pasaron a la habitación que utilizaba como taller.

Allí estaba el cuerpo de Sócrates Pérez, una extraña combinación de todos los muertos que habían pasado por sus manos. Una desfiguración premeditada, un rompecabezas hábilmente unido. Y un pendiente de mujer en una diminuta oreja izquierda.

Había sido la última posibilidad de imprimir su firma para Sócrates Pérez, el restaurador de cadáveres.

LOS SENDEROS DEL DESTINO

Juan Mesa Domínguez

Cuando salió de la sucursal bancaria, la lluvia, acompañada de un suave viento del norte, le recordó que el invierno estaba en pleno apogeo. En su cabeza resonaban las palabras del director, exigiéndole, de malas maneras, compromiso con la sociedad, e instándole a cambiar el rumbo de su vida, visitando industrias y establecimientos donde conseguir algún repunte en su economía.

Se subió el cuello del abrigo y, con paso cansino, comenzó su peregrinar por las calles de la ciudad. Le parecía chocante que el director de una entidad bancaria le animase a pedir ayuda a particulares y empresarios cuando todos in-

tuían que la crisis en curso había sido provocada, posiblemente, por ellos mismos.

En cuanto comenzó su actividad vio la desconfianza reflejada en los ojos de las personas con las que se cruzaba. Se apartaban discretamente a su paso y las puertas se cerraban al advertir su presencia. Negro día le esperaba... Y no conseguía entenderlo. Parecía como si, de repente, hubiese perdido ese «don de gentes» que siempre le acompañó; que le permitía conectar con los desconocidos y hacer amigos con facilidad. Siempre se consideró, a grandes rasgos, un triunfador. Aunque no era un ingenuo y tenía que reconocer que no estaba atravesando su mejor momento.

Después de patearse calles y plazas, compartió con sus colegas una reconfortante comida, durante la cual cada uno de ellos repitió por enésima vez sus ya conocidas experiencias profesionales y sus esfuerzos por mejorar su calidad de vida. Todos tenían un pasado lleno de esperanzas en alcanzar un gran futuro, y un sentimiento vacío y frustrante al contemplar su presente. Regresó después a las calles con el ánimo de completar una jornada que, hasta ese momento, había sido poco productiva.

A última hora de la tarde, con el fracaso reflejado en su rostro, encaminó sus pasos hacia la sucursal. Un día de estos tenía que hablar seriamente con el director. Le recordaría que antes de aparecer por el banco había sido un universitario brillante, con un puesto relevante en una empresa puntera de la construcción. Con una familia feliz y un futuro prometedor. No, no podía permitir que lo tratase de esa manera.

Con todos estos pensamientos atropellados en su mente, accedió a la sucursal bancaria comprobando, con alegría, que un día tan negativo iba a concluir con un golpe de suerte: el espacio entre la puerta y el cajero automático estaba libre... Como cada noche, extendió en el suelo los cartones que llevaba en la bolsa, se acurrucó bajo la raída manta y tras aparcar, mentalmente, sus recuerdos, esperanzas e ilusiones, dejó que el sueño, lentamente, se apoderase de su cuerpo.

En la calle, la nieve comenzaba a tejer una suave alfombra blanca.

HE PERDIDO CONTIGO

Andrés Pérez Barrero

Se levantó de la cama sin prender la luz para no despertarla y torpemente se dirigió a oscuras al baño, guiándose con las manos que arrasaba por la pared. En la penumbra del corredor casi tropieza con el gato que se acercó a frotarse en sus piernas y maldijo al animal, herencia que habían dejado las hijas cuando se fueron de casa.

Abrió la puerta mecánicamente y se dispuso a orinar, pujando como era habitual en los últimos tiempos, en que cada vez con más frecuencia debía interrumpir el sueño para vaciar la vejiga, y tras la molestia inicial comenzó a sentir el alivio que le producía hacerlo, aunque sa-

bía que las intermitencias de la evacuación no le permitirían regresar a la cama para recuperar el sueño antes de haberlo perdido por completo.

Se dio la vuelta sin terminar del todo y miró en el espejo aquella figura que repetía todos sus actos, mas apenas se identificó en ella. La cabeza con pocos pelos, la boca sin dientes y el bigote blanco le recordaban a alguien a quien hace muchos años llamó padre, pero ya no era capaz de saber si lo fue de verdad o lo había imaginado. Levantó la mano para saludarlo y la figura le devolvió el saludo con la misma vaguedad con que él lo había hecho, casi por compromiso.

Se quitó las gafas, abrió la pila del lavabo y metió las manos debajo del chorro, deteniéndose a contemplar cómo se llenaba el cuenco que había hecho con ellas y comenzaba a desbordarse por los lados y entre los dedos. Pasó los dedos húmedos por la comisura de los ojos intentando limpiarlos y quitar la neblina que comenzaba a borrar su visión desde hacía meses, pero no percibió ningún cambio en ellos.

Volvió a llenar las manos y ahora lanzó el agua contra sus mejillas sin rasurar chispeando la camisa de dormir. Tomó el jabón y lo restregó

entre sus manos una y otra vez, descubriendo cómo empezaba a aparecer la espuma olorosa de otras ocasiones, que aplicó con ambas, primero por los lados, luego el mentón y más tarde por toda la cara hasta que quedó completamente blanca como aquellas veces en que se disfrazó de mimo o payaso. Dejó de parpadear, levantó un brazo al frente como señalando un camino y quedó inmóvil como antes, pero a diferencia de entonces apenas pudo mantenerse así unos minutos.

Lavó la cara y cuando creyó que estaba limpia la secó con la pequeña toalla que descansaba en una argolla, para entonces escrutar el rostro que le devolvía el espejo, al que descubrió numerosos surcos y arrugas que no había visto antes. Lo miró detenidamente y se le pareció a alguien que había conocido muchísimos años atrás, sin canas ni arrugas y con pelo y dientes e intentó recordar quién era o dónde habían coincidido pero no lo identificó.

Un ramalazo de luz lo llevó cincuenta años atrás y le pareció reconocerlo en un grupo de personas que reían en lo que supuso sería una fiesta. Vio su propio asombro al descubrir junto al joven una cara bonita, que también creyó re-

conocer, aunque tampoco acertaba a recordar de dónde y luego otra, otra y muchas más. Después los vio besándose y haciendo el amor en distintos sitios y momentos pero no pudo reconocer ni recordar los unos ni los otros.

Se bajó los pantalones para sentarse en el inodoro, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrecruzadas y dejó vagar la mirada por la habitación. ¿De dónde podría recordar la cara de aquella chica? ¿Quiénes eran las otras y por qué le resultaban familiares las situaciones y lugares?

Levantó las manos y puso su cara sobre ellas, tapándose los ojos y mecánicamente comenzó a susurrar una canción casi olvidada, que dejó fluyera sola o no podría continuar haciéndolo.

«Me quisiste, lo sé, yo también te he querido, me olvidaste después, pero yo no he podido.» ¿Quién era esa chica y por qué sentía que la había querido? Pensando en ella descubrió que tenía un cuerpo hermoso y una cara que le pareció bonita, pero no supo por qué desaparecía de su memoria sin saber dónde se había ido. Quiso seguirla en sus recuerdos, mas no pudo encontrarla de nuevo. Se había esfumado.

Se apretó las sienes y siguió musitando en voz

baja. «A sufrir por tu amor me condenó el destino. ¿Qué le vamos a hacer? Yo tenía que perder y he perdido contigo» y un coro de rostros que le pareció reconocer apareció en su mente como recuerdos dispersos de otros momentos apenas identificables en el pozo sin fondo de su memoria, pero tampoco supo quiénes eran.

«Tantas mujeres buenas que con fe me adoraron, yo les negué el cariño, qué inocente he quedado, pero fuiste tan cruel que jugaste conmigo, ¿qué le vamos a hacer?, yo tenía que perder y he perdido contigo.» ¿Perder? ¿Perder qué, quién y con quién?

Sintió el desasosiego de saber que no sabía y recordando que apenas podía recordar comenzó a llorar, calladamente al principio y luego en forma incontrolada por la tristeza de no saber por qué estaba triste.

Una mano huesuda acarició su cabeza y una voz dulce, que le recordó vagamente a la de alguien que quiso mucho, interrumpió su llanto diciéndole «Vamos a la cama, amor, mañana será otro día». Entonces lo ayudó a ponerse de pie, le subió los pantalones y le besó para emprender juntos el camino de regreso a la habitación por el corredor ahora iluminado.

CUESTIÓN DE GUSTOS

Luis Paniello Limiñana

No me gustaba ir a casa de los abuelos, porque cuando íbamos mamá me decía que me portara bien y que no tocase nada. A mí me daba miedo ese piso tan viejo, con muebles negros y cortinas oscuras, que olía mal, no como nuestra casa, en la que entraba el sol por todas las ventanas. Me aburría mucho sentado en una de esas sillas tan altas en las que los pies no me llegaban al suelo y que, cuando me ponía encima de rodillas, mamá me reñía y la abuela decía «Déjalo, mujer. Solo es un niño». Me daba rabia que a July no le dijeran nada porque a las niñas las dejan hacer lo que quieren y más a mi hermana que solo tiene cinco años y no es gran-

de como yo, que ya tengo nueve y he hecho la primera comunión. Solo me divertía cuando la abuela sacaba el álbum de las fotos y veía a mamá cuando era pequeña, con un vestido de flores y un lazo en la cabeza, y a los abuelos cuando se casaron. También me gustaba que el abuelo me dejara entrar en su despacho y sentarme en el sillón grande, que daba vueltas. Me moría de la risa y el abuelo, también.

Antes solo íbamos a la casa de los abuelos por Navidad o por el cumpleaños de la abuela y algún domingo cuando llovía o hacía frío y no salíamos con el coche a la autopista. Pero un día papá no fue a trabajar y fuimos a la casa de los abuelos sin ser domingo ni el cumpleaños de nadie. Me aburrí más que nunca porque los mayores estuvieron hablando entre ellos todo el tiempo y no me hicieron caso cuando les dije que quería volver a casa para jugar con la Play. «Lee el Mortadelo y estate calladito» me dijo mamá y me dio un beso, no sé por qué, y me pareció que había llorado.

Desde ese día papá venía a buscarnos a la salida del colegio y no volvimos a ver a Charo, la chica que nos recogía antes. A mí me gustó que viniera él porque así podía contarle lo que

me había pasado en el colegio, no como antes, que se me olvidaba, y cuando me lo preguntaba por la noche yo no sabía qué decirle. Pero no me gustó que me desapuntaran de taekwondo. ¿Cómo me defendería de los malos cuando fuera policía?

Tuve que enseñarle a papá cómo se preparaba la merienda, porque él no sabía como Charo, y le puso Nocilla a July, que no le gusta, y a mí me cortó un trozo de pan demasiado grande. Tampoco me gustó que tenía que llevarme la comida al colegio, en un túper, y ya no iba al comedor. Tenía que comer aparte, con otros niños que no eran amigos míos, sin sentarme al lado de Iván y Raúl como antes. Los niños que se traían la comida eran de fuera y cuando se ponían a hablar entre ellos yo no los entendía. Le dije a mamá que me pesaba la mochila y que no tenía por qué llevarme la comida al colegio si en el comedor la ponían. Ella me dio un beso y me dijo que ya era mayor y tenía que ayudar a la familia como uno más. No sé por qué dijo eso.

Peor fue cuando mamá también se quedó en casa, por algo del paro. Yo le pregunté: «¿Ya no trabajarás nunca más?». Y ella me abrazó y llo-

raba. No entendía por qué se ponía tan triste. Siempre había dicho que estaba harta de madrugar y que le gustaría quedarse en casa para levantarse tarde y cuando le habían dado eso del paro, como a papá, no le gustaba. Hay muchas cosas de los mayores que no entiendo. Por ejemplo, ¿por qué no compran pasteles todos los días en vez de acelgas, que están asquerosas? Tampoco entendía por qué estaban siempre tan serios los dos y se pasaban las horas hablando en el salón sin hacerme caso. Papá me riñó porque puse la tele para ver *Madagascar*, el DVD que me regalaron por mi cumple y que me gusta mucho, porque cuando sea mayor seré explorador y amaestraré a los animales de la selva. Él se puso muy serio y me dijo: «¿Es que no sabes estarte quieto un momento, por Dios?». Me asustó verlo tan enfadado, pero mamá le dijo: «Ten un poco de paciencia, cariño. Ellos también lo están pasando mal». No sé quién quería decir porque yo no lo pasaba mal. Bueno, sí. En el colegio a la hora del comedor, pero luego seguía jugando con Iván y Raúl en el patio y no pasaba nada.

Lo malo fue que también me cambiaron de colegio, a mí y a July, la enana. Eso sí que me

supo mal. ¿Por qué no podía seguir con mis amigos y la profesora que ya conocía? Mamá me dijo que no había más remedio porque mi colegio era muy caro y no tenían dinero. Yo le dije que fuera al banco, al cajero, como otras veces que yo los había visto, a ella y a papá, sacar dinero cuando salíamos a comprar o a pasar el domingo fuera. Pero mamá sonrió, me acarició el pelo y me dijo que cuando fuera mayor lo entendería. Eso me hizo enfadar: yo ya soy mayor para entender las cosas, no como July, que todavía no sabe ni ponerse los zapatos.

El primer día que fui al colegio nuevo me pareció muy triste, porque mamá nos llevó a pie y no me lo pasé tan bien como en el autocar, en el que me sentaba detrás con Iván y Raúl y nos contábamos las aventuras de *Phineas y Ferb* o hablábamos de fútbol, menos veces, porque Iván es del Madrid, Raúl, del Atlético y yo, del Barça y siempre acabábamos discutiendo. Al ir a pie, la mochila me pesaba, no como a July, que se la llevaba mamá. Venga decirme: «Date prisa que vamos a llegar tarde». Me enfadé con mamá porque cuando le pedí que me comprara un Bucanero me dijo que no, que ya me había puesto un bocadillo en la mochila para la hora del

patio. Eso no me gustó nada porque antes me compraba Donuts y Tigretones y si se creía que iba a comer un bocadillo estaba lista. Me moriría de hambre por su culpa. Luego la verdad es que me lo comí, porque era de sobrasada, que me gusta, y tenía hambre, yo solo en el patio si ningún amigo.

Los días siguientes fueron mejores porque me hice amigo de Yousef, el niño que se sentaba a mi lado en la clase, y él me presentó a sus amigos para que me dejaran jugar en su equipo. Me lo pasé bien y estuve a punto de marcar un gol y todos me dijeron que era un buen futbolista y que siempre querrían que jugara con ellos. En la clase me aburría porque en este colegio iban más atrasados que en el mío y cuando el profesor explicó lo de los triángulos yo ya lo sabía y no levanté la mano cuando preguntó si alguien sabía cuánto sumaban los ángulos porque me dio vergüenza.

Luego llegó un día que vinieron a casa unos hombres muy serios, con unos papeles, y dijeron que teníamos que marcharnos, que la casa no era nuestra, que era del banco y papá tuvo que firmar no sé qué y mamá no paraba de llorar y July tampoco. A mí me dio mucha rabia

que esos hombres vinieran a echarnos de nuestra casa, que no era de ellos ni tampoco del banco, que ya tiene una, yo la he visto, y no tenían por qué quitarnos la nuestra. Si yo hubiera sido mayor los habría sacado a puñetazos, como el Capitán América, y no sé por qué papá no les dio una patada y les dijo que se fueran a su casa y nos dejaran en la nuestra.

Así fue como vinimos a vivir a la casa de los abuelos y yo me quedé sin mi habitación, porque tengo que dormir en la misma que la enana, que no para de tocar mis cromos de la Liga y deja sus asquerosas muñecas por todas partes. Los primeros días los mayores se pasaban todo el rato hablando de sus cosas y a mí no me importaba como antes, porque podía jugar con la Play en el cuarto o hacer enfadar a la renacuajo cuando me cansaba. Es tan tonta que se ponía a llorar cuando le arrancaba la cabeza a su muñeca pequeña, una rubia que ya la tenía desnuda y despeinada. Mamá entraba en la habitación y me decía: «¿Quieres parar de hacer rabiar a tu hermana? Parece mentira» y volvía a colocarle la cabeza a la muñeca, que es muy fácil. Yo entonces le decía a mamá: «¿Podemos ir a jugar al parque?». Mamá me contestaba:

«Ahora, no. Más tarde». Pero asomaba la cabeza el abuelo y decía: «Ya los llevo yo». Y mamá le contestaba: «Déjalos que son muy pesados y van a darte la lata». Entonces, el abuelo se ponía muy serio y le decía: «Hija mía, mis nietos nunca me dan la lata». Luego se volvía hacia nosotros y decía: «Venga. Vamos al parque».

A mí me gusta mucho ir al parque con el abuelo porque siempre nos compra algo, unas chuches o un tebeo o las dos cosas. Además, con él jugamos a lo que queremos. Nos empuja en el columpio y nos deja trepar por el castillo pirata y no me riñe si caigo de culo por el tobogán y me mancho los pantalones. Él nos mira y nos saluda cuando lo miramos y no se enfada si me acerco para decirle que me mire cómo sé sostenerme en las paralelas, no como mamá, que cuando nos lleva al parque se pone a hablar con otra señora y no me hace caso.

Cuando volvimos a casa mamá se echó las manos a la cabeza y dijo: «Pero míralos cómo se han puesto. Si los había cambiado esta mañana» y nos envió a que nos laváramos para menderar. El abuelo sonrió y le dijo: «Déjalos que disfruten. Tiempo tendrán para enfrentarse a los problemas de la vida». Yo no sé qué proble-

mas son esos porque solo conozco los de las matemáticas, los del mínimo común múltiplo y todo eso, que son bastante difíciles. Deben de ser cosas de mayores, pero ya me enteraré cuando sea explorador en África o futbolista.

Ahora ya me gusta estar en casa de los abuelos. Por eso cuando papá se marchó a trabajar a Alemania y mamá dijo que pronto podríamos irnos con él, porque allí ella también encontraría trabajo y la enana y yo iríamos a un buen colegio, yo le dije que no, que no quiero ir, que a mí me gusta el colegio nuevo, que soy amigo de Yousef y que me quedo con el abuelo.

LA BÚSQUEDA

Concha Vallejo Acevedo

Carmen preparaba la mesa para el desayuno: el juego de plato, taza y cafetera para su madre y el bol con flores de lis para sus cereales. Colocó un pequeño búcaro de cristal en el que descansaba una rosa junto al azucarero y dobló cuidadosamente las servilletas a juego con el mantel. Empezar el día con una pincelada estética le proporcionaba la paz necesaria para soportar después los empujones y los malos olores de un metro abarrotado. Un crujido familiar le hizo levantar la cabeza. Jesusa, su madre, se deslizaba escaleras abajo colocando los pies con cuidado para no resbalar. Carmen temía que un día patinara, pero la madre no

estaba dispuesta a renunciar al brillo cálido de la madera encerada. Delgada, menuda, con el pelo blanco recogido en un moño, vestía un traje camisero verde aceituna y cubría su cabeza con un velo de blonda negra.

Miró distraídamente a su hija y masculló un escueto «buenos días». Parecía totalmente abstraída, como arrastrada por el torbellino de alguna idea que rondara su cabeza.

—Adiós, hija, me voy que tengo mucha prisa —susurró mientras se dirigía al perchero.

—Espera, mamá, ¿adónde vas a estas horas? Solo son las ocho y media y aún no has desayunado.

—No me da tiempo, tengo que resolver un asunto importante, vital, te diría.

—Pero tómate al menos una taza de café con leche, que te caliente el cuerpo.

—No insistas, Carmen, que voy a llegar tarde a la misa de nueve. Cuando termine iré a la cafetería de Santiago a tomarme unos churros.

Carmen se acercó a su madre y la besó en la cara, su piel seguía siendo tan suave como siempre, luego le ayudó a abotonarse el abrigo de paño negro y le anudó la bufanda alrededor del

cuello. Desde el calor del interior de la casa se adivinaba el soplo gélido del cierzo.

—Me da miedo que te enfríes, mamá, no tienes necesidad de salir a estas horas.

—Hija, ahora las cosas han cambiado. El otro día perdí algo muy importante y tengo que encontrarlo. No podré descansar hasta que lo haga. No sé dónde lo he podido dejar olvidado.

—Dime qué es y yo te ayudaré, ya sabes que cuatro ojos ven más que dos.

—Gracias, Carmen, pero soy yo quien tiene que recuperarlo. Tú no lo entenderías. No me esperes a comer, no sé a qué hora volveré porque tengo que ir a muchos sitios —Y sin esperar respuesta, doña Jesusa descorrió el cerrojo de la puerta y se echó a la calle.

Carmen no insistió pero no entendía nada. Desde la muerte de su padre había compartido a diario la soledad de su madre, que había sobrellevado con valentía el inmenso dolor de la pérdida del compañero de toda una vida y nunca había usado, y menos abusado, de su condición de viuda. De firmes convicciones religiosas, metódica y ordenada, Jesusa atendía con desenvoltura al manejo de la casa, participaba en diversas actividades benéficas y era

muy querida en el entorno en que se desenvolvía.

Un día, cuando Carmen volvió del trabajo, se encontró la mesa puesta y la comida sin tocar. Al principio no se inquietó porque supuso que su madre se había quedado a almorzar en casa de una amiga y habían prolongado la sobremesa, pero cuando dieron las nueve y doña Jesusa no había regresado, la hija sintió miedo y comenzó a llamar por teléfono a amigos y conocidos. Todos la habían visto, los unos en la iglesia, los otros en la cafetería, en el ropero o en el camino del cementerio, pero nadie sabía dónde estaba en esos momentos. Ya iba Carmen a echarse el abrigo sobre los hombros y salir en su busca cuando se oyó el roce del llavín en la cerradura; la puerta se abrió y entró la madre, despeinada, con los ojos enrojecidos, enroscada sobre sí misma; y sin mediar palabra se precipitó escaleras arriba y se encerró en su cuarto. Carmen subió corriendo detrás de ella pero no con la suficiente rapidez como para impedir que se parapetara en su dormitorio. Golpeó varias veces la puerta con los nudillos sin obtener respuesta. Luego pegó la oreja a la madera y escuchó unos sollozos sofocados que no cesaron hasta bien entrada la noche.

A la mañana siguiente, doña Jesusa había recobrado la compostura, pero parecía distante y absorta en su mundo interior. Bebió una taza de café con leche y se marchó a la calle. Y así un día y otro y otro más. Carmen no había conseguido arrancarle una palabra de lo que le inquietaba, ni con mimos ni con amenazas. Su madre se negaba a hablar y seguía comportándose de una manera muy extraña.

Así pues, aquella mañana en que Jesusa se marchó de nuevo con prisas y sin desayunar, Carmen pensó que debía consultar con don Genaro, su médico de cabecera.

Mientras, Jesusa había entrado en la iglesia; allí se acercó a la pila, miró en su interior, humedeció los dedos índice y corazón en el agua bendita y se persignó. Luego se acercó al confesionario vacío en aquellos momentos, corrió la cortinilla central e introdujo la cabeza inspeccionando su interior. La decepción se dibujó en su cara. Entró en la sacristía y habló con don Ignacio, ya revestido para la misa. Este asintió sin poder evitar un gesto de extrañeza. La mujer miró por todas partes, detrás de las casullas, encima de las sillas, debajo de los muebles. El cura pensó que estaba trastornada.

Durante la misa, Jesusa dirigía los ojos hacia todas partes, a derecha y a izquierda, hacia arriba y abajo, mientras respondía al rezo de forma mecánica. Una conocida le preguntó que si buscaba algo. Ella respondió que sí pero sin dar detalles y siguió escrutando cada rincón del templo.

Cuando la misa terminó, se dirigió a la cafetería de Santiago, a tomarse unos churros. El camarero le sonrió al verla entrar y le señaló el velador junto a la ventana en donde solía sentarse, ahora sola o con alguna amiga, y antes con su esposo. Se quitó el abrigo, lo colocó cuidadosamente sobre una de las sillas y se dirigió hacia los lavabos. Entró en el de las señoras e inspeccionó por todas partes, incluso levantó la tapa del inodoro; luego empujó con cuidado la puerta del servicio reservado a los señores y, cuando comprobó que estaba vacío, repitió la misma operación. Había palidecido y la ansiedad se asomaba a sus ojos. Regresó a su asiento sin dejar de rebuscar cada rincón con la mirada, se tomó el café con leche y los churros, pagó la consumición y contestó con un «no se preocupe, Santiago, estoy bien», a la pregunta sobre cómo se encontraba que le hizo el dueño del bar al notarla tan desmejorada.

Por la calle mayor se dirigió a la alameda, en un caminar alerta, expectante, en perpetuo estado de búsqueda. A medida que el día avanzaba, la decepción se iba adueñando de los rasgos de la mujer, y la fragilidad de su cuerpo menudito. Varios conocidos se cruzaron con ella y se quedaron perplejos al comprobar que no les devolvía el saludo, algo impensable en doña Jesusa, siempre tan educada y tan atenta. Cuando llegó al ropero de las hermanas teresianas, ya se había difundido la noticia: «a Jesusita le ocurre algo, está como ida, es como si hubiera perdido la razón». Jesusa, que entraba en ese mismo instante, alcanzó a escuchar la última frase y se encogió de hombros. «Qué equivocados están», pensó, «ojalá fuera la razón lo que hubiera perdido». Sacó una a una las prendas de las canastillas que ella misma había tejido y que luego devolvió a su sitio con cuidado; miró debajo de la mesa, en los altillos de las ventanas y el fardo de la decepción encorvó un poco más su quebradiza espalda.

Cuando salió del convento el sol ya se había ocultado detrás de los álamos del río. Jesusa se había hecho tan pequeña que parecía una hormiga circulando lánguida por el camino que

conducía al cementerio; una hormiga esforzada que consiguió reunir las fuerzas suficientes para llegar hasta las tumbas. Miró a su alrededor, atónita, desesperada, y se dejó caer sobre la lápida más cercana.

Allí la encontró el sepulturero que la envolvió en una manta y la llevó en la furgoneta a su casa. Carmen, que acababa de llegar del trabajo, la lavó, la acostó y llamó al doctor, que diagnosticó una pulmonía. La hija le hizo tragar las medicinas, la acarició, arrimó una silla a la cama y allí pasó la noche con la mano febril de su madre entre las suyas. Cuando a la mañana siguiente despertó ya sin calentura, Carmen le suplicó que confiara en ella, que le dijese qué era lo que había perdido.

La madre se abrazó a la hija, ocultó la cara en la curva de su cuello y con voz apenas audible, susurró:

—Hija, he perdido el recuerdo de tu padre.

El entierro de Jesusa se celebró a la semana siguiente.

FINALISTAS
2014

PRIMER PREMIO 2014

HABITACIÓN CON VISTAS AL MAR

María Elena Sánchez Álvarez

Con la monotonía que viste sus días, se dirige con pies de pato a la cocina, coge la leche, la echa en el hervidor y la pone a calentar sobre el fuego de uno de los quemadores. Se asegura de que el cazo quede bien asentado. Su base bombeada ha perdido estabilidad, como le ocurre a ella. Sus piernas ya no obedecen a sus deseos. Extiende sobre la mesa una servilleta de tela, con los flecos deshilachados, a modo de tapete, compañera de otras cinco que hacen juego con la mantelería que ya no espera invitados. Todavía conserva, en los cajones del viejo aparador, un par de manteles pequeños que ya no usa, no

porque le importen las manchas que sobreviven en ellos, sino por desidia. Un plato, una taza, una cuchara, el azucarero, un frasco de café descafeinado y dos galletas de avena, huérfanos de nombre propio, es todo lo que tomará para comenzar el día. Eso, y las pastillas para el corazón, la tensión, el colesterol... Hace tiempo que prefiere los desayunos, comidas y cenas que le sirven cuando se aloja en otras habitaciones que no son la suya.

Se acerca a la cocina, apaga el fuego, coge el puchero, se sirve la leche, después lo deposita en el fregadero para que acompañe al resto de platos sucios que quedaron de la noche anterior, quizás también de la comida. Se sirve una cucharada de azúcar, otra de café, lo remueve y moja la primera galleta, después la segunda y última. Una amarga y eterna soledad pone el sabor a sus menguados desayunos.

Cuando termina, mira el reloj que cuelga de la pared, donde una nueva grieta parece buscar su destino: las nueve y media. ¡Qué lento acontece el tiempo! Va hacia el cuarto de baño, se enjuaga la boca, se pone la dentadura, se mira al espejo. No ve nada nuevo, todo le es familiar, sus cabellos canosos, las arrugas de su cara, la

mirada velada. Prefiere no acordarse de aquella joven alegre y extravertida, de pelo castaño ondulado, de cuerpo redondeado, que disfrutaba nadando en las frías aguas junto al dique, frente al Castillo de San Antón.

Se quita la bata, el camisón y el resto de la ropa. Ya desnuda, coge la esponja, la sumerge bajo el grifo del lavabo, la escurre, después la enjabona y asea su cuerpo lo mejor que puede. Se seca con la única toalla que encuentra a su alcance. Se vuelve a vestir. Descorre las cortinas que cuelgan sobre la bañera y arroja las prendas sucias, que caen fuera del cubo que yace sobre su fondo. Dos años, quizás tres, es el tiempo que ha transcurrido desde que no la utiliza. La artrosis le impide salvar ese infranqueable muro que la priva de sumir su cuerpo bajo el agua. Por eso, aprovecha los días que pasa, a veces meses, fuera de casa, donde disfruta de un amplio plato de ducha con asideras que le hacen perder el miedo a su fragilidad; de toallas blancas, recién lavadas; esponjas desechables, y de un gran espejo, donde su mirada se vuelve transparente, sus cabellos se rehabilitan y las arrugas de su rostro se tornan invisibles.

Sale del baño, vuelve a la cocina y mira el

reloj de nuevo: las diez. ¡Qué lento se desliza el tiempo!

Con pasos cortos se dirige a través de un largo pasillo, que contrasta con las pequeñas dimensiones del resto de la casa, hacia la salita. Una mesa baja, un minúsculo sofá y una librería es toda la decoración que arroja el invierno de sus días. Sobre la mesa: adornos, reliquias del pasado. En la librería, colocados aleatoriamente tres marcos de plata: la foto de sus padres; la suya, el día de su boda, y la de su hija. El resto lo ocupan una decena de libros, que ha leído una, dos y hasta tres veces. Ellos han ido llenando esos huecos que la vida se encarga de cavar.

Una puerta, que rompe la uniformidad de la pared desamparada de cuadros, conduce a su dormitorio. Una cama, una mesilla de noche y un sillón de reposo llenan la estancia. La cama, todavía sin hacer, muestra unas sábanas arrugadas, que delatan el tiempo que llevan abrigando el mismo colchón. Sobre la mesilla, un vaso con agua donde pequeñas partículas reposan sobre la superficie y numerosas cajas de medicinas apiladas desordenadamente.

Se acerca a la ventana, retira los visillos. Enfrente, otras casas. Asoma la cabeza, mira al

cielo. Otro día anublado. Siente sus huesos entumecidos. Tendrá que hacer un esfuerzo para salir. Sesenta peldaños se interponen a sus días de paseo. Antes, sus caminatas eran más largas, le gustaba subir por la estrecha calle de San Nicolás, para llegar hasta San Andrés, ascender por la calle Sol y culminar en el paseo Marítimo, frente a los arenales del Orzán, donde el mar sigue embraveciéndose con cada ola y sus ímpetus renacían, como en un sueño, abrazados con vehemencia a las caprichosas mareas.

Hace más de un año, quizás dos, que la brújula de sus pasos no la guía hasta el océano. Pero ella no quiere morir sin ver el mar de nuevo. La última vez fue hace dos meses, durante su estancia en la habitación 703. A través de sus grandes ventanales, traspasaban los destellos de la vetusta torre herculina que le recordaban que aún seguía viva.

Mientras espera a que ceda la niebla, estira la ropa de la cama sin hacerla y se hunde sobre el sillón, enciende la radio y la apoya sobre sus castigados muslos faltos de musculatura. A los pocos minutos el sueño va venciendo el hastío. Las once de la mañana. ¡Qué lento transita el tiempo! Se duerme.

Las campanadas de la iglesia la despiertan, se incorpora despacio, cae la radio al suelo, la música no deja de sonar. Se aproxima a la ventana, luce un sol tenue. Va hacia el armario, se viste con un vestido cualquiera y se calza los viejos zapatos. Coge el monedero y arrastrando los pies se dirige hasta la puerta. Un portazo basta para abandonar por un corto espacio de tiempo su aislamiento.

Es domingo, la ciudad está desierta, sus labios se han abierto solo para pedir una barra de pan y despedirse con un adiós.

De regreso a casa, siente un vuelco en el corazón. Se asusta, no quiere estar sola. Con esfuerzo, sube las escaleras. Cuando llega al primer piso se detiene frente a una puerta, su fatiga aumenta; llama, nadie responde. Vence el tramo de peldaños que conducen a la segunda planta; otra puerta, pulsa el timbre una vez, dos, hasta tres veces. No contestan. Va perdiendo las fuerzas, las palpitaciones son más rápidas. Como puede consigue superar el último intervalo hasta su puerta. Introduce la llave en la cerradura, su mano tiembla, hasta que logra abrirla. Se olvida cerrarla. Camina todo lo deprisa que su desaliento le permite hasta llegar a

la sala, se aferra al teléfono y marca los tres dígitos que dirigirán su destino. Pocos minutos más tarde, vienen a recogerla. Cierta ánimo se vislumbra en su rostro. Comienza un nuevo viaje. Nadie sabe que reza por unas sábanas limpias, agua caliente y mesa puesta. Tras la puerta la radio continúa sonando.

Después de los primeros auxilios, la suben a la habitación, no está sola, otra paciente compartirá días de estancia.

Las ráfagas de luz del faro herculino llegan hasta su cama. Se encoge, llora, se emociona, se alegra. Se olvida del tiempo. Se siente afortunada. De nuevo se zambulle en el océano desde su apropiada habitación con vistas al mar.

NÁUFRAGOS

Fernando Alonso Ortega

1.

Primera jornada. 2.00 h de la mañana.

Roberto está junto al portal de un edificio de ladrillo con la vista fija en una ventana del cuarto piso desde la que gesticula una mujer, pero es incapaz de oír sus palabras que ahoga la rabia. La mujer desaparece por un instante de la ventana pero enseguida vuelve a ella con un bulto en las manos y, un instante después, Roberto tiene que retroceder unos metros para ver cómo se estrella a sus pies una maleta, de cuyo interior se desbordan, como si quisieran reptar sobre el asfalto de la calzada, los puños de una camisa de cuadros y la pernera de unos pantalones vaqueros.

Las luces de las ventanas que se han encendido al calor del alboroto se van apagando poco a poco hasta sumarse al silencio que se extiende a lo largo de la calle solitaria y apenas iluminada.

Roberto encaja como puede contra su costado la maleta desecha por el golpe y comienza a andar calle abajo.

Primera jornada. 2.30 h de la mañana.

Apenas ha pasado tiempo desde el incidente, pero ha bastado para que Roberto tome conciencia de su situación: se acabó el abrigo de un hogar y un cuerpo caliente en el que refugiarse y mantenerse a la espera de tiempos mejores, tiempos en los que aspiraba a encontrar trabajo y a reorganizar su vida, últimamente extraviada entre copas y un mal humor creciente.

Lo primero es pensar dónde puede pasar la noche. Y decide encaminarse hacia el parque cercano, mientras alimenta la ilusión de estar soñando, de que no puede ser cierto el hecho de estar solo, buscando un banco de madera donde poder acurrucarse.

Ahora, desde el rincón de la memoria donde todos guardamos algo que creemos que nunca

vamos a utilizar, Roberto recuerda los cientos de personajes que navegan a la deriva por la ciudad, agarrados a un exiguo salvavidas: viejos encorvados que murmuran letanías en el metro con la mano extendida, mendigos encogidos en el suelo con un torpe cartón escrito, negros vendiendo revistas que hablan de negros que venden revistas, inquilinos de cajero de banco, Diógenes de paso subterráneo.

Primera jornada. 7.00 h de la mañana.

Aunque no ha pegado ojo, Roberto decide abrir los párpados cuando a través de ellos intuye la claridad del día y el resto de sentidos le transmite el paso apresurado de la gente camino de sus trabajos. Pero no los abre inmediatamente, como si con ello consiguiera hacerse invisible a su entorno, ahora que es cuando más necesitado estaría de ayuda. Se da cuenta entonces de que sufre la peor versión de la soledad: aquella que solo desea alimentarse de soledad.

Por fin abre los ojos y se da lástima, medio vestido con varias prendas imposibles que ha tenido que echarse encima para no morir de frío. Y aun así siente que la humedad bloquea sus articulaciones.

Primera jornada. 7.15 h de la mañana.

Roberto decide deshacerse de la maleta medio rota, metiendo algo de lo que contiene en una bolsa de plástico que encuentra en una papelera. Se tiente el bolsillo, saca su monedero y siente una profunda desazón cuando mira en su interior. Aun así extrae unas monedas y se encamina a un bar cercano para tomar algo caliente. Consciente de su aspecto dejado, no se le escapa ver cómo la mujer junto a la que se ha sentado en la barra retira su taburete y se aleja de él todo lo posible.

Primera jornada. 8.00 h de la mañana.

Aunque le angustia pensar en el frío exterior, no tiene más remedio que levantarse de la barra y salir del bar, al observar las continuas miradas del camarero, que ha detectado su intención de estirar cuanto pueda el café que pidió hace media hora.

Rodeado, como está, de gente que corre apresurada, que hace cola en las paradas de los autobuses, que se encamina a las bocas de metro, de madres que arrastran niños al colegio, de coches que intentan ganar un hueco en la fila del semáforo, agarra con fuerza su burdo hati-

llo, convertido en el único salvavidas que posee, al no esperar ninguna mano que le suba de nuevo a la barca, que le lleve a un puerto donde rehacer su vida.

Primera jornada. 12.30 h de la mañana.

Siempre había temido preguntarse sobre el significado de aquella aglomeración diaria junto al portalón anexo a la iglesia frente a la que ahora se encuentra. Le cuesta un triunfo tragarse la vergüenza pero al fin se coloca silencioso al final de la cola ya formada. A los pocos minutos le es imposible no ver las sonrisas cómplices que se cruzan sus compañeros de fila al observarle. No sabría decir si se trata de su aspecto, o su actitud, o incluso su silencio, pero lo cierto es que todos parecen dar por supuesto que es uno nuevo.

Este primer día solo intercambia con sus compañeros de mesa las mínimas palabras que necesita para saber qué hora es buena para volver a cenar, y para decirles sin el menor sonrojo que él no tiene problemas para dormir, extendiéndose en una confusa explicación que todos escuchan con indiferencia.

Primera jornada. 8.00 h de la tarde.

A esas alturas ya ha aprendido lo suficiente para conseguir sentarse en el perímetro del comedor, donde cree encontrar alivio a la angustia que le ha producido sentirse durante la mañana en medio de toda aquella miseria. Luego, al final de la cena, se despide de sus compañeros de mesa hasta el día siguiente.

2.

Segunda jornada. 7.00 h de la mañana.

Por fin abre los ojos, encorvado sobre el mismo banco en el que durmió ayer, y siente que la humedad bloquea de nuevo sus articulaciones. Piensa que tiene que tomar alguna medida y decide preguntar en el comedor por los albergues donde es posible dormir.

Segunda jornada. 7.15 h de la mañana.

Roberto se tienta el bolsillo, saca su monedero, mira en su interior y decide no tomar nada hasta la hora de la comida.

3.

Tercera jornada. 7.00 h de la mañana.

Un crío pecoso con una mochila a la espal-

da va arrastrando los pies por el parque, de la mano de su madre.

—Mira, mamá. Hoy no está el señor que dormía aquí, en el banco. —Y después de unos instantes de aparente reflexión, continúa—: ¿Por qué algunos señores duermen en el parque en vez de dormir en su casa? ¿Es que son mendigos?

—No cariño, no. No son mendigos. Son naufragos.

EL DESPERTAR

Rolando Artigues Rodriguez

Se despertó sudando y casi ni se movió de la cama. Alargó como siempre su brazo con los ojos cerrados, buscando a tientas la radio, que siempre dejaba en el mismo sitio de su mesilla de noche, pero no la encontró. Este hecho le fastidió, pero no quería abrir los ojos. Estaba muy cansado, hacía mucho calor...

Dio un par de vueltas en la cama y, como ya no podría dormir, decidió levantarse y pegarse una buena ducha. Era una noche cerrada, todavía sin las primeras luces del alba. Cuando abrió por fin los ojos, se encontró dentro de su coche. Se despertó sobresaltado. Enseguida comprendió que se había quedado dormido. Por suerte,

el coche estaba aparcado a un costado de la carretera. Este sueño parecía real, se dijo, sin mover los labios mientras bajaba las ventanillas. Seguía sintiendo un calor insoportable. La brisa fresca de la noche le reconfortó, pero aún estaba confundido. No había nada de tráfico, no se oía ningún ruido y todavía no sabía muy bien qué hacía en ese lugar.

Intentó arrancar el motor varias veces sin éxito. Se sintió aliviado al comprobar que su terminal telefónico estaba tirado en el asiento del copiloto. Hizo varias llamadas inútiles. No tenía ninguna cobertura.

Se bajó del automóvil y a lo lejos pudo divisar unas luces a un costado de la carretera, que seguía después de varios minutos sin que pasara un solo vehículo. Echó a andar y a medio kilómetro se encontró con un local que le sorprendió. Era un bar-restaurant de diseño vanguardista pero a la vez muy acogedor. En su interior no había clientes, aunque le atendió muy solícito un simpático joven detrás de la barra, que le buscó acomodo en una de las mesas del fondo. Una pantalla gigante de plasma en el otro extremo, junto a la caja del mostrador, pasaba imágenes del último telediario de la noche.

Seguía sintiéndose cansado y, pese a que la temperatura ambiente era ideal, no dejaba de sudar. Pidió una cerveza bien fría y un pequeño bocadillo de jamón. Aprovechó la pausa para ir a la *toilette* y refrescarse un poco. El aseo parecía un baño de lujo, todo era agradable y olía a limpio. Disponía de toallitas calientes de un blanco impoluto, jabón en pastillas de colores y diferentes fragancias, espejo antivaho, climatización y una música ambiental muy relajante. Seguía sorprendido de aquel lugar perdido en tierra de nadie con un diseño de altos vuelos, sin clientes y seguramente con unos precios desmedidos. Se miró incrédulo en el espejo por lo que estaba viviendo y le devolvió una mirada incómoda, unos ojos tristes, sin brillo; encajados en un rostro pálido y sudoroso.

Cuando regresó a la mesa, se sentó muy lentamente, como queriendo detener el tiempo, mientras pensaba qué hacía exactamente allí. Tenía tanta sed que dejó la pregunta en el aire y se tomó de un solo sorbo la mitad del gran vaso de cerveza helada. Se sorprendió gratamente del sabor y la calidad de la misma, que conservaba todavía una buena capa de espuma gruesa y blanca, a pesar de la baja temperatura.

Mordió una punta del bocadillo y comprobó que el pan era excelente, recién hecho y crujiente. El jamón estaba tan rico que parecía de auténtica paleta ibérica.

Así entre bocado y bocado y entre pequeños sorbos, mantuvo por un par de minutos la mente en blanco y se olvidó por unos instantes de su insólita y preocupante situación.

Por fin, se decidió a levantarse y preguntarle al amable empleado el nombre de aquel lugar y demás señas, para intentar ubicarse y encontrar una explicación. Caminó hasta el otro extremo de la barra en donde la enorme televisión seguía con las noticias de medianoche. Al acercarse, escuchó en el apartado de sucesos que se había producido un terrible accidente de tráfico cuyo conductor había quedado atrapado entre las llamas en una carretera que no pudo precisar. Al levantar la vista pudo ver que entre los hierros retorcidos y quemados solo había quedado visible la matrícula, que el *zoom* de la cámara mostraba como único testigo del trágico suceso.

Se acercó con curiosidad un poco más para ver mejor y reconoció perfectamente aquella numeración. Un sudor frío le recorrió el cuerpo

y tuvo que apoyarse en la barra para no caer desplomado al suelo.

Giró la cabeza hacia el agradable camarero que no dejaba de sonreír e intentó balbucear algo ininteligible. En ese momento, el joven le apoyó su brazo sobre el hombro de manera afectuosa y le dijo mirándole a los ojos: «...sea usted bienvenido y no se preocupe; ¡la casa invita!».

RECUERDOS

Begoña Azcona Larumbe

Esto es imposible, no lo voy a conseguir nunca. Me paso horas muertas intentando concentrarme, aunque la mayoría de las veces me distraigo con el vuelo de una mosca, cuando no es con la lluvia que golpea los cristales o con el sol que se posa sobre mi cama. Me dicen que lo puedo hacer, que es cuestión de tiempo y de paciencia pero yo, que no sé cuánto tiempo llevo intentándolo, cada vez lo veo más inalcanzable. Me resulta difícil concentrarme; la cabeza se me va de un lado a otro y cada vez más a menudo. Últimamente me ha dado por pensar en mi infancia, se diría que a veces la revivo de verdad y me veo en aquella casa tan

grande con mis hermanos y mi padre, de mi madre no tengo ningún recuerdo porque se murió cuando yo apenas tenía un año. Otra vez se me ha ido el santo al cielo. Me tengo que concentrar e intentar hacerlo porque todo es cuestión de voluntad y paciencia. A ver, esta es roja, tiene que ser..., tiene que ser del tejado de la casa.

La parte de la casa que me daba más miedo era el granero situado en el segundo piso. Siempre estaba oscuro y si en algún sitio vivía el hombre del saco que se llevaba a los niños, como decía mi padre cuando se enfadaba, tenía que ser allí. Por eso, cuando me mandaban subir a por patatas, ajos o alguna de las cosas que se guardaban en el granero para todo el año, pedía a uno de mis hermanos que me acompañara y subía y bajaba aquellas escaleras sin aliento. Tampoco me gustaba la alcoba que había junto al balcón, porque decían que ahí se había muerto mi abuela y desde entonces nadie había dormido en aquella cama. Mi habitación era mucho más bonita que la alcoba. Tenía una cama muy alta, una cómoda y un gran armario. En la pared había un cuadro de la Virgen y la ventana estaba cubierta por unos visillos llenos

de mariposas de colores que, por lo visto, las había bordado mi madre.

Otra vez me he despistado. Tengo que tener la cabeza en esto y no en otra cosa, pero me resulta tan difícil concentrarme... Esta roja no hay quien la ponga. A ver, esta es verde y tiene que ser del campo donde estaban los frutales.

En mi casa no había jardín, había muchas macetas, un campo lleno de frutales y un rosal junto a la puerta, un rosal al que mi padre cuidaba con esmero porque decía que había sido mi madre la que lo había plantado y que aquello era lo único vivo que guardaba de ella. El día de mi cumpleaños, a primeros de mayo, siempre tenía un jarroncito con una rosa delante de mi plato. Antes de que se marchitase la ponía entre dos hojas de periódico con un libro encima y cuando estaba seca la metía en mi diario y escribía la fecha. En el campo de frutales había manzanos, ciruelos, perales y un nogal que nos daba nueces para todo el año. A mí las que más me gustaban eran aquellas grandes manzanas que, de puro ácidas, me hacían cerrar los ojos cuando las mordía.

¡Qué rápido se me va el santo al cielo! Tengo que lograr poner una, aunque me paso mucho

tiempo delante de esto sin avanzar nada. Esta será más fácil, es azul y lo único que había azul era el lago.

Junto el campo de frutales había una huerta, llena de verduras y de hierbas olorosas, y un poco más lejos de la casa un laguito donde nos bañábamos en el verano. También había un pozo que recogía el agua de la lluvia, pero siempre estaba tapado con una gran piedra que no había manera de moverla. El único que la pesaba era mi padre y cuando lo abría para comprobar con un largo palo el agua que quedaba nos dejaba hacer el eco. A varios kilómetros había un río al que íbamos bastante a menudo. Mi padre y mi hermano el mayor pescaban y mis otros hermanos y yo nos dedicábamos a hacer chipi-chapas y a recoger piedras de la orilla. Muchas terminaron en una caja de zapatos en el armario de mi habitación.

De nuevo estoy con la pieza en la mano y con la cabeza en otro sitio. Otra que se queda sin poner. Bueno, esta es gris y será de la fachada de la casa.

La casa tenía tres plantas: en la planta baja estaba la bodega, donde en tiempos mis abuelos hacían vino, el lavadero, las cuadras vacías

porque el único animal que teníamos era un gato y el horno en el que mi abuela, de la que no recuerdo nada, hacía el pan. En la primera planta, además de la alcoba donde había muerto mi abuela y mi habitación, estaba la habitación de mi padre, las de mis hermanos y la que llamábamos de invitados, a la que no entrábamos nunca. Junto a las habitaciones de mis hermanos estaba el comedor, con una larga mesa y dos armarios con cristales donde se podían ver platos, copas y no sé cuántas cosas más. Allí se comía cuando se celebraba algo especial, porque de diario comíamos en uno pequeño que estaba junto a la cocina. En este comedor había una chimenea y antes de cenar nos sentábamos para que mi padre nos contase cuentos o nos leyese algún capítulo de un libro. También había un largo pasillo y en un extremo un sofá con dos sillones a juego y una mesita baja. Nunca nos sentábamos allí.

—Carmen, es la hora del paseo. ¿A ver cómo va este puzle? ¿Ha puesto hoy alguna pieza?

—No, como usted me dice, sor Fátima, tengo la cabeza en otro sitio.

LOS SEÑUELOS DE ADELA

Jaume Escursell Olaya

Adela vivía en un edificio un tanto caótico, una moderna torre de Babel, cercano a la zona de oficinas en la parte alta de la ciudad. Constaba de ocho plantas divididas en dos alas, la A y la B, con cinco apartamentos en cada una de ellas. Sumaban un total de ochenta viviendas. Los vecinos casi no se conocían, excepto los más veteranos, y no existía entre ellos excesiva comunicación.

Disponían de un conserje, cincuenta horas semanales, que sustituían periódicamente a medida que iban obteniendo la incapacidad total por esquizofrenia intentando controlar un colectivo tan numeroso como anárquico. El siquiatra del centro asistencial de la zona tam-

bién disponía de un buen semillero de clientes con los distintos presidentes de la comunidad, que iban alternándose en su consulta.

Ella había desperdiciado los mejores años de su vida entre fantasías y ensoñaciones. Atrás quedaban aquellos fugaces ardores que fluían exaltados por los toboganes de su corazón y acababan súbitamente enfriados en el crepúsculo del olvido. Cumplida la cuarentena, aún esperaba ilusionada la llegada de un príncipe azul, guapo, esbelto y rubio, aunque con el paso del tiempo estaba dispuesta a renunciar a la primera condición siempre que se cumplieran las tres restantes.

Aquel miércoles Adela corrió veloz para hacerse un hueco en el atiborrado ascensor antes de que se cerrasen sus puertas, y se apretujó junto a aquel señor guapo, esbelto y rubio, con unas gafas de concha que le daban un aspecto que a ella le pareció muy intelectual. Mientras iban parando piso a piso, pensó que podía ser un prestigioso ingeniero, quizá un eminente abogado, o por qué no, incluso un ilustre juez. Él se apeó en la quinta planta, y ella aún tuvo dos plantas más para rastrear el embriagador aroma de colonia que dejó su presencia.

Por la mañana no dejó de preguntar al portero:

—¿Tenemos vecino nuevo en el quinto, verdad?

—Sí —le respondió—. Creo que es funcionario de hacienda, o algo así, y vive solo en el piso.

Esta última información le pareció sumamente interesante, y quiso creer que el destino se había puesto de su lado esta vez.

Mediada la tarde, procuró salir quince minutos antes de su trabajo. Estuvo deambulando con aire premeditadamente ausente por la entrada del edificio hasta que por el rabillo del ojo vio acercarse a su vecino. Entró con disimulo junto a él, calculando que cinco plantas daban oportunidad para entablar una breve conversación. Muy a pesar suyo se vio obligada a retener las puertas del ascensor, para dar paso a una pareja que venían de los buzones. Aún no se habían acabado de cerrar, y vio con desencanto que el señor se puso a examinar con gran atención unas carpetas que llevaba bajo el brazo y, de manera mecánica, se bajó en su piso, sin siquiera apartar la mirada de los dichosos papeles. Supuso que obró bien al no distraerle de

unos asuntos que seguro eran muy importantes y, además, hubiese sido una falta de respeto, y ella era, por supuesto, toda una señorita.

Al día siguiente se vistió con el traje chaqueta gris y camisa blanca que tan bien le sentaban, medias negras y zapatos de medio tacón. El espejo aprobó su elección con nota alta.

—Sí, realmente se me ve muy discreta y elegante —se dijo a sí misma satisfecha—. Cualquiera percibiría mi distinción natural.

Decidió hacer una segunda tentativa siguiendo el mismo plan.

Todo empezó bien. Además esta vez no llevaba carpetas, observó, con la emoción invadiendo su cuerpo. Hasta que, a punto de cerrarse las puertas, entró como un huracán tropical una madre con tres pequeños monstruos, peleándose a voz en grito, y la señora riñéndoles con redoblada energía. Musitó una plegaria para que se apeasen en las primeras plantas, pero su esperanza se tornó crispación al ver que apretaban el botón del octavo. Con los nervios crispados, se apeó a propósito en el quinto, a fin de poder entablar un breve comentario sobre el dolor de cabeza que le habían producido, y la pésima educación de los niños en la

actualidad. En este momento sonó el móvil de su galán y se dirigió a su piso comentando unos asuntos que seguro era también muy importantes, mientras ella se quedaba plantada a la puerta de los ascensores. Llegando a su casa se tomó rápida una aspirina y un Orfidal y se desplomó de bruces en el sofá.

Se despertó al amanecer con el fin de semana, y suponiendo que era una estupidez estar plantada dos días en el vestíbulo para coincidir a quién sabe qué hora, mejor planificar cuidadosamente otra táctica para el lunes.

Recordó de pronto el viejo truco de las novelas rosa de su juventud, cuando la dama dejaba caer el pañuelo con descuido para que el gentil varón lo recogiera y se lo devolviera caballerosamente.

Dedicó toda la tarde del domingo a revolver compulsivamente los armarios de su casa en busca de un bonito pañuelo de algodón. Lo más parecido que encontró fueron paquetes de Kleenex semiabiertos desperdigados por los cajones.

El lunes salió antes de su trabajo para dirigirse a una glamurosa *boutique*. Como no disponían de pañuelos de bolsillo sueltos, tuvo

que adquirir un estuche con media docena de seda de Chanel. Le costaron un pastón, pero lo dio por bien empleado pues estaban muy acordes con su prestancia innata. Complacida con su adquisición se plantó en la puerta del edificio y, cuando divisó al vecino doblando la esquina, penetró en el vestíbulo y soltó el pañuelo que sostenía entre sus manos. Toda la sangre se le agolpó en la cabeza después de oír a sus espaldas:

—Tenga señorita, se le ha caído al entrar —Mientras el amable conserje se lo entregaba, y más aún cuando le comentó—: Permítame un momento, por favor. Tengo en la mesa una carta del administrador. El jueves se celebra la junta de propietarios y está muy interesado en contar con su presencia, pues hace cinco años que no asiste y esta ocasión es sumamente importante.

Luego de sentirse morir, aún tuvo ánimos para sacar tiempo de la nada y no dar respiro a su cerebro.

Siendo nuevo en la casa, es lógico que asista para interesarse por los asuntos comunes y presentarse a los demás vecinos, se convenció a sí misma con total rotundidad. Barajó diversos

escenarios para el regreso de la reunión. Le abordaría para hacer patente su cansancio después de un ajetreado día. Si él llevaba coche, seguramente alemán, la vuelta conjunta sería perfecta. En caso contrario, un emocionante viaje en metro durante tres estaciones más un trayecto añadido de cinco minutos a pie, darían para una prolongada y sugerente conversación. Además al notar su agotamiento quizá le brindaría el apoyo de su brazo varonil. Sería divino.

Aquel jueves a las ocho de la tarde se le erizó toda su epidermis, de pies a cabeza. Cada poro de su cuerpo rezumaba emoción. Sí, él estaba ahí, encajado tímidamente en la segunda fila. Quince minutos después, todos los reunidos sonrieron satisfechos, cuando al pasar la lista de los presentes citaron el nombre de Adela, pues, a partir de ya, le tocaba asumir la presidencia por orden rotativo. Cuando se quedó al final de la asamblea para coordinar el cambio de poderes, su estado de frustración era total, absoluto, infinito.

Su estado de *shock* le duró varios días. Hasta que una primaveral tarde de puente entre festivos con el edificio medio vacío, se dio de bruces con el caballero dentro del ascensor. Iban solos.

Adela, temblorosa como un flan, con el corazón tictac, tictac, latiendo como una bomba de relojería a punto de estallar, decidió quemar todas sus naves de una vez, y le espetó con voz temblorosa y una mirada que traspasaba como un estilete:

—Perdona, no sé si te gustará, pero me temo que te amo.

Entonces el señor frunció el ceño, abrió los ojos y contestó mientras se ajustaba el audífono en la oreja izquierda por debajo de su media melena rubia:

—Adamo tampoco me gustaba demasiado. Yo prefería a Tom Jones, ¡qué voz tenía! —Y se despidió en el quinto con un educado—: Buenas noches.

Adela ni tuvo tiempo de subir al séptimo. Apretó rauda el botón de bajada y corrió veloz al Gran Almacén, dispuesta a cargar con todos los discos de Tom Jones convencida de que, por fin, la Divina Providencia le echaba una mano y tenía una señal clara, nítida, inequívoca.

EL ANALFABETO

Alfredo García Gregorio

El psiquiatra me dijo que no parecía un caso de alexitimia, porque hasta no hace mucho eras capaz de verbalizar sentimientos y no has tenido estrés postraumático ni trastornos psicósomáticos u otras conductas afines. No quisiste acompañarme porque te encuentras la mar de normal. Yo no te encuentro ni medio normal, o al menos a mí eso que llamas normalidad no me gusta nada, Rodrigo.

¿Es normal que cuando te pregunto —tras la jornada de tu trabajo en la oficina— «¿qué tal el día?» me respondas: «bien, como siempre» y ya no quieras hablar más? No me fastidies. ¿Crees que soy la mujer sufrienda y que acepto todo de

buena gana?, pues me estoy hartando. Te estoy ofreciendo demasiadas oportunidades para que cambies, con la esperanza de que las aproveches, por eso quiero hablarte con sinceridad hoy; ya me cansa tanto silencio. Te prometí, cuando nos casamos, estar a tu lado en la dicha y en la enfermedad, en las duras y en las maduras, pero una tiene aguante hasta donde lo tiene, ¿o no ves que cada día hay más separaciones de matrimonios que creyeron en la felicidad y el futuro compartido en armonía, se prometieron muchas cosas y han terminado como el rosario de la aurora?

El psiquiatra me dijo que los alexitímicos son poco habladores, serios y aburridos y que en ese aspecto, por lo que yo le contaba, parecías coincidir. ¿No te das cuenta de que eres muy aburrido desde que decidiste ser tacaño con los sentimientos y las palabras? ¿Por qué crees que ya nadie nos invita a cenar? La última vez que nos invitaron Ana y Agustín te pasaste la cena mirando con seriedad la ensalada, la sopa y el pescado; ¡ni aunque te fueran a envenenar! Yo te decía con la mirada: «vamos, Rodrigo, usa esa facultad tan propia de los seres humanos, di alguna frase con sujeto, predica-

do, complemento directo, circunstancial y enlaces, o, al menos, un simple sintagma; sonrío».

Ni cuando Agustín contó un chiste (y algo de gracia tenía), se te movió un músculo de la cara, uno de esos que empleamos los seres humanos para dibujar sonrisas o para decir: «qué malo es». A este paso a ti se te van a atrofiar. ¡Ostras, Rodrigo!, por muy cerca de la alexitimia esa que estés, podías hacer un esfuerzo, porque voluntad tienes, si no, no te levantarías todos los días para ir al trabajo. Tampoco al mostrarnos su hija Ana a su bebé abriste la boca, y cuando una mujer enseña a su hijo es para que le digas algo agradable. Yo dije que era guapo, aunque guapo no era, y que la frente la había heredado de ella y el mentón de él, por más que no se pareciera a ninguno de los dos. Son frases que a una madre le gusta oír, reglas sociales que hay que cultivar si quieres tener amigos. Pero a ti parece que todo te da igual. Bueno, todo no, porque las noticias de la televisión las rumias; en los telediarios parece que te fuera la vida. Desde que has decidido que o dices la verdad o te callas, te has vuelto sosérrimo.

Si todos fuéramos por ahí con el «al pan, pan, y al vino, vino», la vida sería muy desagra-

dable. Podías aprender algo de los políticos de los telediarios, que tanto te interesan. ¿Por qué crees que los sigue tanta gente y los votan una y otra vez si ni cuando se equivocan aciertan? Pues porque brotan de sus labios las mentiras que la gente quiere oír. El otro día estabas masticando y rumiando las noticias cuando Sara, tu hija, te enseñó las notas de este trimestre con cinco sobresalientes, y ¿qué dijiste?: «ah, bien, muy bien, hija, sigue así, déjame ahora ver el telediario». ¿Te interesa saber qué hizo ella?, pues lo que hace una hija que todavía te quiere: ir a su cuarto a llorar. Y ¿qué hago yo cuando veo cómo otros matrimonios conversan, discuten de esto y de lo otro y compruebo con envidia que hay hombres que, a pesar de ese cuerpo calloso, menos espeso, que uno vuestros hemisferios cerebrales masculinos, se comunican bien con sus mujeres? Los envidio, suspiro y sufro, porque tú has perdido la facultad de meterte en los sentimientos de los demás, de interesarte por lo que dicen y sienten.

Eres un analfabeto emocional, Rodrigo, necesitas saberlo, para que intentes hacer un esfuerzo, por mucho que quiera dominarte la abulia esa que te has fabricado a base de insis-

tencia en permanecer mudo o, a lo más, soltando monosílabos. Porque para llegar a ese estado en el que te encuentras, creo yo, es de cajón, hay que trabajar el asunto para que se apodere de ti de ese modo, por mucho que la parte del cerebro que controla las emociones y el lenguaje esté subordinada en el de los hombres a aquella que controla el pensamiento abstracto; en el tuyo, de manera exagerada. Antes no eras así. Cuando nos casamos, hablabas, tenías proyectos, llegabas a casa y me mirabas con interés, te preocupabas por la niña, por mí y decías que me querías. ¡Cómo me gustaría oírtelo alguna vez! Ahora, cada vez que te lo pregunto, me saltas con generalidades como: «si estoy contigo será por algo». Sí, por algo será, pero ¿por qué será? Y cuando te pregunto si sientes algo por mí, me miras como ausente y dices: «sí, claro». Pero ese claro para mí no está nada claro. Me estoy hartando, Rodrigo. Me vienen a veces arrebatos de ira contra ti. Te lo digo para que te enteres, para que veas lo que está ocurriendo a nuestro alrededor y trates de enmendarlo. Haz un esfuerzo o yo no sé qué va a pasar. Quiero seguir contigo, pero no en estas condiciones.

Al terminar el día estoy tan cansada de lu-

char, de pensar y soportar tu mutismo como si hubiera subido una montaña, y una se cansa de remontar todos los días una montaña por muy escaladora que sea. Una también tiene sus días malos, en que, en vez de añorar y esperar, se me revuelve la bilis y echo pestes. Me conformaría con tan poco; una caricia de vez en cuando, alguna frase halagadora, un interés por cómo me ha ido el día. Yo aún te quiero y deseo recuperarte, sacarte de ese pozo aséptico en el que has entrado. Pero todo tiene un límite. Cada día tengo menos vocación de mártir, Rodrigo.

He cumplido cincuenta y seis años, y una mujer a esa edad, como a otra cualquiera, tiene necesidad de ciertas caricias, de querer y ser querida. ¿Sabes desde cuándo dormimos como hermanos? Desde hace tres meses. Mira, yo estoy contenta con mi cuerpo, y tonta no me considero, por más que tú —por ser hombre— ganes más dinero que yo haciendo parecido trabajo. Sin ir muy lejos, Carlos me echa más de una sonrisa simpática, embaucadora, y Carlos no tiene mala percha, que adorna con gestos amables, con miradas interesadas en lo que una dice, con conversaciones sobre cualquier asunto que surja. Una mujer sabe cuándo gusta a un

hombre, o sea que le gusto, por si no te has enterado. Ya ves que tentaciones haberlas haylas para serte infiel. Sin embargo (no sé si, debido a mi enseñanza religiosa, a mi modo de ser, a las dos cosas, al recuerdo de los ratos agradables que hemos pasado, a la esperanza de recuperarte, a que no me tratas mal —aunque casi ni me tratas—) el caso es que no me lanzo; algo me retiene. El otro día, aconsejada por el psiquiatra fui a comprar un corpiño, un ligüero y ropa interior de encaje con volantes, que esa es otra, que el enfermo eres tú y soy yo la que tengo que ir al especialista. Como tú te encuentras tan normal, sin ni siquiera con síntomas de depresión, y menos con ganas de suicidarte, no quieres ir a que te hagan un arreglo a esa cabeza que está empezando a dar muestras de deterioro, sobre todo, de la parte donde fabricamos los sentimientos.

¿No vas al taller con el coche cuando se te estropea el ventilador?, pues lo mismo deberías hacer cuando la azotea no ventila como es debido; para ello hay expertos, pero tú te encuentras normal. Mecagüen la normalidad de tu mudez, Rodrigo; ¿no ves que no es normal que apenas hables y que te encierres en una apatía

insuportable para los que te rodean? ¿No dices nada? ¿Siempre soy yo la que tiene que hablar? No sé por qué los hombres os habéis otorgado el derecho de no hablar y ni siquiera escuchar cuando no os apetece. Podías hacer un esfuerzo. Me canso de vivir como dos mudos, ¡qué digo como dos mudos!; los mudos no paran de comunicarse con gestos, vivimos como dos máquinas. Yo no quiero vivir como una máquina; quiero expresar sentimientos y recibirlos de ti. Con esa actitud haces que todas las noches me acuerde de Carlos y me lo figure ahí echado en el lugar que tú, tan discretamente, tan silenciosamente ocupas, y lo llena de palabras, de gestos, de caricias.

¿No ves que me estás arrojando al adulterio con tu actitud, con ese jorobado analfabetismo emocional que te has fabricado? Te quería decir que, aconsejada por el psiquiatra, el otro día, armándome de valor, fui (camuflada bajo una gabardina, pañuelo y gafas oscuras, como un atracador, o un espía) a comprar lencería sexy, que, ya en casa, me puse y te la enseñé encima de mis carnes mientras leías el semanal de los domingos, para ver si se te alegraba un poco el cerebro y me decías algo bonito. ¿Qué se le ocu-

rrió al analfabeto mío decir?: «te habrá costado una pasta». Se dice bien y pronto, sin dudar sobre otras opciones que te ofrecía la gramática. Sí, me costó mis dineros, pero si me la hubiera puesto delante de otros, me hubieran dicho alguna oración más agradable, seguro. Bueno, ante otros no hacen falta lencerías finas, como si me pongo una arpillera, sobre todo delante de Carlos. Yo quisiera que esta sincera confesión sirviera para volver a reencontrarnos en las alegrías y pesares; juntos hemos engendrado una hija preciosa, a la que también tienes olvidada, y me gustaría volver a usar esta cama en la que estamos ahora echados para algo más que para dormir, soñar, llorar o hablar sola... ¿Qué me dices? ¿Qué piensas de todo lo que te he contado? Habla, no te quedes como una tabla de madera.

Algo tienes que sentir al haber escuchado toda esta declaración de intenciones por muy pasivo que quieras ser... ¡¿Cómo?! ¡¿Roncas?! ¡Te has quedado dormido! ¡Serás cabrito! Te has empeñado en hacerme adúltera y te vas a salir con la tuya.

ORO Y CENIZA

(Fantasía sinfónica)

José Carlos Herrero Yuste

Me llamo Rotcéh. Rotcéh Zoilréb. Y tengo miedo. No se trata del miedo escénico, como las primeras veces que me puse al frente de la orquesta, hace ya tantos años: los profesores atentos a la batuta lanzando su múltiple mirada concentrada sobre mí con incisiva intensidad, mientras en la espalda se clavan las pupilas expectantes de un auditorio justiciero. Hoy se trata de otro miedo, un pánico mucho más localizable y de alguna manera diabólico. Sin embargo, no me paraliza. Al contrario, parece que me inyectara una dosis suplementaria de receptividad que multiplica mi capacidad de co-

municarme con los intérpretes. A pesar de ello, la inmersión en esta música fantástica me permite mantener simultáneamente pensamientos y sensaciones trenzadas con las variaciones tímbricas de los instrumentos. El motivo del pánico se sienta en la segunda fila de violonchelos.

1

Los sonidos me obedecen, fieles: ensueños, pasiones... Un gesto contenido de mi mano izquierda apacigua en décimas de segundo la estridencia de las trompas y las reduce a un grave casi inaudible, inmediatamente subrayado por el manso ronroneo del contrabajo. Templado su galope por los clarinetes, se dulcifican las cuerdas. Vuela entonces mi batuta al encuentro de la sinuosa agudeza del oboe y la arrastro a través del bosque de maderas para hacerla morir contra la muralla metálica que ha levantado, imponente como mi puño alzado, el trombón irrebable. El movimiento de cabeza, contundente y preciso (se agita un instante mi ya blanca melena) convoca el eco del cañón: el timbal estalla lejano, y mientras prolongo el triple y

contenido acorde final, se abre la puerta de mis sueños... Setenta años atrás.

Ahí está, agazapado detrás del instrumento, emboscado entre los chelos. Lo percibo sin dirigirle la mirada. Acuso la suya, fulgor gris, pendiente de mi gesto, aunque por momentos me abandone para vigilar el rápido movimiento de la mano enérgica a lo largo del mástil. Mientras sus dedos resueltos y acerados oprimen la cuerda, me hiera el destello dorado del reloj al desplazarse por la madera. El arco arranca el sonido bronco, arrastrado por una mano delicada y firme a la vez. Es Laszlo Csátary. Leí su nombre, cómo no verlo, cuando distraídamente revisaba en el programa de mano la relación de músicos de la orquesta. Tiene un rostro enormemente parecido a las viejas fotografías que guardo de su padre: la misma expresión hiriente de sus ojos grises, los mismos labios finos ocultando la trampa de la boca.

2

El baile. Siempre el mismo baile, festivo ritmo que arranca de mis sensaciones primeras, sonido en alegres síncopas a las que trepa el

arpa, obediente a mi ademán casi imperceptible. Sobre el rítmico vals que ejecutan las cuerdas en ágil cadencia, mis brazos dan entrada a la invasión perezosa de clarinetes y flautas que bajo el acuciente ritmo del fagot se sostienen en suave armonía durante unos compases despaciosos, respunteados muy delicadamente, pellizcan el aire mis dedos, por el ajustado *pizzicato* de violines y violas. En ademán enérgico mis brazos dan paso al final ascendente iniciado por los violines. Antes de la réplica de los contrabajos y del explosivo clímax que gritan las trompas, mi retina ha enlazado, en la momentánea danza ejecutada por el arco de su violonchelo, el oro brillante del reloj con la ceniza en la mirada del profesor Laszlo Csátary.

Mis ojos cerrados se abren a imágenes y sensaciones primeras: tras el breve rascado de la aguja, los sonidos de la orquesta surgen del rutilante gramófono recién instalado y se adueñan de la atmósfera del amplio salón. Siento el cálido ambiente familiar y sonrío mi mirada de cuatro años ante la joven y apuesta pareja que enhebra con sus cuerpos el vals. El caballero conduce con soltura la figura breve de la dama, que flota en su giro, apremiada por la progresiva aceleración

del ritmo. El brazo derecho del hombre enlaza decidido el talle de la mujer. Admiro el gesto elegante y fuerte del otro brazo, su mano grande casi ocultando por completo la otra mano, leve y blanca. Y allí en lo alto, en insospechado acorde con el dorado amplificador del gramófono —ahora suspende un silencio contenido insinuando la inminente reanudación de la danza—, me alcanza, extasiado, el primer destello del reloj de oro. Mi hermano y mi hermana han remedado torpemente el baile de los adultos. Ahora aplauden entre «bravos» mientras mis padres ríen. Mis ojos siguen prendidos del reloj.

3

El reloj que ayer durante el ensayo reconocí en la muñeca de Laszlo Csátary y que ahora se desliza de nuevo por el mástil de su instrumento en este tercer movimiento. La escena campestre me transporta a los bosques de mi infancia cercanos a Kosice. Tras el hipnótico y alado canto de las maderas, oboe y corno en diálogo con la flauta lejana, las cuerdas reinician la melodía que vertebra la composición para entregarla al solo de clarinete. Su apacible discurso da paso

a las secciones de la orquesta en creciente energía rítmica. Y aunque mi gesto de moderación pretende conducir a la orquesta a una apacible armonía, la insistencia triste del corno solitario me inquieta; desde lo profundo del bosque llega como eco un timbal trágico. Inquiero la presencia de Csátary y me parece observarlo escondido tras su violonchelo como si se tratara del tronco de un árbol. Solo el brillo del reloj que perteneció a mi padre lo delata.

Siento en la cara la caricia del viento, que deja un rastro perfumado como el de aquella mañana, cuando bajo las copas frondosas mis piernas tambaleantes se paralizan ante el ruido siniestro de un motor. En seguida llega la rápida sucesión de golpes y gritos, y apenas una queja de hombre, un lamento de mujer, el llanto de un niño rápidamente apagado por los brutales portazos. Luego el ruido del camión, último estertor de timbal, se desvanece en la lejanía. Algo me dice que no debo llorar esta soledad.

4

Mi batuta, precisa y delicada, da paso al trágico y premonitorio anuncio de las trompas

abriendo la lúgubre marcha hacia el cadalso. Las diversas secciones se van sumando unánimes al desfile, rítmicamente impulsado por la potente percusión. En el apogeo de la marcha mi brazo urge enérgicamente a las trompetas, orgullosas en su fanfarria brillante que los trombones duplican. Un gesto de la mano izquierda reclama entre las maderas al clarinete, invitándole a recuperar la sosegada armonía. Al instante la yugula un cortante golpe de percusión, como si se cerrara, brutal, la puerta de un camión. Y sin remedio permito que la fría estridencia del metal se adueñe triunfal del movimiento que acaba. El chelo Csátary consulta su reloj y parece dedicarme una enigmática sonrisa.

Serios y adustos reviven en la memoria de mis ocho años los rostros de mis tíos en Jerusalén durante la celebración del sabbat. Mi tío me cuenta el destino fatal de mis padres y hermanos, internados en el campo de concentración de Kosice. La orden procede del comandante del campo, Laszlo Csátary, que ya luce en su muñeca como infame trofeo un reloj de oro: los doce mil judíos hacinados en el campo serán deportados a otro recientemente ampliado en Polonia. Su nombre es Birkenau.

El reiterado acorde de los contrabajos, al que las flautas oponen un sonido sucio, ha introducido en una pesadilla el movimiento final. Tras mi leve gesto, se abre paso un clarinete que inicia ingenuo su marcha arrastrando tras de sí al resto de las maderas. Precedido por la fanfarria metálica avanza el grotesco cortejo al paso tragicómico del fagot, y oboes y clarinetes danzan ebrios en el aquelarre nocturno. Súbitamente, sobre la gravedad ominosa del contrabajo, tiembla el aire: tañido preciso de las campanas que doblan. Amenazan tubas y trompas en el día agónico, *Dies irae*, los vagones descargan su grito, *dies irae*, flotan en el aire viciado órdenes extrañas que empujan a la orquesta hacia el fuego final, *solvet saeculum in favilla*, el reloj desliza vertical su llama de oro mientras crepitan en sordina las cuerdas del violín, *dies irae, dies irae*, asciende por tétricas chimeneas el humo gris de las violas, *in favilla, in favilla, in favilla...* Y ha estallado, con la dureza acerada de lo concluyente, un final cuyas resonancias quedan flotando en la sala como cenizas. Después se apaga el sonido. Brilla el silencio.

Temblando todavía, poseído por el confuso fuego de emociones, me cuesta distinguir, entre los atronadores aplausos, el hueco que ha dejado el profesor que se ha retirado de la segunda fila de violonchelos. Como árbol caído, el hijo de Laszlo Csátary ha dejado en el suelo el instrumento. Y sobre su asiento vacío brilla el oro cálido de un reloj.

CUADRO

Federico Hurtado Sánchez

La gente cree que no me doy cuenta de su presencia, que no oigo lo que dicen y que no puedo captar sus pensamientos. Vienen a verme porque aparece mi fotografía en los libros de arte. La mayoría viene en grupos, grupos de España, de Alemania, de Inglaterra, hasta de China y Japón. Los acompaña un guía que en distintos idiomas cuenta la misma historia.

Escuchan con atención; se maravillan de lo que oyen; juntan los labios en un circulito de «oh oh oh». Pero yo sé lo que están pensando: muchos no comprenden; a otros les da lo mismo que mi creador sea de Grecia, de Italia o de España; la mayoría está deseando acabar la vi-

sita. Recuerdan el desayuno de chocolate con churros e imaginan el marisco de la paella y el postre de milhojas del próximo almuerzo.

Cuando terminan las visitas se hace el silencio. Más tarde viene la chica de la limpieza.

Ella sabe que Theotokópoulos nació en Creta, aprendió en Venecia y triunfó en Toledo. Admira a mi creador, pero es a mí a quien quiere. Está encantada del color de mi rostro y mi mano en el pecho, del blanco de mi golilla y del dorado de la empuñadura de mi espada. Esta chica de la limpieza es doctora en arte, sabe de pintura más que el Greco y espera llegar a ser directora del museo.

Yo también la quiero. ¡Es tan ingenua! Cuando con una mano pasa la bayeta de la limpieza pone la otra sobre mi rostro. Yo beso su mano y ella sonrío.

Hay otra persona que también me quiere. Viene de vez en cuando disfrazado de turista, con gafas oscuras que no ocultan la avidez de sus ojos. No escucha lo que dice la guía. Lo sabe todo sobre el Greco y sabe cuánto valgo. Sus ojos son un radar que barre toda la estancia: la cámara de seguridad, la situación de los cuadros, las puertas, las ventanas, los pasillos, los

ascensores. Toda la información la almacena en su memoria y con ella su inteligencia elabora un plan de acción.

Durante unos días tuvo dudas, pero ya lo tiene decidido. En su cabeza está grabada, fotograma a fotograma, la película que será: acceso, anulación de alarmas, toma del rehén, elusión de vigilantes y fuga. Será esta noche.

Se anulan las alarmas, se apagan las cámaras, cesa la iluminación y entra en la sala un haz de luz de linterna.

Lo había previsto todo. Todo, menos a la chica de la limpieza. Estaba arrebolada contemplándome cuando se fue la luz y gritó cuando llegó la linterna. El hombre se abalanzó sobre ella, la tiró al suelo y sus manos rodearon el cuello con ánimo de estrangularla.

Fue instintivo, salté del cuadro y con mi espada de puño dorado atravesé al ladrón.

Cuando llegaron los vigilantes y se hizo la luz, la chica estaba acurrucada en un rincón, el intruso tendido en un charco de sangre, la sangre manchaba mi mano y la sangre goteaba de mi espada más allá del cuadro.

DEL AMARILLO AL AZUL

Glòria Olivella Esteller

Sí, gracias a ellas. Voy a sobrevivir. Puestos a hacer: voy a vivir. Me veo casi con fuerzas de esforzarme. No sé aún si vale la pena.

Hoy las he visto. Por la ventana del piso de arriba. Llevaba días únicamente mirando. Las he visto. Amarillo limón. Entre el verde eterno de los pinos surgió su fugacidad, su precariedad. Color Van Gogh. Sus bordados brillantes, sus puntillas casi transparentes forman una blonda fugaz. No sé cuántos días llevan resplandeciendo. A mí me han deslumbrado esta mañana. No sé dentro de cuántos días oscurecerán, desaparecerán hasta el año próximo. Poco a poco su brillo, su resplandor, se apa-

garán. Su amarillo mudará en amarillento. Y finalmente en una mezcolanza de coloraciones mustias, marchitas, tristes. Son las mimosas tempraneras, la primera alegría preprimaveral de mi región.

Estos días los recuerdos me golpean. Brutalmente. Esta mañana me apareció ella con su falda de rayas azules y rojas. Una imagen de más de sesenta años. «Es piqué» dijo en aquel entonces mi madre al ver la tela. Me lo creí, claro. Mamá era una entendida en telas e hilos. Pasaba las horas cosiendo, remendando, emmendando. Convertía camisas en vestidos infantiles, toallas en toallitas, manteles en servilletas. La economía escasa de la época, la necesidad de ahorro, así lo exigían. Tengo muy presente su falda rayada en relieve, ya que yo llevaba la misma. Ella, yo y toda la clase. La profesora de costura nos había proporcionado la tela. No sé si aún sigue existiendo en Suiza, en el cantón de Berna, en la escuela secundaria, la asignatura de *Handarbeit*, trabajos manuales para chicas. Allí aprendí a hacer ojales, a tejerme unos guantes —no unas simples manoplas, no; ¡unos guantes rojos con cinco dedos cada uno!— Y a coser una blusa blanca de *georgette*

(mi madre *dixit*) que combinaba con la falda. Tal vez ahora haya también participación masculina en estos cursos de manualidades. Lo dudo; los berneses no son muy dados al cambio, a las modernidades.

Tan pronto como ella y yo tuvimos nuestra falda y nuestra blusa listas y planchadas —no todas trabajábamos a la misma velocidad y nosotras dos fuimos las primeras en terminar—, ambas prendas se convirtieron en nuestro uniforme. Nos mirábamos en los cristales de la clase y nos gustábamos. Recuerdo que mi madre entraba de vez en cuando en mi habitación —con alevosía nocturna— para apoderarse de mi tesoro y adecentarlo adecuadamente. A la mañana siguiente, enorme disgusto por mi parte y discusión materno-filial de gran intensidad.

No nos unían solo unas prendas hechas a mano por nosotras mismas (*hand self-made*, diríamos hoy en día). Lo nuestro era una unión, una concordia de voluntades, de ideas, de proyectos pasados, presentes y futuros. Éramos dos amigas. Dos amigas inseparables. Dos amigas inseparables adolescentes. No nos lo decíamos, pero nos queríamos. Ambas teníamos hermanas, pero lo que nos ataba a nosotras dos era

mucho más que un sentimiento fraternal. Yo la había escogido a ella como mejor amiga; ella me había escogido a mí como mejor amiga. Y durante la adolescencia la mejor amiga cuenta más que la madre.

Cuando después de unos años mi familia decidió volver a casa, cuando finalmente mi madre consiguió abandonar el país que tanto la había hecho sufrir y llorar, empezó para mí la emigración. Me faltaban la lengua, la pulcritud y la formalidad suiza, la hierba, las flores, la lluvia, la nieve. Y mi mejor amiga. Prometimos escribirnos. En aquella época todos los sentimientos tardaban mucho en llegar: carta, sobre, pluma, sello *Helvetia* o cabezón franquista. Larga espera entre secreto y secreto. Todo se volvió lento. Luchamos contra los mil kilómetros —Berna-Barcelona— que nos separaban. Lo conseguimos. Cinco años después de mi regreso, ella vino a mi casa a pasar un mes de vacaciones. Llegó, se enamoró de mi primo y se casó. Y se quedó.

«Yo más», me lanzó cuando le advertí que yo a mi primo le quería mucho, muchísimo. Le encantaba ganarme y a mí no me importaba.

Más tarde también yo tuve pareja y me casé.

Ella no tuvo hijos, yo sí. Dos mujeres y dos hombres. Antes de convertirse en las dos mujeres y los dos hombres que ahora son, fueron unas criaturas preciosas que nos dieron pocos problemas. Les quise, les quiero mucho. Pero están lejos. Los cuatro. Ninguno se quedó. Ni en la ciudad ni en el país. Nos vemos poco; virtualmente, en las diferentes pantallas, casi a diario.

Ella y yo enviudamos al mismo tiempo. Con unos pocos meses de diferencia. «Yo antes», solía decirme cuando hablábamos del tema. Lloramos juntas. Nos necesitábamos aún más.

Y tomamos la decisión con la que habíamos soñado tantas veces en nuestra adolescencia: nos pusimos a vivir juntas. Se vino a mi casa, donde había cuatro enormes habitaciones vacías de mis cuatro hombres y mujeres.

Funcionó. Funcionó increíblemente bien. Hasta el maldito pedal del freno. No, la maldición vino con el acelerador. «¿Sabes?, esta mañana, al volver del mercado, me ha ocurrido algo muy raro. Al entrar en la urbanización, en la primera curva, la de la casa del médico, en lugar de apretar el freno, he acelerado. Me he confundido de pedal.» Estaba tomando mi té negro Assam con una nube de leche y me atra-

ganté. «¿De verdad te equivocaste de pedal?»
«Sí, y salí disparada como una loca. Por suerte no pasaba nadie.»

Fue la primera señal, el primer indicio. Luego vino el punto, la media, el tejer. Hacíamos calceta, como decía mi madre, que también sobresalía en este arte. Para variar, mi amiga tejía mejor que yo, dominaba como nadie los diferentes puntos, sabía menguar y aumentar y me ayudaba a deshacer, a destejer, cuando yo me liaba con los puntos.

Poco después de la confusión del pedal, hubo pues un segundo signo: ella había terminado un vestidito con volante, una creación laboriosa. Lo había tejido a punto de jersey para Lucía, mi nieta recién nacida. Había sido una labor de larga gestación, de mucho contar, de aumentos y disminuciones.

Al admirarla antes de envolverla para enviarla a Aix-en-Provence, donde vive el más cercano de mis hijos, algo me llamó la atención. En el centro de la labor, en pleno delante del vestido, un error. Un borrón en plena página inmaculada. Lo rasqué con la uña como si pudiera eliminarlo. Imaginemos una gran superficie de diminutas espigas angulosas, todas

ellas idénticas y enlazadas, abrazándose las unas con las otras y formando aristas. De golpe, no en un rinconcito recóndito, sino en el lugar más visible del campo, aparece una línea de ondas suaves, redondeadas, un renglón de pequeñas olas que se introduce con gran suavidad entre las espigas. Un desastre para una labor tan primorosa. Un error de principiante.

No me atreví a comentárselo. Intenté encontrarme una salida. Podía ser su firma, su señal, algo parecido a las marcas lapidarias utilizadas antaño por los canteros, grabadas a cincel o buril en las piedras de las murallas. Me imaginé que era su signatura para personalizar la obra de arte que acababa de finalizar. Excusas. Era el segundo signo y yo lo sabía perfectamente.

Luego los signos se multiplicaron. Hasta el día en que se perdió cuando volvía de comprar pasta de dientes de la farmacia del pueblo. Se perdió, se reencontró y al llegar me lo contó. Ella estaba algo sorprendida, pero mucho menos alarmada que yo.

La convencí para ir al médico, nuestro amigo el médico, mi médico de toda la vida, a quien yo ya había comentado la jugada. La mala jugada. La perversa pasada.

Y el temido y temible diagnóstico se fue confirmando. La jugarreta que de juego nada tenía. Juntas empezamos la lucha. En una libreta algo mohosa que localicé de nuestra adolescencia suiza —con un minúsculo dibujo en la portada del gran pedagogo Pestalozzi, defensor del esfuerzo—, escribíamos nuestras vivencias diarias. Nuestros temas de charla retrocedieron medio siglo, ya que ella se sentía mucho más segura hablando del pasado lejano que de lo que acababa de vivir. Poco a poco me fui acostumbrando a sus interrogatorios repetitivos. Su pregunta preferida era: «¿Y Lucía, cómo sigue? Llevamos días sin saber nada de ella». Era capaz de lanzarme su inquisitiva pregunta diez veces en una conversación sobre mi nieta residente en la Provenza.

Y hace quince días se acabó. Hasta el médico, mi médico, se extrañó de un final tan abruptamente rápido. Ella me lo había predicho. A ella misma también se lo había prometido: «Si un día enfermo mentalmente, quiero durar poco». Y ha durado dos años. Dos años en que fue dejando de conducir, de tejer, de charlar, de preguntar. Al final solo contaba su mirada, sus ojos que me seguían, que me miraban sin verme.

Creo que estoy empezando a tener valor para esforzarme. Pero mi esfuerzo ha de ser ahora enérgico. Sobre todo no pensar en sus ojos tristes, ausentes, en su mirada vacía de los últimos días. Tengo que dejar de dudar. Las mimosas amarillas de esta mañana me han hecho pensar en el azul de la lavanda. Pasar del amarillo al azul. Faltan tres meses. Casi cien días para prepararme. Para irme. En junio los campos de lavanda estarán en flor, azulearán. *Violetearán*. Es una suerte que uno de mis hombres haya decidido vivir cerca del parque natural del Luberon, donde los campos empiezan a teñirse y a perfumarse en junio. Iré y admiraré. La maravilla azul me salvará.

EL *BLUES* DE LA CAJA DE MÚSICA

María Antonia Pérez Legaz

Teresa se despertó. Oía una música. La. La, la. La, la, la, la. Encendió la luz. Las tres de la madrugada y la música seguía tocando. La. La, la. La, la, la, la. Se levantó. ¿Qué hacía? ¿De dónde venía el sonido? Era una pequeña caja de música. La cerró y pensó, ¿cuánto tiempo hacía que la tenía?, veinte, veinticinco años. No se acordaba, pero sí recordó el día que Juan se la regaló, qué días tan felices, la casa llena. Sí, qué recuerdos le traía esta cajita. «Pero tengo que seguir durmiendo, mañana hay que madrugar.» Se acostó. Cerró los ojos. «Tengo que organizar mejor esta habitación, ya, pondré una repisa

para mi colección de dedales. Quizás tenga que poner dos repisas, pero tengo que dormir.» La. La, la. La, la, la, la. La música seguía tocando. Se levantó. ¿Dónde estaba la caja? «La voy a cerrar.» Para que no se volviese a abrir, pensó en ponerle algo de peso encima. Buscó por la habitación. Al fin, encontró una caja de crema de manos. Se la puso y se volvió a acostar.

Estaba casi dormida, cuando... La. La, la. La, la, la, la. Encendió otra vez la luz. Se levantó y casi se cae al tropezar con el perro, que dormía a los pies de la cama. El perro ni se inmutó. «Está tan viejo como yo, pero sordo perdido. Al menos mis oídos están bien, igual que mi vista. El pobre Ron tampoco ve muy bien, es que diecisiete años son muchos años para un perro. Cuando era joven, nada más oír un ruido, saltaba. Ahora, casi no puede andar; claro, los perros también tienen artrosis.»

Cogió la caja, la cerró bien cerrada. «Necesito más peso para que no pueda abrirse. Ya está, le pondré este libro.» Se volvió a acostar y, al rato... La. La, la. La, la, la, la. Encendió la luz del cuarto. Se levantó. Siempre le había gustado «Para Elisa» de Beethoven, sobre todo desde que Juan aprendió a tocarla a la guitarra. «Ma-

má, ¿qué le vas a regalar a papá por su cumpleaños?» «Una guitarra.» «Mamá, estás loca, no creo que a papá le guste.» «Y cómo le gustó. Parece que estoy viendo la cara que puso cuando se la regalé. Al principio, daba pena oírle, pero cuando empezó a recibir clases y a ensayar todos los días, la guitarra empezó a sonar de maravilla. Qué bien tocaba la “Para Elisa” de Beethoven. También me gustaba mucho el “Romance Anónimo”. El “Himno a la alegría”.»

«Qué días aquellos, todos juntos, qué días tan maravillosos. Contarles historias a los chicos cuando eran pequeños, como aquella que les decía que él había sido pirata y que había tenido un barco con el que había recorrido todos los Mares del Sur y, se me olvidaba, que Morgan era su amigo y que le había regalado una espada que tenía colgada en el despacho, sí, en el rincón del pirata. Claro, los chicos estaban convencidos que aquella vieja reliquia comprada en el rastro era del amigo de papá. También se inventó que la aleta de ternera rellena era vaca a lo pirata. Recuerdo el día que les dijo: “¿Sabéis lo que es esto? Esto es vaca a lo pirata, es una receta que me enseñó mi cocinero chino.” Desde entonces en esta casa la aleta de ternera es vaca a lo pirata.»

«También recuerdo cuando Juan les dijo a los chicos que en el jardín vivía un lagarto que se llamaba Guancho que todos los días salía a tomar el sol, pero que como era un lagarto muy tímido se escondía y por eso era difícil de ver. Los chicos siempre lo estaban buscando, pero claro, Guancho no aparecía. Un día Javi vino corriendo. “¡Mamá, mamá, he visto a Guancho tomando el sol!” Me dejó helada. “Cariño, ¿estás seguro?” “Sí, mamá, te lo juro, está tomando el sol.” No sé si fue la imaginación de Javi o de verdad existió el lagarto Guancho. Qué recuerdos, pero tengo que volver a acostarme.» Estaba soñando y... La. La, la. La, la, la, la. No podía ser. Si la había cerrado bien, tenía bastante peso, pero no, no estaba soñando. La. La, la. La, la, la, la. Se volvió a levantar. «¿Qué hago con la caja? Si hasta ha despertado a los pájaros. Los pájaros he de confesar que no me hicieron gracia el día que llegaron a casa. “Teresa, mira qué regalo me ha hecho mi tío.” Entonces vi dos canarios pequeñajos, piando, protegiéndose entre ellos. No, no me gustaron. Tuvimos que comprar una jaula grande y ponerlos separados. Al principio no cantaban, pero luego hicieron el honor a sus nombres, Pavarotti y Caruso. Aho-

ra estoy muy feliz de tenerlos, pues parece mentira que unos animalitos tan pequeñitos hagan tanta compañía. Compañía, qué falta nos hace la compañía a las personas mayores como yo cuando nos sentimos tan solas.»

«Qué le pongo para que cierre bien. Le pondré esta figurita. ¡Ay!, esta figurita me la regaló María con el dinero de su primer trabajo. Qué nervios tenía aquella mañana. “Mamá, ¿estoy bien? Deséame suerte, pero sobre todo dame energía positiva.” Le toqué el pelo, como siempre hacía cuando tenía exámenes. Era un pequeño truco que había inventado para que se sintiera más segura. La energía entra por el pelo. “Mamá, un beso.”»

«Al rato sonó el timbre de la puerta, era María. Con los nervios se había ido en zapatilla. Cómo nos pudimos reír. Menos mal que todo salió bien. Claro que María es una niña muy trabajadora. Una niña, bueno, para mí siempre será mi pequeña. Mi pequeña que es más bonita por dentro que por fuera.» Con tantos recuerdos, el sueño tardó en volver y creyó que estaba soñando, cuando... La. La, la. La, la, la, la. «No puede ser otra vez la música.» Se levantó, dio vueltas por el cuarto buscando qué po-

ner encima de la caja de música. «Creo que necesita más peso. Le pondré otro libro. ¡Ay!, cuánto le gustaba leer a Juan.»

«Ya está, la meteré en el armario, sí, y en una caja de zapatos. En una caja de zapatos traje Juan a la gata. Qué cosa tan pequeña y bonita. ¡Ay! La gata, qué susto nos dio el día que se cayó en la playa por la terraza. Pobrecita. Es que caerse desde un sexto es demasiado. Se rompió las dos patas traseras, el paladar, casi se muere, pero solo le quedó esa pequeña cojera que a veces ni se le notaba. Si ahora viviese, aquí no la hubiera podido tener. Cada vez que abriese la terraza estaría pensando si se iba a subir a la barandilla. Este piso está demasiado alto. Creo que Ron la echa mucho de menos, a pesar de que siempre le gruñía.»

Se volvió a acostar. Esta vez le costó mucho volver a coger el sueño. La. La, la. La, la, la, la. No podía ser. Otra vez la música. Se iba a volver loca. La. La, la. La, la, la, la. Si le había puesto la caja de zapatos encima. «No, no la aguanto más.» Fue al armario. Cogió la caja, la cerró con todas sus fuerzas. Pero la música seguía, seguía, seguía tocando. «¿Qué hago?» Fue al cuarto del baño, abrió la tapa del váter y la tiró. Qué

alivio sintió cuando tiró de la cadena y la caja desapareció.

A la mañana siguiente, cuando sonó el despertador le dolía la cabeza, se sentía mal. Qué mala noche había pasado. Se incorporó. El perro seguía durmiendo. Tenía que vencer la pereza. Se levantó. Fue al cuarto de baño. Abrió la tapadera del váter y... La. La, la. La, la, la, la. La caja de música seguía tocando.

EL ORO DE LOS SIGLOS

José Luis Pérez Tornal

La hoguera va perdiendo poco a poco su ferocidad. Las llamas que habían sido altas y flexibles como bailarinas, agitan cada vez menos sus curvas calientes. De vez en cuando se aviva alguna al prender en un escrito, como ahora, que han mordido en las tapas de un libro en el que todavía se puede leer *Los Hechos del Emperador*, de don Luis de Ávila, aunque esto último no se podría asegurar porque el fuego trabaja rápido y no anda con contemplaciones. Dentro de poco no quedará nada. El ama y la sobrina tendrán que barrerlo todo para dejarlo decente antes de echar el grano a las seis o siete gallinas y recoger algunos huevos. Pero eso

será mañana; ahora están sirviendo unos grandes tazones de leche tibia a los señores que desde el piso alto han contemplado e incrementado la hoguera que agoniza. Don Pedro Pérez se retira de la ventana después de hacer en el aire la señal de la cruz sobre los últimos vellones de humo porque entre ellos puede habitar todavía algún espíritu maligno, que eso nunca se sabe. Se sienta con cuidado para no arrugar la sota-na, que aunque vieja, tiene que durar todavía hasta la próxima cosecha. El señor Sansón Carrasco ha hundido ya, como si fuera un remo, la larga cuchara de palo en la leche espesada por un par de bollos de manteca. Maese Nicolás se sacude las manos del polvo que le han dejado los libros.

La operación se había iniciado por la mañana. Tomaron el acuerdo unos cuantos y selectos amigos de don Alonso Quijano en vista de su evidente decadencia mental. Los fantasmas habían hecho presa en aquella hidalga cabeza que se pasaba los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro leyendo los maléficos libros de caballerías. Formaron el tribunal purificador don Pedro Pérez en su calidad de teólogo, el señor Sansón Carrasco como bachiller en le-

tras y Maese Nicolás como barbero, sangrador y dentista, que era lo más parecido a un hombre de ciencia que había por allí. El ama se escandalizó «¿Una hoguera en su corral? ¿Es que nadie pensaba en las gallinas?» La sobrina se sobresaltó: «¿Quemarían también aquel libro con el poema que tanto la emocionó?» Pero el juicio era inapelable y urgente. Las manos justicieras cogieron el primer libro:

—*Amadís de Gaula* —leyó el barbero.

El cura comentó que había sido el primer libro de caballerías impreso en España, por lo tanto el causante de todos los males posteriores, iría al fuego... Pero Maese Nicolás lo rescata alegando su calidad literaria. No se libran *Las sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís que paga en el fuego los pecados del padre. Por la ventana van cayendo también *Don Olivante de Laura*, *El Caballero de la Cruz*... El barbero insinúa que debería salvarse un libro con tan santo nombre, pero el cura alega que tras la cruz muchas veces se oculta el diablo. Va al fuego con *El caballero Palmerín*. La sobrina, que sigue atenta la operación, baja corriendo al corral y llega a tiempo de ver caer a este último como un pájaro vencido. Queda al borde del fuego y pue-

de rescatarlo sin demasiado peligro, pero la hoguera, que defiende su presa, le pincha las manos y las mejillas con unas chispas enfurecidas.

Ya en su habitación lo limpia con cuidado y entre las hojas están los pliegos que busca. Con una letra clara y grande el título decía: «Canción desesperada». Aliviada lo guarda bajo la almohada. Será por la noche, cuando en la blanda intimidad de su alcoba leerá el poema que había oído una sola vez en la voz de su autor, un poeta triste y manco desde una batalla naval entre turcos y cristianos. Soñaría con un pastor refinado y doliente que había muerto por los desdenes de una pastora melindrosa. Inevitablemente pensaría en Lope Ruiz y no es que el pastor que traía la leche por las mañanas tuviera algo que ver con Grisóstomo, el pastor muerto de amor, pero si a Lope se le quitaba su fuerte olor a cabras, siempre quedaba su barba rubia y la mirada, la mirada que envolvía a la sobrina cuando recogía el jarro de leche y que ella no sabría explicar con palabras finas, pero notaba la sensación de que se le abría el corpiño y la trenza se aflojaba.

Los libros seguían cayendo con regularidad a un fuego voraz que siempre pedía más. Pocos

se salvaban del salto en el vacío, como este que tiene en sus manos el bachiller, *La Galatea*, de Miguel de Cervantes Saavedra:

—Es buen libro —comenta—, aunque propone algo y no concluye nada. Tendremos que esperar a la segunda parte que promete su autor. Es un poeta de Alcalá muy amigo de don Alonso, que es más versado en desdichas que en versos, más cargado de pesares que de fortuna. Creo que participó en una importante batalla naval aunque no sé dónde ni contra quién. Parece que perdió en ella un brazo o tal vez una mano, no recuerdo bien. Tenéis que recordarlo, don Pedro.

Pero el señor cura no recuerda nada de batallas navales ni poetas lisiados. Sansón Carrasco, que ha encontrado el hilo de los recuerdos, va tirando de él con cierta malignidad:

—Tenéis que acordaros cuando fuimos al arzobispado de Alcalá por aquel asunto de las bulas. Fue el mismo arcipreste el que nos recomendó el lugar: la casa de las Cervantas, la llamó él. Era una casa de puertas abiertas, hospitalaria, donde cabía todo el que llevara la bolsa llena y ganas de diversión. ¿Tampoco os acordáis de las tres damas que hacían los honores a los visitan-

tes? Pues hubo una especialmente, muy alegre y metidita en carnes, que pareció congeniar mucho con vuesa merced. Traigo a colación esta historia porque casualmente las tres hermanas lo eran también del poeta de Alcalá.

Don Pedro mira inquieto a la puerta por la que en cualquier momento pueden aparecer el ama o la sobrina y pide prudencia al bachiller:

—Por favor, señor Carrasco, sed prudente y no traigáis a mi memoria pasadas flaquezas de mi carne pecadora.

Luego en voz baja, casi tan baja que parece un suspiro, dice:

—Sí que era retozona la moza gordita y que Dios me perdone.

Se pasa la lengua por los labios pero seguramente es buscando las últimas migas del bollo de manteca. El barbero disimula la risa tras el bigote mientras que el bachiller la oculta en el tazón casi vacío. También el cura confuso termina por reír. Por la habitación pasa un aire caliente que no viene de la hoguera. Los inquisidores están exaltados pues no hay nada que estimule tanto los sentidos como los buenos recuerdos y el sacrificar víctimas que no saben o no pueden defenderse.

De un montón que va hacia la ventana cae al suelo *Tirante el Blanco*, que hace saltar de alegría al cura:

—¡Este es el mejor libro del mundo! Aquí los caballeros comen, duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de morir, ¡tal como Dios manda y cumplen los caballeros de bien!

El barbero lo rescata.

El fuego llega hasta la ventana con gran júbilo de todos, pues también es sabida la influencia excitante que las llamas purificadoras producen en el ánimo de los hombres justos.

El ama y la sobrina aparecen con una jarra de vino y una fuente de torreznos de matanza. Los libros disfrutan de unos instantes de respiro. El bachiller bebe un trago y por encima del vaso ve alejarse al ama, honesta matrona, desde luego, pero que mueve las caderas de una manera inquietante.

De vuelta a la cocina, la sobrina abre la puerta del cuarto de su tío. La triste figura del hidalgo parece su propia estatua yacente. Sancho Panza, sentado a la cabecera, contempla a su señor. La muchacha se retira con una sonrisa complacida. Don Quijote tiene sobre el embozo

una mano tan desfallecida que parece imposible que haya podido empuñar espada. Sancho la coge entre las suyas porque es el amigo más cabal, el más próximo, el que ha rozado con él momentos de gloria. Besa aquella mano, floja como las riendas de rocinante, y dice sollozando:

—Tenéis que recomponeros, señor. Todavía quedan muchos agravios y desafueros que arreglar. Quedan muchos zagales que reciben de sus patronos más latigazos que jornales; muchas doncellas que, dejando su dignidad, tienen que salir a los caminos en busca de la supervivencia; muchas viudas que quedan desamparadas de las justicias del reino. ¡Tenemos que remediar tantos agravios! Así podremos llegar con las manos llenas de gloria a postrarnos a los pies de nuestra señora Dulcinea. También me permitiría recordaros la gobernación de aquella ínsula que tan generosamente me ofrecisteis y que Teresa, mi mujer, me recuerda a veces como una promesa incumplida —En este punto Sancho levanta la cabeza y olfatea el aire porque le han llegado los olores de los torreznos y el vino. Husmea y huele con deleite, porque es un experto, pero suspira y sigue—: Aquí me

tenéis, señor, soy Sancho Panza, el de los refranes impertinentes, el oloroso a ajos y cebollas, el que os sigue con la fe irracional de los creyentes en lo imposible. No me dejéis, señor, no nos dejéis a todos los que soñamos. Volved otra vez a los caminos y llevadnos con vos.

En la casa todo está acabado. La sobrina empieza a desnudarse. Se quita el jubón, el corpiño, el justillo, la basquiña, la saya, la falda bajera, las enaguas y, por fin, las calzas. Sobre una silla queda el montón de cáscaras y la muchacha, en su estado natural, parece dorada a la luz del velón. Entre las sábanas se estira y despereza como un cachorro feliz. Ha sacado la canción desesperada y la tiene sobre el pecho. Recita los hermosos y tristes versos: «Ya que quieres, cruel, que publique de lengua en lengua y vaya de gente en gente del áspero rigor tuyo la fuerza, haré que el mismo infierno comunique al triste pecho mío, un son doliente». El poeta de la canción, que conoce bien su oficio, va transfundiendo a la muchacha su propia emoción y la hace llorar sobre la belleza fría del pastor muerto de amor.

Cuando lee los últimos versos besa el pliego y lo guarda otra vez. Se limpia los ojos y sus-

pira. Verdaderamente, Lope Ruiz huele a cabras, pero acercándose mucho, hasta casi rozar la barba rubia, también huele a tomillo y hierbabuena. Mañana, como todos los días, vendrá a traer la leche, la envolverá su mirada y ella sentirá una vez más la trenza floja y el corpiño abierto.

El fuego es solo un último rescoldo, un poco de humo y cenizas, grises cenizas que es lo último que queda siempre de los libros y los herejes sacrificados.

PORCIA

Carmen Sabater Rex

Esta vez, no. Tenía que poner remedio. Con su manía de mirarse con detenimiento en aquellos escaparates, observó una barriguilla incipiente que le levantaba su bonita blusa de guipur y parecía como si el pecho se le hubiera caído algo hasta la cintura... ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Se angustió. Había cumplido treinta y nueve años y aún tenía que esperar la llegada de ese extraordinario pretendiente que su madre le auguraba y que no acababa de aparecer. Bueno, sí. Había llegado uno varios años atrás que le gustaba mucho y que insistió más que otros, Antoñito, el hijo del señor Antonio, el carnicero. Un gran chico, buen estudian-

te que perfeccionaba su inglés en Irlanda, educado y serio, pero que al decir de mamá, aunque era listo y sabía idiomas, siempre olía a morcilla de cebolla y a chuletón de Burgos, así que a la segunda o tercera carta de amor que Porcia recibió, su madre la cogió, se presentó en la carnicería y atropellándose al hablar, le dijo al padre con más que humos:

—Señor Antonio, que no vuelva a repetirse tamaño atrevimiento o tendré que tomar otro tipo de cartas en el asunto. Que su hijo no vuelva a escribir a mi hija, porque ella es Porcia de la Torre, hija del ilustre profesor de derecho romano y esposo mío, don Catón de la Torre... ¿entendido?

El hombre se encogió de hombros porque eso de que el padre de la niña fuera ilustre le traía sin cuidado, pero el pretendiente ya no volvió a dar señales de vida. Porcia suspiró mucho por entonces y perdió al bueno de Antoñito; eso, y la ocasión de poder degustar los mejores filetes que entraban en aquella carnicería de élite, porque mamá ya no era bien vista por allí, y además le tocó suspirar muchas otras veces porque la progenitora insistía en ahuyentarle siempre a los posibles novios que no

creía dignos de ser sus yernos, que eran todos...

Sufrido el soponcio del escaparate, Porcia se levantó a otro día temprano después de una noche de pesadillas en las que se veía gorda como un balón gigante; cogió el coche y fue hasta uno de los mejores establecimientos de ropa interior. La distinguida clientela pudo observar la cara de ansiedad en la muchacha apostada ante las cajas que contenían la solución a su sentido problema y cuando una de las dependientas se le acercó para atenderla, solo le faltó echarse a sus pies e implorar un milagro.

—Por favor —dijo al fin en un tono de voz apenas audible— deseo unos sujetadores que me levanten algo el pecho, que me hagan más redonda... más...

No terminó. La señorita que la iba a atender, sin pestañear, radió hacia el interior del vestidor:

—A ver, Micaela, busca y me traes un sostén de raso ochenta B con relleno, tirante cruzado sobre la espalda con corrector posicional de omóplatos y con aros de aluminio bajo la cazoleta...

—Oiga... —Se animó ansiosa a continuar Porcia ante las dotes adivinatorias de la depen-

dienta— y quiero probarme una fajita, porque...—Aquí sintió la necesidad de justificarse— aunque no la necesito, me gusta ir un poco sujeta con algunos modelos de vestidos que ahora se usan...

De nuevo la vendedora le echó una mirada de cintura para abajo y volvió a reclamar a la encargada de almacenaje sin un solo gesto de aseveración y sin mediar palabra con su ansiosa clienta.

—Micaela, busca también una faja sin pernera, con refuerzo delantero de lycra doble en la zona peritoneal y las caderas, efecto elevador de glúteos y con ballenas naturales en zona lumbar y laterales de la cintura.

Se sorprendió de la capacidad de aquella mujer para adivinar todo lo que quería, aunque se sintió algo molesta con la serie de detalles que iba lanzando a su ayudante que cualquier persona podía oír de las que estaban presentes y como si necesitase tanto remedio. Solo tenía un poco abultado el vientre y algo caído el pecho. Solo eso, pero no estaba de más la vista perspicaz de una entendida profesional como la dependienta parecía y la perdonó en su pequeña indiscreción.

La delicada y coqueta fajita llena de entredoses y ballenas como contrafuerte y un sostén de raso con primorosos bordados en seda, que tenía además un forro de espumilla para realzar el busto, llegó a sus ilusionadas manos. Una vez probado, el sujetador levantaba el pecho de una forma natural y juvenil, pero el contorno para la talla, desproporcionado según su apreciación, era tan estrecho que se marcaba en la espalda una especie de pliegue carnosos que le hizo dudar unos instantes.

Le pareció bien hacerlo notar a la dependienta meditando las palabras:

—Pues necesito además una espaldilla, señorita. Una espaldilla sobre el tirante cruzado y hasta la cintura para evitar protuberancias carnosas...

Luego, le tocó el turno de prueba a la faja. Le apretaba aún más que el sujetador y tuvo que sufrir para subirla hasta donde debía. Parecía que su persona se fuera a partir en dos hemisferios del que salía perjudicado el inferior, porque con la opresión de las ballenas en su ecuador, la cadera se agrandaba tanto en comparación con la cintura que la hacía parecer, respecto a su hemisferio norte, parte de otro cuerpo, pero

ella se encontró corregida, exuberante y... se gustó.

—Puede... que si coge usted una talla cuarenta de ambas prendas... —se atrevió a decir la dependienta tímidamente con una desacertada psicología, perdiendo todos los méritos acumulados hasta entonces.

—¿Talla cuarenta? ¿Acaso me ha visto como una vaca? ¡Soy la treinta y ocho! Debe usted fijarse porque eso en su profesión es importante, señorita... —casi gritó.

Abandonó el establecimiento contorneándose sobre los altos tacones de aguja con todo puesto y con la ilusión de haber encontrado el remedio justo para enmendar la travesura cruel del tiempo jugando en su cambio anatómico. Ahora todo volvería a la normalidad, a su elegancia juvenil, porque además, salía a papá, el erguido, estirado y distinguido profesor en derecho romano, don Catón de la Torre.

Insistió en mirarse de nuevo en aquellos escaparates que ejercían desde siempre ese extraño atractivo para ella. Esta vez era otra cosa y se sintió muy feliz. Volvía a ser la misma, con el pecho levantado, la espalda recta y el vientre plano como si lo hubieran planchado...

Cuando la recogieron del suelo para introducirla en una ambulancia, la respiración era... penosa... jadeante. No podían adivinar qué extraño mal aquejaba a la mujer escultural de caderas firmes y pechos enhiestos que padecía aquella extraña rigidez. Ella solo balbuceaba tratando de respirar, mientras una incomprendible sonrisa feliz presidía su cara lívida y amoratada.

JANS - EL DUQUE

José Ignacio Sagarzazu Alberdi

A Jans Lovergraff, antiguo fotógrafo, sus amigos del pabellón lo llamaban el Duque. Ciertamente, es un apodo acertado si se tiene en cuenta que era un hombre de porte elegante y que hacía gala de una corrección exquisita. Sin embargo, el verdadero Jans descansaba cómodamente detrás de sus movimientos felinos y de su extraña mirada.

—Jans, te deseo lo mejor y espero que esta vez sea la última; busca nuevos amigos y no te obsesiones con las mismas cosas de siempre —le dijo el Dr. Norman.

—Lo intentaré doctor, aunque en casa tengo tanto tiempo para pensar que mi cabeza no para.

Acababa de pasar unas vacaciones forzadas en el pabellón. Allí había hecho lo que es habitual en estos casos: fumar incansablemente, aburrirse con las terapias, tomar el sol y charlar con los demás internos.

Los primeros días después del alta médica resultaron casi normales, pero hoy su mirada vuelve a tener la misma expresión inquietante y turbia de antes. Esta mañana nada más levantarse ha repetido su antiguo ritual de escribir cartas y más cartas a Maria, todas idénticas, encabezadas a máquina y garabateadas a mano, para finalmente no enviarle casi ninguna de ellas.

Ambos trabajaban para la misma agencia publicitaria y se conocieron en la pequeña plaza porticada de Naas durante el rodaje de un *spot* fotográfico. Jans hacía más de una hora que tenía preparado todo el material y esperaba pacientemente a que el sol declinase lo suficiente como para lograr una toma suave y sin contrastes. Fue pasada la media tarde cuando el sol declinó y sus tonos viraron lentos hacia el gris. Intuyó que el tiempo de espera estaba cumplido y dio orden de iniciar las tomas. En ese mismo instante Maria apareció en el visor como un

hermoso fantasma. El cabello suelto, la falda corta, el jersey blanco y las piernas perfectas... pero lo que más le fascinó a Jans fue su mirada.

—Tiene una mirada especial que me encanta —susurraba mientras la encuadraba y disparaba una y cien veces.

El romance fue corto. Ella, una modelo italiana que solo vivía para escalar y él, un buen reportero gráfico que se enamoró, la convirtió en su musa y quedó atrapado por lo especial que había en la mirada de Maria que le hacía conectar con algo interno que había estado agazapado durante muchos años y ahora surgía con una fuerza incontrolable. Se vieron, salieron unos meses, pero luego ella puso tierra de por medio y se juró no volver a verlo. Incumplir un juramento, a veces, es nefasto.

Fue durante la primera visita de seguimiento, después de haber sido dado de alta, que Jans le preguntó al Dr. Norman si sabía lo que era el verdadero amor, ese que está más allá del cariño y de la pasión, ese que surge del alma y que nos atenaza cuando caemos en él. El psiquiatra no tuvo más remedio que decirle que no y aquello pareció darle alas.

—Entonces, doctor, nunca comprenderá por

qué necesito verla. No es a ella exactamente, es algo más, algo intangible que existe entre nosotros. Ahora ya no tengo suficiente con su recuerdo.

—¿Te tomas la medicación, Jans? —le preguntó el médico en tono preocupado.

—Sí, claro —mintió el enfermo.

Aquel mismo día, nada más llegar a su habitación y como recordando otros tiempos, abrió un maletín reluciente, lo miró sonriendo y con sus elegantes manos lo acarició. Eran sus armas. Jans Lovergraff cogió la F2, se la llevó a los ojos, enfocó a la nada y disparó. En tan solo unos segundos el motor logró cientos de fotos invisibles de Maria. Pero ya no le servía recordarla como había hecho tantas veces, ahora necesitaba verla aunque fuera una sola vez más.

Pasó un tiempo antes de que el azar interviniera. Una mañana encontró en su buzón una invitación de Maria a su fiesta de despedida. Ella se iba a trabajar a Nueva York para una nueva agencia y quería celebrarlo en su casa con colegas y amigos. Algunos de ellos se sorprendieron de que lo invitase, ya que la habían oído quejarse demasiadas veces del extraño comportamiento de Jans para con ella pero, sea

porque lo creyó completamente restablecido, o por alguna otra razón, Maria lo invitó.

Con aquella invitación entre las manos la mente de Jans trabajó rápido. No la llamó por teléfono para confirmar su asistencia, sino que lo hizo por carta, agradeciéndole el detalle en un tono absolutamente normal.

Durante la fiesta estuvo educado y seductor, haciendo bueno su apodo del pabellón; casi no bebió y se mantuvo extrañamente tranquilo charlando con sus excompañeros. Maria atendía los diversos grupos y apenas habló con él pero aceptó la petición que le hizo Jans, nada más entrar, de verse un rato a solas cuando los invitados se hubieran ido «para no dejar lo nuestro así».

Ya de madrugada, cuando los últimos invitados abandonaron el piso, Jans preparó dos combinados en el salón y se entretuvo chafardeando en el bolso de su exnovia mientras ella estaba en el baño.

La modelo salió con el cabello suelto y descalza. «Así estoy más cómoda» —le dijo, mientras notaba algo extraño en la mirada de Jans. Casi no tuvieron tiempo de hablar, tan solo de sentarse y de tomar un trago.

De nada le sirvió a Maria negar una y mil veces los hechos que se le imputaban. Nadie pensó en un suicidio, ni siquiera la policía, máxime cuando encontraron en el bolso de Maria restos de la misma substancia con la que Jans, según la autopsia, había muerto envenenado.

EL ÚLTIMO LIBRO

Gabriel Salguero Mezcuca

Erguidos, inclinados o tumbados sobre las estanterías apoyadas en el suelo que agarradas a las paredes alcanzan el techo, reposan centenares de dispares libros envejecidos por el uso y el paso del tiempo. Muestran las leyendas de sus lomos y esperan turno para ser leídos una vez más o solo desempolvados, quizás olvidados. Están dispuestos en aparente desorden y, sin embargo, ordenados a capricho de quien a lo largo de toda una vida los ha ido leyendo y allí los ha depositado.

Aquel libro, situado el último de la derecha del anaquel bajo de la estantería ubicada junto a la puerta (reservado a los libros escritos por

él), tenía algo especial. Cada vez que reparaba en su presencia se le antojaba misterioso y distinto, le parecía algo más grueso que la anterior. Sin duda, estaba seguro, imaginaciones suyas. Era el único que no mostraba leyenda alguna en su lomo y del que no conseguía recordar el título, cómo terminaba, ni por qué estaba allí; pero sí que la única vez que se atrevió a cogerlo tan solo fue capaz de ojearlo y que una fuerza interior e inexplicable le impedía leerlo. También pudo observar como las últimas páginas permanecían en blanco. Aunque no acertaba a darle explicación a tales hechos, lo cierto es que desde aquel día recelaba tomarlo, al punto de que no se atrevió a volver a tenerlo entre sus manos.

Al fondo, una vetusta mesa de roble encaramada a una desgastada tarima presidía aquella biblioteca privada. Sobre ella reposaban un atril, un tintero, una pluma y una vieja lámpara (amiga muda a la que él solía contar penas y alegrías) hecha de torneada madera de cedro y tulipa de piel de cabra tostada y reseca por el calor desprendido de la incandescente bombilla y la caída inexorable de las hojas del calendario. Era de esas que cuando son encendidas

proyectan sendos círculos desiguales de anaranjada y escasa luz y que terminan dibujados, uno, sobre la mesa que las sustenta brincando sobre los objetos en ella depositados y, el otro, trazado en el techo de la habitación en la que se encuentran. También sobre la mesa solían verse libros y cuartillas sueltas, algunas a medio escribir.

Aquella tarde de otoño, cuando el rápido o lento devenir de los años lo había llevado inexorablemente a la vejez, alargó la mano de nuevo decidido a tomar aquel misterioso libro. La detuvo a escasos centímetros de alcanzarlo y, una vez más, se dijo: «Otro día será».

Luego, dirigió sus cansados pasos hacia la ventana, la abrió y perdió la mirada al fondo del camino. Lo hacía como si esperase divisar la venida de alguien a quien a la vez que se le invita no se le quiere ver llegar. Respiró el aire que le alcanzaba a través de las dos ringleras de cipreses que, situadas a lado y lado, alejaban el horizonte hacia el infinito impregnando el atardecer con su peculiar aroma.

Después, retrepado sobre la mecedora, se atusó el blanco y abundante mostacho, aunque amarilleado junto al labio por la ración de humo

recibida a diario de la cachimba que, a menudo, sostenía atrapada entre los dientes. Se quedó dormido.

A la noche lo despertó el relente y, levantándose él y sus achaques, entornó la ventana y dirigió sus lentos pasos y los de su fiel bastón coronado de plata hacia la mesa; miró una vez más aquel enigmático libro, ahora señalado por un pálido y solitario rayo de luna que, a través de una de las rendijas del postigo, atravesaba la cristalera. Ya sentado, colgó las medias gafas de sus orejas, se las acomodó sobre la punta de la nariz y frunció el entrecejo; encendió la lámpara y la pipa y exhaló una nube blanca que desdibujó la estancia. Luego, de nuevo, se quedó serenamente dormido, o eso aparentaba.

Despertó flotando en la ingravidez. Desde arriba contemplaba su propio y enjuto cuerpo lastrado por el peso de la materia que, ahora, aparecía vencido e inerte sobre la mesa. Mantenía en su mano izquierda la plumilla recién mojada en el tintero.

Como si de un torrente de agua turbulenta y atropellada al despeñarse por el acantilado hacia el abismo se tratase, empezaron a desfilar ante él escenas que se le antojaban a veces vivi-

das, a veces deseadas y siempre añoradas. También alguna que otra que hubiese preferido no recordar y creía arrancada de su memoria.

Aquella cascada quedó bruscamente interrumpida cuando vio abrirse la puerta y entrar en la biblioteca a su querida Emma ataviada con su limpio y ceñido delantal a rayas, tocada de blanca cofia. A pesar de los muchos años que ya la acompañaban, de algún que otro kilo de más y de su cojera causada por el reuma (que en vano pretendía disimular), se le antojó coqueta y hermosa, como siempre. Con ella había compartido confidencias, largas veladas ocultas de luces apagadas, tan solo acompañados del tic-tac y la complicidad del reloj; caricias apasionadas, y a Lolita, su secreta y querida hija.

Emma lo halló con aquella plumilla en su mano bajo la que, sobre la mesa, reposaba un trozo de papel que se asemejaba a una página arrancada de alguno de los libros y en ella, aunque emborronada, escrita de su puño y letra la palabra «Fin».

Pasados unos cuantos otoños, cuando Lolita retiró aquel extraño y grueso libro del primer estante de la librería situada junto a la puerta

para empaquetarlo con los demás, y alguna que otra empolvada telaraña, por casualidad, reparó que no mostraba título alguno en su lomo. Intrigada lo ojeó y, aunque a ella no le pareció nada extraño, todas las páginas estaban escritas. En la portada sí pudo ver el título: *Su vida*. Satisfecha su escasa curiosidad, lo dejó caer al interior de una de las cajas y, misteriosa o casualmente, quedó abierto por la última página en la que, si se hubiese fijado, manuscrita, se podía leer la palabra «Fin», enredada entre los resecos recodos de una mancha de oscura tinta azulada.

Terminada su tarea y antes de abandonar la sala, Lolita revisó una vez más la vieja lámpara y todo parecía estar en orden. Presionó unas cuantas veces el pulsador de encendido y, era extraño, hacía tiempo que se negaba a iluminar la estancia. Pensativa, dirigió sus pasos hacia la salida y a su espalda, desde el rincón en el que ahora había quedado arrumbada y desenchufada, aquella lámpara lanzó un fugaz e inexplicable destello de luz anaranjada que Lolita creyó percibir y le hizo girar la cabeza e, instintivamente, dirigir la mirada hacia la lámpara. La encontró apagada. Aunque de nuevo intri-

gada, continuó sus pasos y cerró la puerta tras de sí. Parecía como si la vieja lámpara quisiese contarle algún secreto a ella o, tal vez, al viejo compañero de papel ahora encarcelado entre cartones. Allá arriba junto a él, junto a Manuel, Emma miraba y sonreía cogida de su mano.

Atravesando la oscuridad y la soledad de la biblioteca, ambas cruzadas por un solitario y perdido rayo de luna, se escuchó un leve quejido procedente del interior de una de las cajas de cartón y el suave batir de las hojas de un libro al cerrarse.

Emma y Manuel, tras cerrar las hojas de la ventana que asomaba a su pasado, entrelazados por la cintura, iniciaron su camino ingrátido por las alturas hacia su destino.

UN VENTANAL SIN VISILLOS

Manuel Francisco Tamayo Jover

Hay personas que tienen, no ya un sexto sentido, sino un don que les permite leer en el alma ajena. Eso le ocurre a Amparo, la nueva vecina de mis padres, que se han visto obligados a trasladarse de localidad, pues en su ciudad no encontraron ningún otro piso en condiciones.

Aquí viven en una calle más bien estrecha, en un piso modesto que, eso sí, tiene un gran ventanal en el salón; aunque, como la cristalera carecía entonces de visillos, resultaba ser un escaparate para la pareja de jubilados del piso que queda frente a frente al de mis padres, al otro lado de la calle. Así pues, Amparo, que es una mujer de las que se interesan por todo, y

que además de inquieta es curiosa, pudo observarlos desde el primer día.

—Míralos, Antonio —Reclamaba la atención de su marido que leía en su butaca— ¡Todavía están colocando las cosas! Huy, ella ha puesto un retrato muy grande; no lo veo bien; y lo ha situado en el centro de la estantería.

Entonces, el vecino de mis padres se levantó para mirar durante un momento, entreabriendo con disimulo las cortinas de su ventana, y opinó:

—Parecen buena gente.

—Él tiene aspecto de profesor —proseguía intrigada la mujer, que reflexionaba en voz alta—. Un hombre bien conservado, con aire de ser muy hogareño. Ella debe ser más joven que él, y bastante guapa; aunque..., esa mujer tiene algo extraño, noto como que está triste. Hace las cosas con desgana y no la veo con ningún entusiasmo por arreglar su nueva casa.

—¡Pero bueno, Amparo!, ¿qué sabes tú? Tampoco va a dejarlo todo puesto en el primer día. Además..., déjalos, que cada uno lleva su vida a su estilo.

—Antonio, no sé; ya ves, me preocupa algo. Ni siquiera tienen un gato, creo que están solos

como nosotros; bueno, quizá más. Podríamos ser amigos suyos, salir juntos ¿no?

—¡Vaya por Dios, mujer! Si no sabemos nada de ellos, y lo más probable es que no lleguemos a conocerlos.

—¡Pues mira, nos presentamos! Me parece a mí que ellos también querrán conocer a sus vecinos. Pienso que debería ser como antes, que pasábamos por las casas cantando el aguinaldo y nos invitaban a tomar aquellos dulces caseiros: los cordiales, los mantecados, polvorones, suspiros...

Les interrumpe en aquel momento el ruido de la puerta de la calle y un alegre: «Hola papás, soy yo». Es un hombre joven y trae unas botellas para la comida de Navidad que celebrarán juntos. El matrimonio lo recibe con gozo, charlan un poco y Amparo no tarda en hacerle observar a los ocupantes del piso de enfrente. Quiere ver lo que opina su hijo, que es tan listo y es periodista; insiste en que les pasa algo y consigue que el instinto del informador se despierte.

Veo a mis padres; él es el más fuerte de los dos. Ha peleado con los seguros y recorrido los despachos de la Administración hasta con-

seguir el dinero justito para comprar ese pequeño piso. Cuida con afecto a mi madre, que está mucho más abatida por la desgracia. Y aquel día se dirigió a la cocina diciendo:

—Cariño, si quieres te hago un poleo. ¿¡Mercedes, me oyes!? ¿Tú sabes dónde están las infusiones?

—Mira, ahora no sé, pero yo no quiero nada. Estarán en ese armario del rincón; búscalas tú si quieres.

Mamá cierra los ojos y se queda como aislada de todo. Nunca ha dejado de mirar esa fotografía que ha colocado en la estantería frente al ventanal, justo donde la iluminan los últimos rayos de sol de esta tarde invernal. Suenan flojitas las voces de una coral que canta villancicos renacentistas: *Gaudete, gaudete, Christus est natus*. Pero, si mamá se había alegrado por el nacimiento del niño Dios, luego cantan «Un niño nos es nascido» y ella deja escapar unas lágrimas. Papá se le acerca por detrás del sillón, rodeándola con sus brazos y juntando su mejilla a la de ella, para murmurar un «sé fuerte, cariño». Ese día se hizo de noche y ni siquiera habían encendido la luz. Estaban hablando de mí en la penumbra.

Siempre hablan de mí, que he sido su único hijo; dicen que debería haberles dado nietos. Pero no lo hice: algunas novias en la universidad, ninguna en serio; muchas horas dedicadas a preparar las pruebas físicas para el Cuerpo de Bomberos. Cuando obtuve la plaza todavía vivía en casa de mis padres, en la parte antigua del pueblo. Esa fue la zona cero: allí los viejos edificios no pudieron resistir las vibraciones del suelo, que se movía como si fuese el extremo de un abanico agitado por una mano surgida del infierno, provocando el pánico durante aquellos minutos posteriores imposibles de olvidar.

Al llegar el día de esta primera Navidad, mis padres recibieron una visita en su nuevo piso. Es una reunión algo tensa: donde las miradas saltan de un rostro a otro y luego se detienen en el retrato de la estantería; donde las palabras surgen lentas y torpes; donde mi madre acaricia a estos dos niños cohibidos, cuyas sonrisas lánguidas tratan de contagiar la tristeza de ella.

En el piso de enfrente parpadeaba alegre la estrella que corona el árbol de Navidad, a cuyos pies estaban esa mañana los regalos que Papá Noel dejó para los nietos de Antonio; el

cual, casualmente, observaba a través de la ventana y avisa a su mujer:

—¡Amparo, que estabas equivocada!, que no están solos. ¡Ven, ven. Míralos!

Ella se seca las manos antes de dejar la cocina para dirigirse a la ventana. Contempla el salón de mis padres con atención y explica reflexiva, intentando convencerse a sí misma: «Parecen familia lejana; ese matrimonio pueden ser unos primos de ella..., y les traen a los sobrinos. Pero no los veo alegres..., seguro que ha habido una desgracia reciente». Su hijo mira pensativo a través de la ventana. Ha deducido que más bien se trataría de los padres de los niños que yo rescaté, que quieren cumplir con los míos y vienen a saludarlos en esa fecha entrañable del año. Saca de un portafolio la página de un periódico y habla con sus padres. Les habla de mí.

—¡Oye mamá!, mira lo que se publicó cuando el terremoto: «BOMBERO SALVA HEROICAMENTE A DOS NIÑOS». Sospecho que este matrimonio son los padres de un bombero que, según cuenta el periódico, tras el terremoto penetró en una casa medio derrumbada y logró rescatar a una niña; después, cuando volvió a

por su hermano, el suelo tembló de nuevo, cedió un muro, y ambos quedaron atrapados debajo del edificio. Los rescataron al cabo de varias horas, pero él había muerto golpeado en la cabeza por una viga. Al niño lo encontraron inconsciente a su lado, parapetado en el hueco que dejó junto a sí el cuerpo del bombero.

Contemplé que le entregaba la hoja del periódico a su padre, el cual intentaba hacer memoria; se ve que no lo consiguió, porque dijo:

—Pues no recuerdo ningún accidente de un bombero; como ellos acudieron después del temblor... veo difícil que ninguno resultara alcanzado.

—Este sí, papá. Según el periódico actuó él solo. Estaba franco de servicio pero vivía en esa casa, conocía a los niños y estaba allí en el momento del terremoto. No esperó para intervenir. Un gesto de heroísmo que le valió una medalla póstuma.

—¿Entonces estos son sus padres? —dijo Amparo mientras se acercaba a mirar otra vez por la ventana. Intentaba encajar todas las piezas, y preguntó—: ¿Sale en el periódico alguna foto?

Pude ver que su marido le mostraba el artí-

culo con la foto donde están mis padres; ambos muy cansados, como ajenos, y sumidos en su dolor mientras nuestro alcalde les entrega una medalla en cuya cinta se distinguían los colores de la bandera española.

—Es ella, claro. Lo sabía. Estaba mal, estaba triste, algo le había ocurrido... ¿Veis? —Amparo estaba muy afectada. Le había impresionado la noticia, e incluso pugnaba por no llorar— Tengo que acercarme, es preciso que los acompañemos estas Navidades. No pueden estar así, ¡tan solos...!

Días después, al encontrarse en el mercadillo junto a un puesto de telas, Amparo le había mostrado una cretona a mi madre diciéndole con desparpajo: «Esta es preciosa para unas cortinas, ¿no le parece a usted?» Luego se le presentó como su vecina, consiguiendo hablar un poco con ella y, más adelante, el matrimonio logró hacerse amigo de mis padres. Observo, desde entonces, que los cuatro pasan juntos algunas tardes, se entretienen, hablan de todo, a veces incluso también hablan de mí. Advierto con alegría que mamá ha conseguido hacer una vida más activa; y que hoy ha comenzado a coser unos visillos para ponerlos en el ventanal.

Ahora ya comprendo muy bien qué mueve a las mujeres a interesarse por las otras: es el sentimiento de solidaridad mutua que han desarrollado sufriendo juntas, durante siglos, todas las cargas de su condición femenina. Y me gustaría mucho ponerme en contacto con mis padres; pero eso, aun pudiendo verlos desde aquí, me resulta imposible.

SUMARIO

Presentación 5

Finalistas 2013

El viaje
LOLA SANABRIA GARCÍA 15

Sabor a mí
VÍCTOR JAVIER ADRIÁN RASINES 21

La injusticia de Justa
M.^a DOLORES CAMACHO LÓPEZ DE SAGREDO 29

El hombre que olvidó su nombre
MANUEL CARRASCO MORENO 39

La guitarra
LUIS CASAO BENEDÍ 47

Elvira
JOSÉ CORRALES PÉREZ 55

Barrer el otoño
M.^a DOLORES DÍAZ-AMBRONA DE LLERA 57

Secuestro a la una menos cuarto
CARMEN GIL RAMIRO 63

| | | |
|------------------------------|-----------------------------|-----|
| Purgatorio | JORGE GONZÁLEZ ARANGUREN | 69 |
| Alba | ISABEL LLOR CERDÁN | 79 |
| El restaurador de cadáveres | AURORA MAESTRO MORENO | 89 |
| Los senderos del destino | JUAN MESA DOMÍNGUEZ | 95 |
| He perdido contigo | ANDRÉS PÉREZ BARRERO | 99 |
| Cuestión de gustos | LUIS PANIELLO LIMIÑANA | 105 |
| La búsqueda | CONCHA VALLEJO ACEVEDO | 115 |
| Finalistas 2014 | | |
| Habitación con vistas al mar | MARÍA ELENA SÁNCHEZ ÁLVAREZ | 125 |
| Náufragos | FERNANDO ALONSO ORTEGA | 133 |
| El despertar | ROLANDO ARTIGUES RODRIGUEZ | 141 |
| Recuerdos | BEGOÑA AZCONA LARUMBE | 147 |
| Los señuelos de adela | JAUME ESCURSELL OLAYA | 153 |

| | |
|--------------------------------------|-----|
| El analfabeto | 161 |
| ALFREDO GARCÍA GREGORIO | |
| Oro y ceniza (Fantasía sinfónica) | 171 |
| JOSÉ CARLOS HERRERO YUSTE | |
| Cuadro | 181 |
| FEDERICO HURTADO SÁNCHEZ | |
| Del amarillo al azul | 185 |
| GLÒRIA OLIVELLA ESTELLER | |
| El <i>blues</i> de la caja de música | 195 |
| MARÍA ANTONIA PÉREZ LEGAZ | |
| El oro de los siglos | 203 |
| JOSÉ LUIS PÉREZ TORNAL | |
| Porcia | 213 |
| CARMEN SABATER REX | |
| Jans - el duque | 221 |
| JOSÉ IGNACIO SAGARZAZU ALBERDI | |
| El último libro | 227 |
| GABRIEL SALGUERO MEZCUA | |
| Un ventanal sin visillos | 235 |
| MANUEL FRANCISCO TAMAYO JOVER | |

rne

CON LA COLABORACIÓN DEL PROGRAMA *JUNTOS PASO A PASO*



Obra Social "la Caixa"